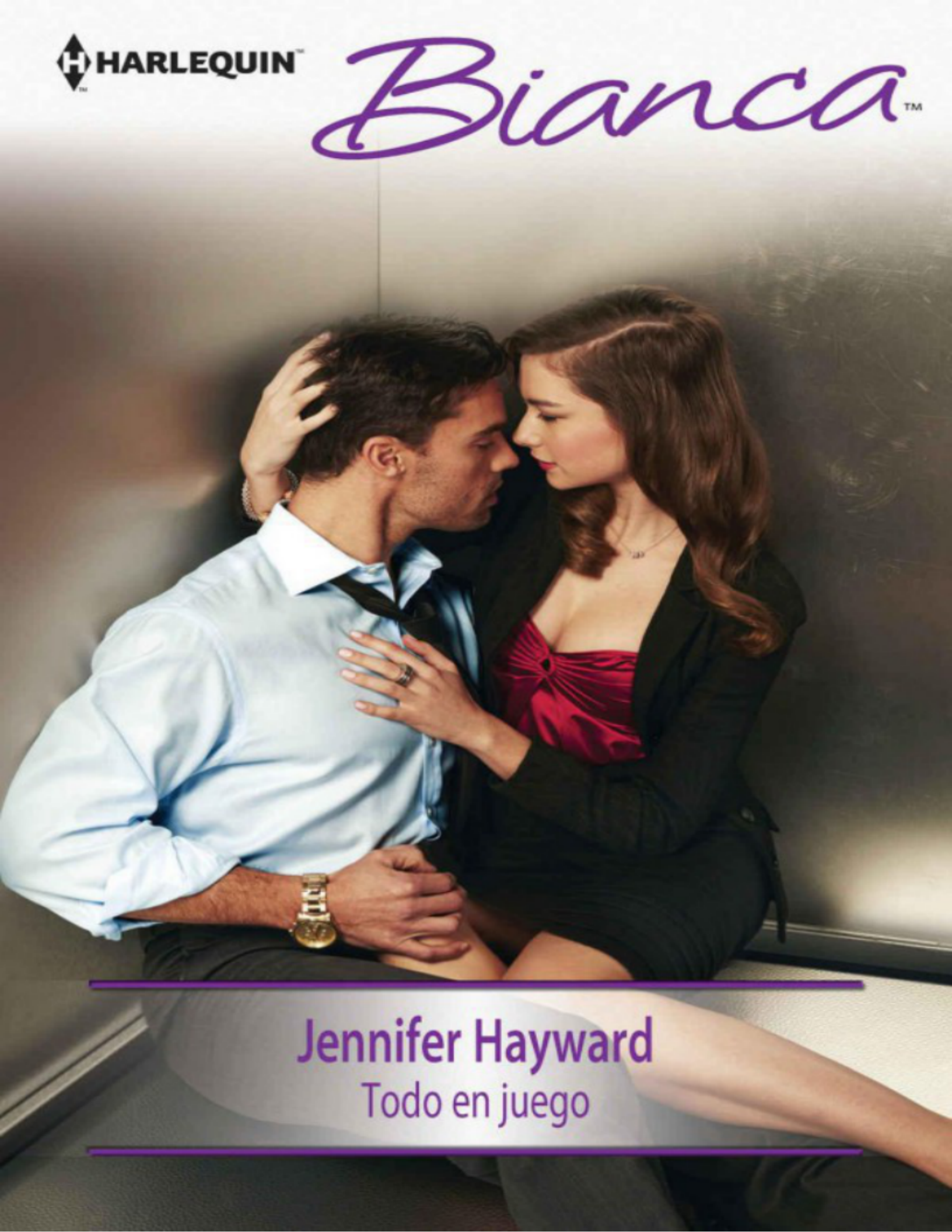

HARLEQUIN
Bianca
Jennifer Hayward
Todo en juego



Jennifer Hayward

Todo en juego



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Todo en juego, n.º 2404 - julio 2015
Título original: Changing Constantinou's Game
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6775-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Ultimamente, la fortuna le sonreía a la periodista encargada de cubrir la información de Manhattan, Isabel Peters. Se había hecho con un pequeño y acogedor apartamento de un dormitorio en el Upper East Side, había ganado una suscripción gratuita al gimnasio local que le permitiría mantener a raya los siete kilos que había perdido recientemente y, por estar en el momento y en el sitio adecuados, había conseguido una jugosa historia sobre las elecciones a la alcaldía de Nueva York con la que se había dado a conocer en las redes.

Pero al llegar corriendo a las oficinas londinenses de Sophoros para encontrarse con Leandros Constantinou, su suerte parecía haber cambiado.

–Me temo que no ha llegado a tiempo, señorita Peters –dijo la impecable recepcionista rubia con aquel acento británico que siempre la hacía sentirse inferior–. El señor Constantinou está viajando de regreso a los Estados Unidos.

La adrenalina se le había disparado desde que aquella mañana recibiera un mensaje de su jefe para que fuera a Londres cuando estaba a punto de tomar el avión de vuelta a casa desde Italia. Había hecho todo lo posible por llegar antes de que el multimillonario presidente de Sophoros se marchara. Pero el tráfico de media mañana no había estado de su parte. Tampoco el taxista parecía haberse dado cuenta de la urgencia de su misión. Trató de disimular su desesperación, convencida de que aquella mujer todavía podía serle de utilidad.

–Gracias –murmuró, y recogió su tarjeta antes de volver a guardarla en el bolso–. ¿No sabrá a cuál de sus oficinas se dirige?

–Eso tendrá que preguntárselo a su secretaria –contestó la rubia–. Está en la sede de Nueva York. ¿Quiere su número?

–Gracias, lo tengo. ¿Cuánto hace que se ha ido?

–Horas. Siento que haya hecho el viaje en balde.

Algo en la expresión de los ojos de la recepcionista hizo que Izzie la observara más detenidamente. ¿Estaría Leandros Constantinou oculto en algún despacho? Por lo que le había contado su jefe acerca de su relación con la prensa, era capaz, pero

no tenía tiempo de averiguarlo. Su avión de vuelta a Nueva York despegaba en exactamente tres horas y media, y no tenía intención de perderlo.

Se despidió de la mujer con una inclinación de cabeza, cerró la cremallera del bolso y se apartó del mostrador. James, su jefe, no estaría muy contento cuando se enterara. Por lo que le había dicho en sus mensajes, la innovadora compañía de software de videojuegos de Constantinou estaba a punto de salir a bolsa. Si NYC-TV no daba antes con él y lo convencía para hacer la entrevista, todos los medios del país llamarían a su puerta. Llegados a ese punto, la posibilidad de conseguir una exclusiva sería mínima.

Suspiró, se colgó el bolso del hombro y enfiló hacia las puertas de cristal que daban a los ascensores. Por la cantidad de personas que esperaban, adivinó que había llegado a la hora del descanso de mediodía, cuando se producía el éxodo en busca de cafeína y nicotina. Ella también tenía sus malos hábitos, como ponerse morada comiendo u obsesionarse por alguna historia cuando debía estar en el gimnasio quemando los kilos que le sobraban. Pero ¿qué podía hacer cuando su madre era una diva de Hollywood y su hermana una reina de las pasarelas? La perfección no estaba al alcance de su mano.

Llegó un ascensor y un grupo de personas se apretujó dentro como sardinas en lata. Si se hubiera dado prisa, habría entrado con ellas, pero su corazón, que todavía no se había recuperado de la subida, empezó a latir con fuerza. Con tan solo mirar aquella claustrofóbica caja metálica de apenas seis metros cuadrados, se le secaba la boca y se le doblaban las piernas.

Miró hacia la puerta de emergencia, preguntándose si tan terrible sería bajar cincuenta pisos por la escalera. Sí, lo sería. Los tacones de siete centímetros no estaban pensados para tal actividad y tenía que tomar aquel vuelo. Era mejor afrontarlo y olvidarse de sus miedos. Pero no estaba dispuesta a que la docena de personas que había en el interior la vieran paralizada por su miedo a los ascensores, así que dio un paso atrás y se quedó fuera.

Se animó pensando que era una mujer racional y equilibrada, y que podía hacerlo, y se entretuvo contemplando a las personas que seguían esperando en el vestíbulo. Reparó en el tipazo de la mujer de su derecha, vestida con un ajustado vestido de alta costura. Impresionante. Sus zapatos parecían de diseñador. No era justo. El único par de zapatos de marca que tenía se los había comprado en rebajas y había gastado en ellos una cuarta parte de su sueldo

mensual.

Siguió paseando la mirada, desde un hombre que parecía comer demasiados dulces hasta otro que, apoyado en la pared, no dejaba de escribir en su teléfono. Se quedó boquiabierta. ¿Cómo no se había fijado en él antes? Era toda una alegría para los ojos.

Se recreó en cada centímetro de aquel hombre de un metro ochenta. Nunca había visto a nadie al que le sentara tan bien un traje, ni siquiera a los engreídos gallitos a los que tanto les gustaba pavonearse en los bares del distrito financiero de Manhattan. Porque aquel traje gris oscuro hecho a medida moldeaba a la perfección la imponente estampa de aquel hombre.

Era muy guapo. Reparó en su moreno y atractivo perfil mediterráneo, y se quedó de piedra. Había levantado la vista del teléfono y la estaba mirando a ella. Aquel hoyuelo en mitad de su barbilla era… umm.

Contuvo la respiración mientras él la recorría de arriba abajo con los ojos, valorando sus atributos. Clavó los pies en el suelo, deseando salir corriendo como una niña de seis años. Pero su experiencia como periodista le había enseñado que eso era lo último que debía hacer cuando se sintiera acorralada. La mirada de aquel hombre se posó en su rostro y se sintió envuelta de un abrumador azul explosivo. El momento se hizo eterno, probablemente el más interminable de su vida. Entonces, él apartó la vista y volvió su atención al teléfono.

Le ardían las mejillas.

«Sinceramente, Izzie, ¿qué esperabas? ¿Que él también te devorara con los ojos?».

Una melodía latina comenzó a sonar y cada vez se oía más fuerte. Adonis alzó la cabeza, con el ceño fruncido. Era su teléfono. Rebuscó en su bolso y lo sacó.

–¿Y bien? ¿Qué ha pasado? –bramó su jefe.

–Ya se había ido, James, lo siento. El tráfico era espantoso.

–Tenía entendido que era inalcanzable, pero pensé que era para la población femenina.

Izzie no tenía ni idea de qué aspecto tenía Leandros Constantinou. Nunca había oído hablar de la compañía de software que dirigía ni del nombre del videojuego por el que era conocido, *Behemoth*, hasta que esa mañana había recibido el mensaje de texto de James cuando volvía con sus amigas de un viaje por la Toscana. El mensaje decía que el anterior jefe de desarrollo de software, Frank Messer, que había sido apartado de la compañía años atrás, había aparecido en NYC-TV, afirmando

que él era el cerebro de *Behemoth*. Había presentado una demanda contra la compañía y le había concedido una entrevista en exclusiva a su jefe para contarle su versión de la historia.

–La recepcionista no ha querido decirme a dónde se dirigía.

–Mis fuentes dicen que a Nueva York –dijo su jefe–. No te preocupes, Izzie, daremos con él aquí. No puede evitarnos para siempre.

–¿Quieres que trabaje en esta historia? –preguntó ella frunciendo el ceño.

Al otro lado de la línea, se hizo el silencio.

–No iba a decírtelo hasta que volvieras, pero será mejor que lo sepas ya. Catherine Willouby se retira. Los ejecutivos de la cadena están muy impresionados con tu trabajo y quieren que la sustituyas.

Se quedó sin respiración a la vez que sentía que le daba un vuelco el estómago. Dio un paso atrás. Catherine Willouby, la adorada matriarca de NYC-TV y estrella del fin de semana ¿se retiraba? ¿Y querían que ella, una modesta reportera con unos cuantos años de experiencia la sustituyera?

–Pero tengo veinte años menos que ella. ¿No quieren a alguien con más experiencia?

–Estamos perdiendo al público más joven –contestó James tranquilamente–. Piensan que puedes recuperar esa franja de la audiencia.

La cabeza le daba vueltas. Se secó la palma húmeda de la mano en la falda. Debería estar encantada de que hubieran pensado en ella, pero tenía un nudo en el estómago.

–¿Y qué tiene esto que ver con la historia de Constantinou?

–Los ejecutivos creen que tu punto débil es la falta de experiencia en noticias de gran repercusión, algo que a la competencia le sobra. Así que voy a encargarte esta historia y vas a bordarla.

Tragó saliva y apretó el teléfono contra su oreja. La historia de Constantinou se recogería en los titulares de todo el país. ¿Estaba lista para eso?

–¿Sigues ahí? –preguntó James.

–Sí –contestó ella.

–No tengas miedo –la animó James–. Es solo una entrevista. Puede que no pases de ahí.

Una entrevista en el mayor grupo de comunicación del mundo, probablemente ante un puñado de estirados ejecutivos que examinarían hasta la marca de sus medias.

El nudo de su estómago creció.
–¿Cuándo?
–Mañana a las diez aquí, en los estudios.
–¿Mañana? –repitió ella, mirando el ascensor que llegaba–. James, yo…
–Tengo que colgar, Izzie. Te he mandado por correo electrónico algunas preguntas. Ensáyalas y te irá bien. A las diez, no llegues tarde.
La llamada terminó y se quedó perpleja. ¿Qué acababa de pasar?
El Adonis alto y moreno recogió su cartera y se dirigió al ascensor vacío. Tan solo quedaban ellos dos en el vestíbulo. Ella guardó el teléfono en el bolso y se obligó a seguirlo. Pero a poco más de un metro, sus pies se pegaron al suelo y se negaron a avanzar. Se quedó mirando el cubículo de metal, mientras se le disparaba el pulso. El hombre sujetó cortésmente la puerta para impedir que se cerrara.
–¿Viene?
Ella asintió, distraída por su acento neoyorquino mezclado con un sexy deje extranjero. ¿Griego, quizá?
«Muévete», se dijo, dando un par de pasos vacilantes.
Pero cuanto más cerca estaba, más difícil le resultaba respirar y se detuvo. El hombre la miró a la cara, entornando los ojos.
–¿Está bien?
–Me asustan un poco los ascensores –contestó inclinando la cabeza.
–Millones de personas suben en ellos cada día. Son increíblemente seguros. ¿Cómo suele llegar hasta su oficina?
–Subiendo las escaleras.
–Mire, tengo que ir al aeropuerto. Puede subir o esperar al siguiente, como prefiera.
–Yo también –dijo ella, y tragó saliva–. Me refiero a que también voy al aeropuerto.
–Entonces, suba –dijo mirándola muy serio, conteniendo su impaciencia.
La imagen de ella con su hermana acurrucadas en un ascensor a oscuras se formó en su cabeza, como ocurría cada vez que estaba en aquella situación. Recordó el silencio de la cabina en la que habían permanecido horas temblando, con las rodillas encogidas bajo sus barbillas, temiendo que se descolgara.
–Tengo que irme –masculló él.
Se quedó mirándolo mientras apretaba el botón. Las pesadas

puertas metálicas comenzaron a cerrarse. No podía perder el vuelo. Respiró hondo, se echó hacia delante, introdujo el bolso entre las puertas y se lanzó dentro.

–¿Qué demonios…? –dijo él al verla aterrizar con las manos contra la pared del ascensor–. ¿Qué estupidez es esa?

–Tengo una entrevista de trabajo mañana y no puedo perder mi vuelo. Ya le he dicho que me dan un poco de miedo los ascensores –declaró Izzie aferrándose a la barandilla metálica que rodeaba el ascensor.

–¿Un poco? –preguntó él arqueando una ceja.

–No me lo recuerde, estoy bien –respondió tratando de mostrar una pose relajada, mientras sus rodillas temblorosas amenazaban con fallarle.

No pareció muy convencido, pero desvió su atención a la pantalla de televisión, que mostraba un resumen de noticias. En un par de minutos como mucho estaría en suelo firme de camino al aeropuerto, se dijo ella.

El ascensor bajaba suavemente los pisos e Izzie respiró hondo un par de veces y soltó las manos de la barandilla, sin dejar de repetirse como un mantra que podía hacerlo. Observó cómo los números se iban encendiendo. Solo treinta y cuatro pisos más…

En el treinta y tres, dos hombres sumidos en un chiste políticamente incorrecto se les unieron, y se bajaron en el siguiente. El ascensor volvió a tomar velocidad. Parecía ir cada vez más rápido y levantó la mirada al panel luminoso. Treinta y uno, treinta, veintinueve,… ¿Era su imaginación o los pisos pasaban cada vez más rápido? Se le aceleró el pulso. Debía de estar imaginándoselo porque los ascensores no cambiaban de velocidad. Los números se encendían cada vez más rápido. Miró asustada al Adonis. Él también observaba los números. Veintiocho, veintisiete, veintiséis,… el ascensor estaba acelerando.

–¿Qué… qué está pasando? –preguntó ella aferrándose a la barandilla.

Él se giró con expresión seria.

–No lo sé…

Sus palabras se interrumpieron al detenerse bruscamente el aparato. Izzie gritó mientras la fuerza del impacto le hacía soltar la barra, lanzándola hacia delante. El desconocido intentó sujetarla, pero el balanceo del ascensor le hizo perder el equilibrio y se chocó contra ella, cayendo ambos al suelo. El sonido de su cabeza golpeando el suelo resonó en sus oídos. Luego, todo se quedó en silencio.

Alex quedó tumbado sobre ella, intentando llevar aire a los pulmones. La cabina oscilaba y crujía. Él permaneció inmóvil, sin atreverse a moverse, hasta que después de varios segundos el ascensor se quedó quieto. Un inquietante silencio lo llenó todo. Los frenos de emergencia debían de haberse desplegado, gracias a Dios.

Junto a su oído, escuchó una respiración agitada. Tenía la cara hundida en un mar de cabellos sedosos y el peso de su cuerpo caía sobre una complexión femenina mucho más pequeña. Maldijo para sus adentros y se preguntó si le habría hecho mucho daño.

Apoyó las manos en el linóleo y se levantó apartándose de ella. Estaba tumbada boca abajo en el suelo, inmóvil excepto por su respiración entrecortada.

–¿Está bien? –preguntó poniendo una mano sobre su hombro.

No contestó. Respiraba a bocanadas y deslizó el brazo por debajo de ella para obligarla a darse la vuelta. Sus ojos vidriosos y la palidez de su rostro hizo que se le acelerara el pulso, sobre todo después de ver el moratón que se le estaba formando en el lado izquierdo de la frente.

–¿Está bien? –repitió, y se quedó observándola a la espera de que lo enfocara con la vista.

–El… el ascensor. ¿Se ha parado?

–Sí –contestó él, y dejó escapar un largo suspiro–. Se han activado los frenos de emergencia.

Sus ojos mostraron alivio, pero no duró mucho. Empezó a recorrer con la mirada las paredes y su respiración jadeante se aceleró mientras se ayudaba de las manos para incorporarse.

–No puedo… no…

La tomó por los hombros y la obligó a tumbarse de nuevo.

–Tiene que tranquilizarse o tendremos más problemas –le ordenó–. Inspire, espire.

Se quedó mirándolo con los ojos abiertos como platos, mientras su pecho subía y bajaba. Respiró hondo varias veces y poco a poco su respiración se fue ralentizando.

–Bien –asintió él–. Siga así.

Siguió marcando el ritmo de sus inspiraciones hasta que el pánico desapareció de sus ojos y su rostro recuperó algo de color.

–¿Mejor? –preguntó suavemente.

–Sí, gracias –contestó ella respirando hondo una vez más, antes de mirar a su alrededor–. No veo bien… mis gafas –susurró–. Se

me han perdido con la caída.

Él se levantó para buscarlas y las encontró en un rincón del ascensor, milagrosamente intactas. Se arrodilló junto a ella y se las puso.

–Se ha dado un golpe en la cabeza. ¿Está mareada?

Izzie se sentó lentamente y giró la cabeza a derecha e izquierda.

–No, a menos que me pare a pensar que estoy aquí.

–Entonces no lo haga.

El hombre se levantó y se acercó al cuadro de mandos. Sacó un teléfono de la consola y empezó a hablar. La línea se activó y una voz masculina respondió.

–¿Están bien?

–Sí –contestó Alex muy serio–. ¿Estamos estables?

–Sí, señor. Hemos tenido un problema con el generador, pero los frenos de emergencia se han activado.

–¿Cuánto tardarán en sacarnos de aquí?

–Estamos intentando mandar un equipo lo antes posible, pero hasta que lleguemos allí y consigamos sacarlos pueden pasar horas. El ascensor está parado entre dos pisos. Tendremos que mover la cabina manualmente desde el cuarto de control y apalancar las puertas o sacarlos por el techo. Evidentemente, preferimos hacer lo primero, pero sin generador tal vez no sea posible.

Alex reparó en el golpe de la cara de la mujer. A la vista de las posibles lesiones que pudiera tener, lo de menos era que perdiera el avión.

–Cuanto antes, mejor. La otra pasajera que está aquí conmigo se ha dado un golpe en la cabeza.

–Iremos en cuanto podamos –prometió el técnico–. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

–Dense prisa –murmuró Alex antes de colgar.

Decirle al hombre que era dueño de medio edificio no iba a conseguir que los sacaran antes de allí.

La mujer lo observó con sus grandes ojos marrones, asustada.

–¿Cuándo van a sacarnos de aquí?

Se acercó a ella y se puso en cuclillas.

–Tienen que mandar a un técnico para ver qué ha pasado y tardarán un rato.

–¿No pueden abrir las puertas?

Él se quedó pensativo, sin saber si contarle la verdad.

–Estamos atrapados entre dos pisos –dijo por fin–. El generador

se ha parado, lo que significa que no pueden mover el ascensor.

–¿Cómo? –preguntó Izzie abriendo los ojos como platos.

–Cálmese. Encontrarán la manera, pero asustarse no la ayudará.

–¿Cuánto tiempo han dicho?

–Unas cuantas horas.

–No puedo estar aquí tanto tiempo. No me gustan los ascensores.

Él tomó sus manos entre las suyas. Estaban sudorosas y temblaba como un flan.

–¿Cómo te llamas? –preguntó tratando de calmarla.

–Izzie.

–¿Izzie?

–Es la abreviatura de Isabel, pero todo el mundo me llama Izzie.

–Isabel –comenzó en tono firme y tranquilizador–. Te prometo que todo saldrá bien. Esos hombres se ocupan de situaciones como esta todos los días. Van a mandar un equipo para estudiar cómo nos sacan y en unas cuantas horas, nos estaremos riendo de todo esto –dijo, y al ver su expresión, añadió–: Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Todo saldrá bien, te lo prometo.

–De acuerdo –repuso ella levantando la barbilla–. Podré soportarlo. ¿Cómo se llama?

–Alex, y tutéame. ¿Tenemos algo que pueda ayudar a bajar la hinchazón de tu cabeza?

–No lo sé.

–¿Puedo mirar dentro? –preguntó Alex recogiendo el bolso de la mujer.

Asintió y él se sentó a su lado y empezó a rebuscar. El bolso era un buen ejemplo de lo mucho que una mujer podía atesorar en unos cuantos centímetros cúbicos de cuero: chocolate, agua, libros, un cepillo, un bote de aspirinas,…

–¿Hay algo que no lleves aquí? Nunca entenderé por qué las mujeres lleváis tantas cosas. Hay tiendas en todas las esquinas –dijo él sacando un cepillo quitapelusas–. ¿También necesitas esto?

Izzie se sonrojó.

–¿Alguna vez te has sentado en un sofá lleno de pelos de gato con una falda negra?

–Ahí me has pillado. ¿Y esto? –preguntó él sacando una lata de refresco todavía fría.

–Espera –comentó Izzie incorporándose–. Mi vuelo sale en unas horas.

–El mío también. Tendremos que asumir que no llegaremos a tiempo.

–Pero tengo que… Tengo una entrevista de trabajo mañana en Manhattan.

–Vas a tener que hacer una reserva en otro vuelo –dijo él dándole la lata de refresco–. Espero que haya otro esta noche.

Izzie miró su reloj y él el suyo. Las tres menos cuarto. Alex no tenía esperanzas de llegar a tiempo para tomar su avión a Nueva York, lo cual era un problema. El avión privado de Sophoros estaba siendo revisado en Heathrow, por lo que dependía de los vuelos comerciales. Con Frank Messer intentando escindir su compañía, estaba apagando fuegos en todas partes.

–Ay –protestó Izzie al sentir el frío de la lata sobre el chichón de su frente.

Alex se agachó, la hizo levantar la barbilla y le examinó el golpe.

–Lo tendrás morado unos días, pero eso será todo.

Se había quedado embelesado contemplando lo largas que eran las pestañas de sus exóticos ojos almendrados. Sus labios carnosos podían transportarle al paraíso en caso de usarlos correctamente y… ¿En qué demonios estaba pensando? Le soltó la barbilla y se apartó. Era evidente que se sentía atraída por él. Se había dado cuenta en el vestíbulo. Él también se había fijado en ella. Su voz sugerente hablando por el móvil y las curvas de su cuerpo… Sacudió la cabeza y miró en otra dirección. Esa clase de pensamientos no auguraban nada bueno teniendo que estar juntos a tan corta distancia durante horas.

–¿Alex? –dijo ella tendiéndole una botella de agua–. ¿Quieres?

La tomó, al menos para calmar su libido. Un libro cayó del bolso. En la portada, una mujer semidesnuda estaba en brazos de un hombre con el torso al descubierto.

–¿Lees estas cosas? –preguntó incrédulo, recogiendo el libro del suelo.

–Sí, ¿me lo das?

Él ignoró su mano y dio la vuelta al libro.

–Parece muy sugerente. ¿Por eso te gusta?

–¿Puedes devolverme el libro, por favor?

Izzie lo observó pasando páginas, hasta que se detuvo en una de ellas.

–Ah, esto es bueno –dijo y, engolando la voz, leyó–: «Acaricié con el dedo su pezón erecto, provocándole un gemido. Ellie…» –se detuvo y la miró–. Por cierto, ¿quién llama a un personaje Ellie?

«Ellie arqueó la espalda y…»

–Alex –lo interrumpió y, dejando la lata en el suelo, se abalanzó sobre él para quitarle el libro–. Dámelo.

Él lo apartó.

–Solo quiero saber por qué lees estos libros. ¿Sueñas con que un hombre te rescate con su corcel blanco y te haga feliz para siempre?

–No necesito que ningún hombre venga a rescatarme –murmuró, sentándose erguida y rodeándose con los brazos–. Puedo rescatarme yo sola.

–Eso es discutible –afirmó él secamente, antes de devolverle el libro.

Ella lo guardó en su bolso y Alex decidió mostrarse más sociable.

–¿Qué estás haciendo en Londres? ¿Has venido por placer o por trabajo?

–Le estoy haciendo un favor a mi jefe –contestó Izzie, e hizo una mueca antes de volver a llevarse la lata a la frente–. Se supone que iba a ser una breve parada, aprovechando mi viaje de regreso a casa desde Italia.

–Y la suerte ha hecho que tomaras un ascensor averiado en Londres.

–Por favor, no me lo recuerdes.

–¿A qué te dedicas?

Ella tomó un sorbo de agua antes de contestar.

–Al mundo de la comunicación. ¿Y tú?

–Tengo una compañía de entretenimiento con sede en Nueva York –respondió apoyando la espalda en la pared, decidido a mantener aquella conversación que parecía estar animándola–. ¿Fuiste a Italia por trabajo también?

–Fui a hacer un curso de cocina en la Toscana con unas amigas. Alquilamos una casa en la costa, nos relajamos y aprendimos a cocinar algunos platos.

–Eso haría feliz a cualquier hombre.

–No lo he hecho por ningún hombre, sino por mí.

Alex advirtió por su tono de voz que se ponía a la defensiva.

–Entonces, ¿no hay ningún hombre en tu vida?

–No.

No sabía por qué, pero le gustaba la idea.

–¿Cuántas fuisteis a Italia?

–Ocho incluyéndome a mí.

–Me imagino la impresión que habréis causado las ocho entre

los habitantes. Estoy seguro de que la Toscana no volverá a ser lo mismo.

Ella sonrió.

–Mi amiga Jo ha tenido mucho éxito con los italianos. Sus efectos son devastadores.

–Estoy seguro de que no fue la única.

Izzie parpadeó y apartó la mirada. Sorprendido, reparó en su timidez. ¿Todavía quedaban mujeres así en Manhattan? Hacía tanto que no conocía a ninguna que había pensado que estaban en peligro de extinción.

Resonó un crujido. Alex dejó caer el agua y el corazón le empezó a latir con fuerza mientras apoyaba las manos en el suelo. Isabel se aferró a él y la abrazó con fuerza mientras el ascensor se bamboleaba. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Capítulo 2

Qué ha sido eso?

Isabel chilló aquellas palabras junto a su oreja y le rodeó el cuello con los brazos. El ascensor se mecía suavemente, esa vez sin crujidos.

–Es un simple balanceo –dijo él confiando en que fuera tan solo eso.

El vaivén cesó y la cabina se quedó quieta.

–Isabel, estamos bien –le aseveró, controlando sus pulsaciones mientras bajaba la cabeza para mirarla–. Te prometo que esos cables no se romperán.

Ella respiró hondo varias veces sin separarse de él. Tenía los dedos clavados en su muslo y su perfume floral lo embriagaba. Cada vez se sentía más atraído por ella. Sus tentadoras curvas estaban aplastadas contra él y estaba empezando a tener pensamientos pecaminosos. Deseaba sentir aquellos finos dedos en otra parte de su anatomía.

Izzie se echó hacia atrás. Estaba pálida y respiraba agitadamente. De pronto se dio cuenta de dónde tenía la mano. Alex trató de borrar la expresión de su cara, pero al ver su mirada de espanto y la rapidez con la que había retirado la mano, supo que había adivinado lo que estaba pensando.

–Lo siento mucho –murmuró ella.

Pero seguía sobre su regazo, aferrada a su hombro y él corría el riesgo de excitarse demasiado. Las cosas empeoraron cuando se mordió el labio inferior. Deseó besarla. Al ver que Izzie no se movía, carraspeó.

–Si estuviéramos en tu libro, esta sería la parte en la que te seduciría en el ascensor, ¿no es así?

Al instante se apartó de su regazo y se sentó en el suelo, apoyando los hombros contra la pared.

–Sí, bueno, por eso tienen cámaras de seguridad en los ascensores, ¿no?, para prevenir esa clase de comportamiento.

–¿Esa clase de comportamiento? –repitió Alex, conteniéndose para no reírse.

–Creo que todo esto me está afectando –replicó ella, clavando

la mirada en la pared de enfrente.

No era la única.

–Considéralo una terapia extrema. Después de esto, estarás completamente curada.

–O no volveré a pisar un ascensor nunca más.

–Centrémonos en lo primero –dijo él, y le hizo un gesto para que recogiera la lata, que había rodado hasta un rincón–. Vuelve a ponértela.

Izzie se la llevó a la frente y se mantuvo quieta contra la pared. Él maldijo para sus adentros. Tenía que distraerse porque aquello no pintaba bien. ¿Qué demonios le contaría a su hermana Gabby, con lo claustrofóbica que era?

–Tengo una idea –sugirió–. Juguemos a algo. Tú me cuentas algo sobre ti que no sepa nadie y yo hago lo mismo.

Ella arqueó una ceja.

–Tratemos de divertirnos –continuó Alex–. Si te dejas llevar por el pánico, no será bueno.

–De acuerdo –dijo ella cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la pared–. En séptimo curso, cuando Steven Thompson me pidió bailar, le dije que me había torcido un tobillo.

–¿No te caía bien?

–Lo adoraba –contestó ella abriendo los ojos–. Hacía años que lo idolatraba. Pero pensé que mi hermana le había pedido que lo hiciera y le dije que no. Resultó que ella no había intervenido.

–Vaya. Así que el muchacho se vio rechazado sin motivo.

–Después de eso, me convertí en persona non grata.

–¿Y las mujeres os preguntáis por qué los hombres ya no somos caballerosos? Arriesgamos el cuello.

–No creo que te hayan rechazado en tu vida.

Ahí se equivocaba. La única vez que una mujer le había importado, ella lo había abandonado.

–Nadie en la vida se libra –dijo bruscamente–. Deberías haberle dado una oportunidad a ese chico. Quizá lo asustaste de por vida.

–Lo dudo mucho, teniendo en cuenta que al lunes siguiente estaba saliendo con Katy Fielding –comentó Izzie con ironía–. Muy bien, tu turno.

Se quedó pensativo. Por alguna razón, necesitaba ser totalmente sincero.

–En ciertos momentos, me gustaría haber tomado algunas decisiones diferentes.

–¿Es un comentario en general o vas a ser más preciso?

De ninguna manera iba a ser más explícito. Hacía mucho

tiempo que había cerrado esa puerta de su vida y no quería volver a abrirla.

–Es un comentario en general –dijo posando la mirada en su rostro–. A veces en la vida solo se tiene una oportunidad y hay que saber aprovecharla.

Izzie le sostuvo la mirada y luego dejó escapar un suspiro.

–¿Como la entrevista que tengo mañana? Ni siquiera sé si quiero el trabajo, pero es una oportunidad única en la vida.

–¿Por qué no lo quieres? –preguntó él frunciendo el ceño–. Supongo que supone un escalón arriba.

–Miedo –dijo sencillamente–. Me da miedo lo que pueda ocurrir si lo consigo.

–Te doy un consejo: temer lo desconocido es peor que afrontarlo. Estoy seguro de que les gustarás, Isabel, no seas derrotista.

El teléfono sonó e Izzie se sobresaltó. Alex se puso de pie y descolgó el auricular. Tardarían dos horas y media; no era lo que esperaba escuchar.

–Seguiremos aquí un par de horas más –anunció después de colgar–. Míralo por el lado positivo: podrás leerme párrafos de tu libro. Se estaba poniendo muy interesante.

Exactamente dos horas y cuarto más tarde, a la misma hora en la que estaba previsto que el vuelo de Izzie despegara, el equipo de rescate llegó.

Alex y ella se hicieron a un lado mientras retiraban un panel del techo de la cabina y un hombre fornido se descolgaba dentro por una escalera de cuerda, con dos arneses al hombro.

–¿Listos para salir de aquí? –preguntó sonriendo.

–No lo sabe bien –murmuró Izzie, mirando de reojo a Alex.

No sabía qué habría hecho sin él. Tenía la ligera sospecha de que habría perdido los nervios.

–Muy bien –dijo el técnico, colocando un arnés alrededor de Izzie–. La siguiente planta está a unos dos metros sobre nosotros. Vamos a subir por esta escalerilla y a salir por arriba –añadió, y se apartó–. No deje de moverse y no mire hacia abajo.

Todo su cuerpo se puso rígido. ¿Pretendían que saliera por el hueco del ascensor?

–Iré justo detrás de ti –dijo Alex–. Es una cuestión de control mental.

Las piernas empezaron a temblarle y su respiración se volvió

entrecortada.

–¿Y si…?

Alex la tomó de las manos y entrelazó los dedos con los suyos.

–Vamos a salir de aquí y todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

Izzie inspiró hondo y soltó el aire lentamente, dejándose llevar por la seguridad de su voz y la calidez de sus manos.

–De acuerdo, hagámoslo.

El técnico colocó el otro arnés alrededor de Alex. Luego, empezaron a subir por la escalerilla, Alex detrás de Izzie. Le temblaban tanto las piernas que tenía que concentrarse antes de dar cada paso y aferrarse con fuerza a los lados de la escalerilla para no perder el equilibrio.

–De uno en uno –murmuró Alex, sujetándola de las caderas–. Lo estás haciendo muy bien.

No se sentía bien. Sentía el corazón en la garganta y un regusto amargo en la boca, como si estuviera a punto de vomitar. Se obligó a seguir subiendo hacia el hueco de donde colgaba la escalerilla. Miró hacia abajo y jadeó al ver la interminable oscuridad.

–No mire abajo –dijo el técnico–. Siga subiendo.

Pero las piernas no le respondían.

–No puedo. Me tiemblan tanto las piernas que tengo miedo de…

Alex subió la escalera tras ella y la tomó de la cintura.

–Puedes hacerlo –insistió–. Estoy aquí y no voy a soltarte. Pon un pie detrás del otro y enseguida estaremos fuera.

El calor de sus manos traspasaba el fino algodón de su vestido. No dejaría que se cayera. La mantendría a salvo.

Empezó a subir de nuevo, concentrándose en poner un pie detrás del otro hasta salir de la cabina. Caminó sobre el techo y subió la escalera que llevaba al piso de arriba. Alex no apartó las manos de su cintura. De pronto, alguien la agarró y tiró de sus brazos hasta dejarla sobre el suelo firme. Aliviada, Izzie sintió que se le doblaban las rodillas. Alex llegó tras ella.

–¿Estás bien? Todo ha acabado.

Ella asintió. Alex la estrechó entre sus brazos, apoyando la barbilla sobre su cabeza.

Izzie tuvo la extraña sensación de no querer que aquel momento terminara y hundió el rostro en su pecho robusto. Le temblaban tanto las piernas que no estaba segura de que fueran a dejar de hacerlo.

–El equipo médico está abajo en el vestíbulo del edificio

esperando para examinarlos –dijo el rescatador–. Siento decirles que el generador sigue sin funcionar, así que van a tener que usar las escaleras.

Teniendo en cuenta que Izzie no pensaba subirse a otro ascensor en su vida, no le pareció mal. Nada más bajar los veintitrés tramos de escaleras, un joven médico se ocupó de examinarla.

–¿Cuántos dedos ve? –preguntó el médico, mostrando cuatro dedos de su mano.

–De veras, estoy bien.

–Te has dado un golpe muy fuerte –intervino Alex, apartándose el móvil de la oreja–. Deja que haga su trabajo.

–Cuatro –contestó ella–. No veo doble ni halos.

–¿Mareos? –preguntó pacientemente el hombre.

–No.

–De acuerdo, creo que está bien –dijo el médico, y empezó a recoger sus cosas–. Pero debería estar en observación las próximas veinticuatro horas para asegurarse de que no ha sufrido ninguna lesión interna.

Izzie asintió.

–Muy bien. Voy a ver si consigo billete en algún vuelo para los Estados Unidos esta noche. Así tendré todo un avión lleno de gente pendiente de mí.

–No es una buena idea volar después de haberse dado un golpe tan fuerte –observó el médico.

–No tengo otra opción –replicó ella encogiéndose de hombros.

–¿Tiene con quién quedarse esta noche en Londres si no consigue vuelo? Podemos ingresarla en algún hospital para que pase la noche en observación.

Izzie palideció. Tenía que conseguir un billete. De ninguna manera iba a pasar la noche en un hospital.

–Sí –mintió–. Muchas gracias por su ayuda.

Alex seguía en el teléfono después de que ella recogiera su bolso y se acercara a él.

–No podemos tomar ningún vuelo esta noche –anunció, separándose del teléfono–. Dame tu billete y le pediré a mi secretaria que te busque algo para mañana por la mañana.

–Tiene que haber algo para esta noche.

–Te digo que no, Isabel.

Izzie se mordió el labio inferior, considerando las opciones, pero no se le ocurrió ninguna.

–¿Puedes pedirle que me consiga un asiento en el primer vuelo

disponible? –preguntó sacando el billete del bolso y entregándoselo–. Tengo esa entrevista mañana.

Alex asintió, tomó el billete y empezó a leerle la información a su secretaria. Izzie se apartó y fue a sentarse en uno de los sillones de cuero del vestíbulo. Si conseguía billete en el primer vuelo de la mañana, tendría la oportunidad de llegar a tiempo a la entrevista, teniendo en cuenta la diferencia horaria. Pero estaba segura de que no había un vuelo tan temprano.

Tragó saliva. Aquella era una oportunidad única en la vida. Para eso había estado trabajando durante los últimos cuatro años, llegando al estudio antes que todos los demás periodistas y yéndose después de que la mayoría se fuera. Ella, una mujer soltera en Nueva York, no tenía vida personal. Su trabajo era su vida y estaba contenta de que así fuera. Para ella, las citas eran una tortura y, en diez años, había progresado mucho en su carrera.

Sintió que le daba un vuelco el estómago. No se esperaba dar aquel importante salto todavía. Una prueba para un puesto de presentador en la empresa de comunicación más importante del país era todo un reto, incluso para el más experimentado periodista.

Cerró los ojos. Ya no era la Izzie de dieciocho años, insegura y asustadiza, que había ido a aquella audición y había perdido la mayor oportunidad de su vida. No volvería a pasar por lo mismo, especialmente después de haber estado a punto de perder la vida. Dejó escapar un suspiro y se acomodó en el asiento. ¿Qué estaba haciendo? Si aquellos frenos no se hubieran activado, Alex y ella habrían acabado hechos papilla. ¡Preocuparse por un trabajo era una tontería! Aunque lo cierto era que llevaba toda la vida preocupándose por todo: por su aspecto, por su trabajo, por su futuro. Eso no podía ser bueno para nadie. En aquel momento, le parecía una forma muy estúpida de vivir.

–¿Estás bien? –le preguntó Alex, sentándose junto a ella.

–Sí.

Él se quedó mirándola como si quisiera asegurarse de que no había perdido la cabeza. Luego, le devolvió el billete, con algunas anotaciones.

–Grace te ha conseguido un billete para el vuelo de las once y media.

Hizo sus cálculos. Si salía a las once y media, aterrizaría a la una y media en Nueva York. Quizá James pudiera lograr que los ejecutivos la esperasen.

–Gracias –murmuró Izzie, guardándose el billete en el bolso.

–De nada. ¿Qué ha dicho el médico?

–Dice que estoy bien, que tengo que estar en observación.

–Querrás decir que alguien esté pendiente de ti –la corrigió–, al menos durante veinticuatro horas. ¿Alguna de tus amigas vive en Londres?

Izzie negó con la cabeza.

–Estoy bien. Reservaré una habitación en un hotel e intentaré descansar.

–No te tomes a broma los golpes en la cabeza, Isabel. Es algo muy serio.

–Solo tengo un chichón.

Alex se pasó la mano por el pelo sin dejar de mirarla.

–Dame un momento. Voy a ver si puedo conseguir una enfermera o alguien que pueda quedarse contigo.

Izzie maldijo por lo bajo mientras él daba media vuelta y se alejaba, hablando por el teléfono móvil. No necesitaba enfermeras, lo único que quería era volver a Nueva York.

Alex volvió cinco minutos más tarde, con el ceño fruncido.

–Mi secretaria no ha podido encontrar a nadie en tan poco tiempo.

–Bueno, entonces estaré atenta y, si me siento mal, me iré inmediatamente al hospital.

–No –dijo Alex, y sus ojos azul cobalto se oscurecieron–. Puedes quedarte en mi casa de Canary Wharf. Tengo mucho sitio.

Se quedó boquiabierta. ¿Quedarse en su casa?

–Es muy amable por tu parte, pero no quiero abusar.

–Alguien tiene que cuidar de ti –dijo él, agachándose para recoger el bolso de Izzie–. No sé tú, pero yo necesito darme una ducha y comer algo. Vamos.

Ella sacudió la cabeza.

–Alex, yo…

–Isabel, tuve un amigo que sufrió una hemorragia interna después de darse un golpe en la cabeza. Todos pensábamos que estaba bien, pero murió aquella noche, solo en su casa.

–Vaya.

–Has tenido un mal día, pareces estar a punto de desmayarte y soy el responsable del golpe que te diste. Así que hazme un favor y quédate en mi casa para que no tenga que pasar la noche angustiado por si mueres en una habitación de hotel.

¿Qué se suponía que debía contestar a eso? De repente, pasar la noche a solas en la habitación de un hotel le parecía una estupidez. El caso era que no lo conocía. Podía ser un asesino.

Como periodista, se dejaba llevar por el instinto, y su instinto le decía que podía confiar en Alex.

–Solo di que sí –murmuró él–. Se me está acabando la paciencia.

–De acuerdo –dijo Izzie mordiéndose el labio inferior–. Si crees que no te causará problemas…

Una triste sonrisa asomó a los labios de Alex.

–Tengo la impresión de que eres fuente de problemas, Isabel Peters. Tenerte a mi lado, no.

Pero Izzie no estaba del todo segura de que aquello fuera cierto. Sentada en el coche deportivo que Alex había aparcado en el garaje subterráneo, su pulso se aceleró tan rápido como aquella potente máquina. Quizá fuera porque no podía mirar aquellos musculosos muslos sin recordar la fortaleza que había sentido bajo su mano. O por el hecho de que a pesar de su brusca despedida en el vestíbulo, había surgido algo entre ellos en el ascensor. A menos que se lo hubiera imaginado, como solía ocurrirle con todo lo relacionado con los hombres.

Durante su estancia en Italia, su amiga Jo, cansada de verla siempre en un rincón, había decidido intervenir.

–Tienes que relacionarte con hombres para echarte novio –le había aconsejado–. Aquí no venimos a anunciar la inmaculada concepción.

Izzie lo tenía claro. Se le daban muy mal las relaciones.

Miró de reojo el perfil del hombre tan atractivo que tenía a su lado. ¿Era posible que se sintiera atraído por ella o se había imaginado la química que existía entre ellos en el ascensor? Un hombre como él podía tener a la mujer que quisiera. De repente, estaba harta de ser Izzie la responsable, la mujer que nunca corría riesgos. Tenía la sensación de que hasta que no se arriesgara, nunca sabría cómo era realmente.

¿Tendría el coraje de averiguar esa noche si podía estar a la altura? ¿Sería lo más estúpido que habría hecho en su vida o lo mejor?

Capítulo 3

Leandros Alexios Constantinou, Alex para todos los que le conocían, estaba en la terraza de su ático de Canary Wharf, disfrutando de la puesta de sol y de los reflejos dorados sobre el Támesis. No se cansaba nunca de la vista panorámica de la ciudad y del río, especialmente en una noche como aquella, de las cálidas y veraniegas de Londres.

La calma que le reportaba al final de una larga jornada de trabajo, hacía que mereciera la pena cada céntimo de los dos millones y medio de libras que había pagado por aquel piso. Pero aquella noche no estaba tranquilo. Su compañía se desmoronaba en Nueva York, él estaba a casi seis mil kilómetros de distancia y su socio era un genio diseñando, pero no se le daban bien los negocios. Además, había una mujer por la que se sentía fuertemente atraído que estaba duchándose en la habitación de invitados. Era la clase de mujer a la que había prometido no volver a acercarse después de que Jess lo dejara.

Se quedó mirando el cielo mientras los tonos dorados del horizonte se tornaban naranjas y luego rosas. Estaba más alterado por aquel incidente que podía haber acabado con su vida y la de Izzie de lo que estaba dispuesto a admitir. No sería humano si no fuese así, pero no le gustaba lo que le estaba provocando, aquellas cosas que por impulso le estaba haciendo hacer, como llevarse a casa un puñado de nervios llamado Isabel Peters.

Lo cierto era que no había tenido otra opción. Era culpa suya que se hubiera dado un golpe en la cabeza. No podía dejar que pasara la noche sola en un hotel y menos después de perder a su amigo Cash. Sin una enfermera que la atendiera, la responsabilidad recaía sobre él.

Se giró e inclinó la cabeza para mirar por la ventana abierta. Izzie llevaba mucho rato en la ducha. Solo hacía falta que se desmayara y se ahogara.

Volvió dentro, se detuvo ante la puerta del cuarto de baño donde la había dejado y abrió la puerta.

–¿Estás bien? –gritó.

–Sí –contestó ella, con el sonido del agua corriendo de fondo–.

Ya voy a salir.

Cerró la puerta y se la imaginó desnuda entre sus manos, con su cuerpo cubierto de espuma.

Volvió fuera y encendió la luz. Una suave brisa se había levantado. Se acercó al borde de la terraza y apoyó los brazos en el parapeto de hormigón. Al menos no estaba pensando en Taylor Bayne, que aquella mañana había echado a perder sus planes de expansión en Europa con un simple gesto de la mano.

Sintió un nudo en el estómago al recordar la desastrosa reunión de Blue Light Interactive. Había adivinado que ocurría algo nada más saludar al habitualmente afable presidente y ver que los demás hombres evitaban su mirada. De repente, asuntos que no habían sido problemas se habían convertido en diferencias insalvables, y Bayne había empezado a dar marcha atrás.

Soltó una retahíla de maldiciones. ¿Qué le había hecho a Bayne dar un giro de ciento ochenta grados? ¿Y cómo se había equivocado con él de aquella manera? Para un hombre acostumbrado a controlar cada paso, aquello le resultaba desconcertante.

Con dieciséis años, viviendo en Nueva York, había decidido convertirse en jugador de fútbol americano. No había querido seguir los planes de su padre de ocuparse de la empresa familiar, C-Star Shipping, por ser el único hijo varón. Para Alex, lo más importante había sido el fútbol.

En la universidad, la victoria de su equipo en un campeonato nacional había convertido en realidad su sueño de jugar en el fútbol profesional. Recibió una oferta de un equipo de Nueva York y ahí fue cuando a su padre se le acabó la paciencia. Aquella afición de Alex tenía que acabar. Había llegado el momento de convertirse en un hombre y ponerse al nivel de los brillantes empresarios de la familia Constantinou.

Se aferró a la barandilla al recordar aquel oscuro bar de Boston al que su padre lo había llevado, ante una botella de whisky y la dureza de su mirada. Aquella noche lo iban a resolver todo, le había dicho a Alex. ¿No se daba cuenta de la vergüenza que suponía para el apellido Constantinou que abandonara su ciudad natal por una frívola carrera en el fútbol americano?

Todavía recordaba el sabor amargo del whisky y la voz grave de fumador de su padre al rebatir su ruego.

–Has conseguido tu sueño –le había dicho a su padre–. Deja que yo consiga el mío.

–Como firmes ese contrato, Alexios, dejarás de pertenecer a

esta familia.

Se le encogió el corazón al evocar aquella conversación, y los nudillos se le quedaron blancos de tanto apretar la balaustrada. Se había enfadado tanto que al día siguiente había firmado un contrato por tres años. Y su padre, cumpliendo su palabra, lo había desheredado y no había vuelto a ir a ningún partido.

Se le había dado muy bien jugar y se había convertido en una estrella. Había ganado una ingente cantidad de dinero, pero nunca se había ganado el respeto de su padre. Entonces, en una noche funesta en su tercer año de carrera, lo había perdido todo. Había tenido que aprender lo que era ser un superviviente. Había tocado fondo y había tenido que volver a empezar de nuevo.

Sophoros había sido el resultado de aquella firme decisión. Junto a su mejor amigo de la universidad, el brillante programador de software Mark Isaacs, había levantado una compañía exitosa de juegos para ordenador.

No estaba dispuesto a permitir que un exempleado codicioso y vago, venido a más, acabara con Sophoros.

Se quedó mirando el cielo, en el que ya se divisaba claramente Venus. Debería estar pensando en el caos que lo esperaba en Nueva York, en trazar un plan, y no en lo que Isabel Peters seguiría haciendo en la ducha.

–¡Alex, esto es increíble!

Se dio la vuelta y vio a Isabel descalza, con el vestido de su hermana que había encontrado en la habitación de invitados. Su primer pensamiento al verla fue que a su hermana no le quedaba así el vestido. El segundo, que era hombre muerto.

Su pelo oscuro y sus ojos destacaban con aquel vestido beis. Se había recogido el pelo en una coleta y no llevaba maquillaje, salvo un brillo de color cereza en los labios, inocente e inofensivo. No así el vestido, que se ajustaba a cada centímetro de su figura curvilínea, marcando unos pechos generosos, una cintura estrecha y unas caderas redondeadas. Tenía el tipo de cuerpo que hacía que un hombre deseara ponerle las manos encima.

Al mirarla a los ojos, Izzie se ruborizó. Hacía mucho tiempo que no veía a una mujer ruborizarse.

–Creo que tengo una talla más que tu hermana.

Sin saber qué responder a aquello, Alex carraspeó y mantuvo la mirada fija en su rostro.

–Estás blanca como un fantasma.

–Me siento mucho mejor después de la ducha –dijo Izzie llevándose las manos a las mejillas.

–Necesitas un trago.

Y él también.

Lo siguió dentro y se sentó en un taburete alto ante la barra de caoba, mientras él sacaba una botella de brandy.

–Vaya, este sitio es fabuloso.

–Gracias –dijo Alex abriendo la botella y sirviendo un poco en un vaso y el doble en otro–. Fue una buena inversión, teniendo en cuenta el mercado inmobiliario de Londres.

Le ofreció el vaso que menos tenía y ella lo tomó entre sus dedos. Sus uñas perfectamente cuidadas llamaron su atención.

–Alex, yo… No sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí hoy.

–No, no tiene importancia –dijo él, y cerró la botella antes de volver a dejarla en el estante.

–Sí la tiene –insistió ella–. Creo que habría perdido la cabeza si no hubiera sido por ti.

Él se encogió de hombros.

–Las fobias pueden afectar mucho.

–Aun así, gracias –dijo ella levantando la barbilla y sosteniéndole la mirada.

–De nada –replicó Alex y señaló el vaso–. Bebe, el brandy te vendrá bien.

Izzie dio un sorbo e hizo una mueca de desagrado.

–Supongo que se aprende a apreciarlo con el tiempo.

–¿Me estás llamando viejo, Isabel? –preguntó divertido.

–Qué va. ¿Cuántos años tienes… treinta?

–Treinta y dos. ¿Y tú?

–Veinticinco –contestó ella–. Siete años. No es mucha la diferencia.

–Te sorprendería lo que cunden siete años.

Alex dejó su vaso en la barra y se acercó a la estantería de CD del salón.

–He encargado la cena al restaurante de abajo –añadió–. Creo que podríamos cenar en la terraza.

–Me encantaría. Las vistas son increíbles.

–Entonces, voy a prepararte la cama.

–Estoy tan alterada que no sé si podré dormir.

Él se dio la vuelta y la miró. Allí sentada, se la veía muy vulnerable.

–El brandy y una buena comida te ayudarán. Seguramente tienes la adrenalina disparada.

–Supongo que así es.

Alex volvió su atención a los CD.

–¿Tienes alguna preferencia en música?

–Me gusta todo.

–¿Clásica?

–Sí –contestó ella sonriendo al ver que la miraba extrañado–. Mi padre es profesor de música en Stanford y crecí escuchándola.

–¿Te obligó a aprender a tocar instrumentos?

–Sí, hasta que se dio cuenta de que no tenía oído. Soy muy torpe en todo lo referente a la creatividad.

Alex no pudo evitar preguntarse si también lo sería en el dormitorio.

Se obligó a concentrarse en la música. Tenía que dejar de pensar siempre en lo mismo. Cada vez que la veía balancear las piernas en el taburete, no podía evitar imaginárselas rodeándolo mientras se hundía en ella lenta y profundamente y…

¿Tanto hacía que no estaba con una mujer? ¿Cuánto tiempo había pasado, dos, tres meses? Había estado tan volcado con los asuntos de Blue Light Interactive que no había tenido tiempo para pensar en mujeres y mucho menos para llevárselas a la cama. Tal vez fueran las tres horas que había pasado en el ascensor conteniendo aquella atracción que parecía aumentar por minutos.

Se quedó mirando los CD y se decidió por una recopilación de adagios. Las primeras notas de una guitarra llenaron la habitación.

–No hubiera adivinado que te gustaba la guitarra clásica –dijo ella mientras él volvía a la barra.

–¿Me estás encasillando en un estereotipo? Antes cuestionaste mis gustos literarios…

–Tienes razón. Eres un libro cerrado, al contrario que yo con mi enorme boca.

Él se encogió de hombros y tomó su vaso.

–Conoces lo fundamental, soy neoyorquino, dirijo mi propia compañía…

–Los detalles son sobrecogedores –dijo Izzie con ironía–. ¿Tu acento es griego?

–Nací en los Estados Unidos, pero mis padres son griegos. Pasaba todos los veranos en las islas griegas.

–¿En dónde fuiste a la universidad?

–En Boston.

–¿Por qué en Boston teniendo tantas universidades en Nueva York?

–Por los deportes y su escuela de negocios. ¿Adónde fuiste tú?

–A Columbia.

–Pero no eres de Nueva York. Percibo cierto deje sureño.

–Soy de California, de Palo Alto. Me mudé a Nueva York para ir a la universidad.

–¿Tu familia sigue viviendo allí?

–Solo mi padre. Mis padres se separaron. Mi madre vive en Nueva York y mi hermana… –dijo, y sonrió–. Bueno, es una nómada. Trabaja de modelo por todo el mundo. Nunca sé en qué ciudad está cuando hablo con ella.

Alex dio un sorbo de brandy y sintió que le quemaba la garganta.

–¿Cuántos años tenías cuando tus padres se separaron?

–Nunca sé si llegaron a estar juntos. Mi madre es actriz. Está acostumbrada a los focos y a las grandes ciudades. Siempre estaba de viaje rodando y de vez en cuando venía por casa. Creo que un buen día, decidió que ni Palo Alto ni nosotros éramos lo suficientemente excitantes para ella.

–¿Es conocida? –preguntó Alex frunciendo el ceño.

Izzie dudó unos instantes. Aquello era lo último de lo que quería hablar.

–Se llama Dayla St. James.

–¿Trabajó en esa película de guerra, haciendo de una mujer cuyo marido no volvía del frente?

–Así es. Resulta irónico, ¿verdad?

–Un poco –respondió él, observándola–. No te pareces a ella.

–Eso dice ella también.

–No quiero decir que no seas guapa, Isabel. Estoy seguro de que muchos hombres te han dicho que lo eres.

Izzie bajó la mirada al brandy y lo agitó en el vaso.

–No te burles de mí. Mi madre es una impresionante estrella de cine. Mi hermana, una glamurosa modelo internacional. Estoy acostumbrada, llevo toda la vida viviendo con ello.

Alex se mordió la lengua y contó hasta cinco. Cualquier cosa que dijera en ese momento, podría ser usada en su contra. Tenía tres hermanas y sabía cómo funcionaban sus mentes.

–Deberías tener más confianza en ti misma. Eres una mujer preciosa.

Apretó los labios y se quedó mirándolo. Justo en aquel momento, sonó el teléfono de Alex.

–¿Puedes poner la mesa mientras contesto? –dijo sacando su móvil del bolsillo–. Los platos están en el armario de encima del fregadero.

La voz animada de su socio, Mark, sonó al otro lado de la línea.

–Grace me ha contado lo que ha pasado. ¿Estás bien? Vaya susto.

–He tenido un día terrible –contestó Alex, y se dirigió a su despacho–. Pero sí, estoy bien.

–¿La reunión en Blue Light no fue bien?

–Algo ha pasado desde nuestro último encuentro hasta hoy –contestó, sentándose al borde de su escritorio–. Ha estado muy esquivo.

–Creo que tengo la explicación –dijo Mark–, y no va a gustarte.

Un desagradable escalofrío le recorrió la espalda a Alex.

–Cuéntame.

–Taylor Bayne se reunió con Frank Messer la semana pasada en Londres.

–¿Cómo lo sabes?

–¿De veras quieres que conteste a esa pregunta?

–No. ¿Y de qué hablaron?

Su socio, que había sido su único confidente en los momentos más bajos de su carrera deportiva, era un genio programando. Dicho de otra manera, era un hacker y podía acceder a cualquier parte.

–No lo sé, pero puedes estar seguro de que tuvo algo que ver con lo de hoy.

–Está preparando los preliminares del proceso judicial.

Todo empezaba a encajar. A la vista del incremento del valor en bolsa de Sophoros, el exdirector de software, Frank Messer, codiciaba más, seguramente considerando que no había recibido suficiente siete años antes cuando cada uno se había marchado por su lado. Así que iba a llevarlos a juicio reclamando una compensación superior a la que había recibido. Al parecer, estaba intentando distanciar a la gente que hacía negocios con Sophoros.

Alex dio un puñetazo en la mesa.

–*Christós,* Mark, deberíamos habernos deshecho de él cuando pudimos.

–No puedes tener más razón. Los abogados dicen que tenemos por delante una dura pelea.

Justo lo que necesitaba escuchar después de un día como aquel.

–Necesito el avión, Mark. Tengo que salir de aquí.

–Ya estamos en ello, socio. Grace ha conseguido que lo revisen esta noche. Te llamará por la mañana para decirte cómo va todo.

–Estupendo.

Su secretaria, con veintitrés años, era más eficiente de lo que

era de esperar para su juventud. Era capaz de hacer que el avión estuviera operativo al día siguiente.

–Alex…

La voz asustada de Isabel se escuchó de fondo y él se puso rígido.

–¿Es esa la voz de una mujer? En serio, Alex, no sé cómo lo haces. Te quedas colgado en Londres unas horas, ¿y ya tienes una mujer ahí?

–Es una larga historia –replicó Alex, sintiendo que se le erizaba el vello de la nuca–. Tengo que colgar. Hablaremos por la mañana.

–Estoy deseando que me cuentes. Diviértete, socio.

Colgó y llegó a la cocina justo a tiempo de ver a Isabel subida a la encimera, sujetando con la mano una fila de copas que amenazaba con caer al suelo.

–¿Qué estás haciendo?

Saltó a su lado y tomó un puñado de copas. Izzie colocó el resto en la balda.

–Lo siento. Pensé que necesitaríamos unas copas de vino. Vi la botella de vino que tenías en la encimera, me mareé al tomar una y se produjo un efecto en cadena.

Él saltó al suelo, alargó los brazos para tomarla de la cintura y la bajó, haciéndola sentarse sobre la encimera. Izzie se apartó unos mechones de pelo de la cara. Se había puesto colorada.

–No me sentía mareada antes de subirme ahí.

–Tienes que comer algo –dijo Alex sacudiendo la cabeza.

Si fuera un hombre prudente, se apartaría de la tentación que tenía ante él y que lo miraba directamente a los ojos.

–¿Alex…?

–¿Qué?

–¿Me lo estoy imaginando o quieres besarme?

Alex cerró los ojos. No le gustaba mentir, pero en aquel momento, no le parecía mala idea.

–¿Puedo no contestar?

–Alex –dijo ella, y esperó a que él abriera los ojos–. Mi amiga Jo dice que nunca me relaciono con hombres, por eso te lo pregunto. ¿Me lo estoy imaginando?

Alex maldijo para sus adentros.

–No soy el hombre adecuado para ti, Isabel.

–Hablo de un beso, no del resto de nuestras vidas.

–La respuesta es la misma.

Se quedó pensativa y tragó saliva.

–En el ascensor me dijiste que es mejor enfrentarse a lo

desconocido que temerlo.

–En este caso, deberías alejarte –murmuró él.

–Por favor, contesta a mi pregunta. En caso contrario, me sentiré como una idiota. Para bien o para mal, sabré aceptarlo.

Alex se llevó las manos a las sienes y se las apretó. Hacían falta muchas agallas para contestar a aquella pregunta. Había sido un error reconocer que la encontraba atractiva.

–Sí –contestó por fin–. Quiero besarte, pero…

La tensión del rostro de Izzie desapareció.

–Alex, acaba con ello cuanto antes, ¿quieres?

–Esto es una locura –protestó él.

Pero ya estaba avanzando hacia ella y acercando su boca a la suya. ¿Qué daño podía hacer un beso?

–Has estado a punto de desmayarte ahí arriba –añadió, murmurando junto a su boca.

–Estoy bien –dijo ella levantando la barbilla para que sus labios se rozaran.

Entonces, la locura de todo el día se hizo con las riendas del momento y su boca tomó la de ella, explorando cada centímetro de sus labios.

Su cabeza le decía que aquello era una mala idea, pero, a la vez, la tomó de la cabeza y la obligó a inclinarla para cambiar el ángulo del beso. Al hacerse más profundo, ella jadeó y se aferró a su camisa. Era consciente de lo sencillo que sería quitarle las bragas, hacer que lo rodeara por la cintura con las piernas y tomarla allí mismo. Justamente lo que había imaginado unos minutos antes.

Pero era un hombre sensato. Izzie no había comido y estaba mareada. Separó los labios y lentamente se apartó de ella.

–Tienes que comer algo. Ha sido un día muy largo.

Un sinnúmero de emociones asomaron a sus ojos.

–Alex, yo…

–No más charla –dijo él poniéndole un dedo en los labios–, hasta después de que hayamos comido.

–Pero…

El timbre de la puerta la interrumpió. Alex se pasó la mano por el pelo y se estiró la ropa.

–La cena. Sal a la terraza y toma asiento. Enseguida estaré contigo.

Lo miró una última vez, cerró la boca y se bajó de la encimera. Alex maldijo entre dientes mientras la observaba salir de la cocina. Tenía razón: era hombre muerto.

Sentados a la pequeña mesa que Alex había dispuesto en la terraza, Izzie se concentró en llevarse un bocado a la boca. La pasta a las finas hierbas estaba deliciosa, pero le resultaba difícil comer cuando su corazón seguía desbocado y sus manos temblaban tanto. ¿Cómo no hacerlo después de que la besara el hombre más atractivo que había visto jamás? Había sido el beso más increíble de su vida y deseaba experimentar más. Era como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo estuvieran funcionando por primera vez y no estaba segura de si deleitarse o asustarse por lo que estaba sintiendo.

Tragó saliva, obligando a que la comida bajara. El hecho de que tuviera razón, de que Alex se sintiera atraído por ella, le hacía sentir como si la cabeza le fuera a estallar. Quizá Jo tuviera razón. Tal vez fuera su actitud recelosa lo que había ahuyentado a los hombres en el pasado y no los kilos que había ganado de más, como siempre había pensado.

Tomó otro sorbo de vino. Sentía que la estaba ayudando a tranquilizarse, aunque no parecía estar teniendo el mismo efecto en Alex, que no había dejado de mirarla durante toda la cena con el ceño fruncido. La expresión de sus ojos azules era inescrutable. De repente, se dio cuenta de que no había trazado un plan. Sabía que se sentía atraído por ella. La pregunta era: ¿qué pensaba hacer?

Con el corazón latiendo veloz, dejó el tenedor bruscamente y el sonido del metal al chocar con la porcelana resonó en medio de la noche.

–¿Es eso todo lo que vas a comer? –preguntó él mirando su plato medio vacío.

–Estaba delicioso, gracias, pero creo que no puedo comer más.

–Muy bien –dijo él soltando el tenedor y apartando el plato–. Hablemos de lo que ha pasado.

Izzie tomó otro sorbo más de vino para envalentonarse.

–Ese beso no debería haber pasado.

–¿Por qué no?

–Tengo mucha más experiencia que tú, Isabel. No busco una relación. De hecho, las que he tenido, apenas han durado unos pocos meses.

–¿Y?

–Además, seguramente estás todavía en estado de shock por lo que ha pasado hoy.

–Estoy perfectamente –replicó ella–. Lo cierto es que nunca me he sentido tan lúcida.

–¿Qué clase de lucidez? –preguntó él acomodándose en la silla, con la mirada clavada en su rostro.

–Hoy me he enfrentado a mi mayor temor. Eso me ha hecho darme cuenta de que he vivido gran parte de mi vida con miedo, de que no he perseguido lo que quería porque temía no conseguirlo.

–Es una buena apreciación.

–No estoy buscando una relación, Alex. De hecho, es lo último que necesito ahora.

–Entonces, ¿qué estás buscando? –preguntó él entornando los ojos.

–No quiero vivir con más angustias.

–Tienes veinticinco años, Isabel –comentó Alex sacudiendo la cabeza con una sonrisa irónica en los labios–. No creo que tengas mucho de lo que arrepentirte.

Ella respiró hondo y lo miró a los ojos.

–Me arrepentiré si me voy de aquí esta noche sin dar rienda suelta a la atracción que hay entre nosotros.

Alex se quedó en silencio, mirándola fijamente.

–No estoy seguro de que sepas lo que estás haciendo.

–Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Izzie contuvo la respiración durante unos segundos, convencida de que iba a rechazarla. Sintió el aire cálido en los pulmones y pensó que le iban a explotar. Entonces, algo cambió en el ambiente y la respuesta se la dio su mirada oscura.

Alex se levantó y le tendió la mano.

–Muy bien, vayamos a disfrutar de las vistas.

Capítulo 4

El sofocante ambiente de la noche, tranquilo y silencioso mientras disfrutaban del paisaje urbano desde la barandilla, parecía envolver a Izzie en un mundo que casi creía real. Los únicos que existían eran ellos dos y, aquella increíble vista panorámica de Londres con sus luces reflejándose en el agua, parecía creada solo para ellos.

–Seguro que pasas mucho tiempo aquí fuera –le dijo a Alex–. Las vistas son espectaculares.

–Es mi segunda oficina cuando estoy en Londres –repuso él sonriendo–. Cuando el tiempo es bueno…

Izzie trató de concentrarse mientras él le señalaba algunos puntos emblemáticos de Londres y le contaba un poco de la historia de cada uno de ellos. El fuego que sentía en sus venas la aturdía.

–¿Qué es eso? –preguntó, señalando unas pequeñas estructuras situadas a ambos lados de un puente.

–Son las barreras del Támesis.

Izzie sintió que su temperatura aumentaba al notar su cálido brazo en la espalda. Alex no se apartó y apoyó las manos en la barandilla, a ambos lados de ella. Su corazón latió desbocado.

–Las inundaciones han sido un problema en Londres desde siempre –continuó Alex–. Los niveles de agua no han dejado de crecer, amenazando la ciudad. Hace muchos años, durante una de las mayores inundaciones, cientos de personas murieron.

–¿De verdad?

Izzie apenas podía respirar, distraída por la reacción que su cuerpo cálido y robusto le estaba provocando.

–¿Me estás escuchando? –le preguntó él junto al oído.

Dejó de fingir que estaba prestando atención cuando Alex le apartó el pelo a un lado y rozó con los labios la delicada piel de su nuca.

–Un beso no ha sido suficiente, Isabel.

Sintió que se le debilitaban las piernas aún más cuando su boca rozó la base de su cuello. La cuestión era si tendría las agallas necesarias para seguir adelante con aquello. Solo había tenido un

amante, su novio de la universidad, y no había sido muy bueno. ¿Y si decepcionaba a Alex con su inexperiencia?

–Veo salirte humo por las orejas –susurró él–. Deja de pensar tanto.

Era justo lo que tenía que hacer. Llevaba toda la vida pensando demasiado. Si algo había aprendido ese día era que la vida era frágil y que en cualquier momento la podía perder. Así que era mejor disfrutar y aprovechar las oportunidades.

Respiró hondo, se dio la vuelta y se encontró con sus intensos ojos azules. Los rasgos de su cara resultaban duros hasta que sonreía. No era capaz de articular palabra, así que dejó de intentarlo. Se puso de puntillas, levantó la barbilla y acercó sus labios a los de él a modo de invitación.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –inquirió él y, al ver que asentía, continuó–. ¿Esas gafas son para ver de lejos?

–Sí.

–Entonces, creo que no van a hacerte falta –dijo quitándoselas y dejándolas junto a la barandilla–. Me vas a tener muy cerca.

Los latidos de su corazón se aceleraron cuando le acarició la mejilla y el labio inferior.

–Tienes unos labios irresistibles.

Si no la besaba en aquel momento, se moriría. Paralizada, lo observó bajar la cabeza y cerró los ojos mientras sus labios rozaban los suyos con tanta sensualidad que sintió que se le aflojaban las piernas. Apoyó las manos en su pecho fornido en busca de equilibrio y dejó escapar un gemido al sentir que exploraba cada centímetro de sus labios. El beso se hizo interminable.

–Quítate esto –murmuró él, soltándole el pelo, que cayó como una cortina sobre su espalda–. Tienes una melena preciosa.

–¿Qué os pasa a los hombres con el pelo? –preguntó Izzie sonriendo.

–Da lugar a muchas fantasías. No he dejado de imaginármelo esparcido sobre las sábanas blancas de mi cama.

Alex hundió las manos en su pelo para sujetarla por la cabeza y volvió a tomar su boca con la clara intención de hacer realidad aquella fantasía. Izzie empezó a jadear y respondió con ardor a sus besos.

Después de que su lengua recorriera su labio inferior y se introdujera en su boca para envolverse en un baile erótico con la suya, deseó todo lo que le ofrecía y más. La sensualidad del beso hizo que le ardiera la sangre en las venas y dejó caer la cabeza

hacia atrás. Alex la empujó hacia la dura pared de hormigón y colocó un muslo entre los suyos a la vez que deslizaba los labios por su cuello.

–El pulso se te está acelerando –murmuró junto a su piel.

Izzie trató de contener un estremecimiento mientras Alex seguía besándola por la clavícula hasta el hombro.

–Estoy un poco…

–¿Excitada? –la interrumpió mirándola con sus ojos azules, sonriendo con picardía–. Acabamos de empezar, cariño.

Cerró los ojos y sintió que le ardían las mejillas. Alex le mordisqueó el hombro, deslizó los dedos bajo el tirante del vestido y se lo bajó. Ella se sujetó a la pared mientras sus labios viajaban al otro hombro para hacer lo mismo. Abrió los ojos al sentir que la tela caía por la curva de sus pechos, dejando al descubierto el sujetador de encaje que llevaba debajo. Al oír que él maldecía entre dientes, volvió a sentir que le ardían las mejillas. Cohibida, se cubrió con los brazos.

–Isabel –dijo Alex tomándola de la barbilla para que lo mirara a los ojos–. Eres tan preciosa que me tienes cautivado.

Izzie dejó caer los brazos y sostuvo su mirada ardiente. Él inclinó la cabeza hasta que sus labios rozaron los suyos y tomó su boca con voracidad. Sintió que los huesos no la sostenían mientras le demostraba lo mucho que la deseaba y se dejó llevar al sentir sus manos cubriéndole los pechos.

–Preciosa –susurró él.

Le acarició los pezones con los pulgares y al instante se endurecieron bajo el encaje del sujetador. Cerró con fuerza los ojos, deleitándose ante aquella sensación tan erótica, y se aferró al parapeto de hormigón. Alex bajó la cabeza y lamió por encima del encaje uno de sus pezones, mientras seguía acariciando el otro con la mano. Una oleada de deseo se extendió por todo su cuerpo, invadiendo su vientre. Los movimientos de su lengua le provocaban una sensación tan placentera que se olvidó de todo, excepto de lo bien que la hacía sentirse.

Entonces, cerró los labios sobre el pezón y se lo apretó entre los dientes hasta que empezó a sentir un dolor que nunca antes había conocido.

–Alex –susurró desesperada.

No sabía muy bien lo que le estaba pasando, ni qué hacer ante aquel placer extremo que le estaba proporcionando.

–¿Bien? –preguntó él, mientras tomaba el otro pezón entre sus labios.

–Umm…

Izzie se frotó contra su muslo, buscando alguna clase de alivio. Él deslizó las manos por sus caderas, sin dejar de chuparle el pezón, y buscó el bajo del vestido para levantarlo y colocar el muslo entre sus piernas desnudas. Izzie jadeó al sentirlo junto a la humedad de su entrepierna. Sus fuertes músculos eran el antídoto perfecto para la ardiente sensación que estaba creciendo en ella, especialmente después de que empezara a frotarse contra él.

–*Theos,* vas a acabar conmigo –murmuró Alex, apartando la cara de su seno para mirarla.

El hecho de que estuviera tan excitado como ella provocó que cada una de sus terminaciones nerviosas se estremeciera. Sentía una seguridad que no había conocido antes y lo miró a los ojos para que supiera lo mucho que lo deseaba. Alex apartó la pierna, la atrajo hacia él y se inclinó ligeramente para acariciar la parte trasera de sus muslos. Ella contuvo la respiración al notar que la tomaba del trasero y se arqueó contra él hasta que sintió su fuerte erección. Se le secó la boca. Era imponente, impresionante y… amedrentadora.

Olvidando su aprensión, contuvo la respiración mientras él acariciaba el borde de sus bragas hasta la curva de su trasero.

–Un tanga –susurró junto a su oído–. Te gusta ser la fantasía de un hombre, ¿verdad?

Se sonrojó y sintió que la apartaba ligeramente, deslizando los dedos por delante de sus bragas hasta dar con la cálida humedad de su entrepierna.

–Dime qué quieres.

Su legendaria habilidad para no parar de hablar la falló. ¿Cómo decirle que ni siquiera sabía lo que quería? Su ex nunca se había molestado en estimularla ahí. Solo le había interesado su propio placer.

–¿Qué te parece esto? –murmuró, deslizando los dedos por debajo de la tela.

Izzie cerró los ojos. Lo que le estaba haciendo con el pulgar la hizo quedarse en blanco. Se aferró con más fuerza a la pared de hormigón, dejó caer la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que le estaba provocando.

–Alex –murmuró con un sorprendente tono ansioso en la voz.

–Dime qué quieres.

–Cualquiera puede vernos desde aquí…

–Tendrían que usar un telescopio.

¿Y qué si lo hacían? Dejó de preocuparse al sentir sus labios en

el cuello a la vez que la presión de su pulgar aumentaba.

El roce de sus dedos en sus delicados pliegues le provocó la sensación más placentera que jamás había experimentado en su vida. Se le doblaron las rodillas y tuvo que buscar apoyo en la pared.

–*Theos,* estás muy caliente –dijo él deslizando el pulgar hacia el centro de su excitación, esa vez sin ninguna barrera–. ¿Es esto lo que quieres, Iz?

Empezó a trazar círculos, provocando una tensión insoportable en ella. Era como si todas las terminaciones nerviosas estuvieran despertando bajo sus dedos.

–Sí.

Se retorció desesperada, suplicando más, cualquier cosa con tal de aliviar aquella excitación.

–¿Y esto? –preguntó Alex con una nota áspera en la voz e introdujo uno de sus largos dedos en ella.

Izzie se mordió el labio inferior, mientras su cuerpo se acomodaba a aquella invasión. Entonces, aquellas nuevas caricias la mandaron a la estratosfera.

–Alex –dijo sin poder controlar lo que hacía o decía.

–¿Más? –preguntó él, deslizando otro de sus dedos en su interior.

Esa vez, sus gemidos resonaron en la noche mientras Alex marcaba el ritmo.

–Por favor –suplicó, sin saber qué hacer o qué pedir para que ocurriera.

–Adelante, Iz, déjate llevar –susurró él junto a sus labios.

–Yo no… ¡Oh!

Entonces, Alex volvió a estimularla con el pulgar, llevándola al límite, y una oleada de placer la sacudió. Se llevó el puño a la boca, temiendo dejar escapar un grito, mientras él seguía apretándola con los dedos para alargar su orgasmo.

Había sido el primero. Lentamente volvió a la realidad y vio que Alex la estaba observando. Por su expresión, parecía haberlo adivinado.

–No habías tenido ninguno antes.

–No.

–¿Eres virgen?

Ella sacudió la cabeza.

–¿Habría importado?

–Por supuesto. Ya te he dicho que no me gusta complicarme la vida con las mujeres, Isabel.

–¿Y una virgen es más complicada?

–Desde luego. A las mujeres les gusta idealizar su primera experiencia sexual. ¿A ti no?

–Mi exnovio se preocupaba más de disfrutar él que de darme placer a mí. Pero será mejor que no hablemos del pasado –dijo, temiendo que le preguntara con cuántos hombres se había acostado.

–Sí, mejor –convino él, agachándose para pasarle el brazo por detrás de las rodillas y tomarla en brazos–. Se me ocurren mejores cosas que hacer.

A Izzie nunca antes la había llevado en brazos un hombre. Se sentía tan delicada y femenina en los brazos de Alex que pensó que era una experiencia que toda mujer debería disfrutar al menos una vez en la vida.

La dejó sobre el frío suelo de madera de la habitación principal que le había enseñado antes. El dormitorio tenía las mismas vistas que el resto del ático y estaba decorado en tonos neutros.

Izzie miró a su alrededor mientras él encendía las luces.

–¿No hay cortinas?

–Estas cristaleras solo permiten ver desde dentro.

Lo que lo convertía en un entorno perfecto para una experiencia sexual única, pensó Izzie mientras él se colocaba detrás de ella y le mordisqueaba el hombro.

–Estoy segura de que has traído a unas cuantas mujeres aquí.

–¿Me lo estás preguntando? –dijo él, buscando el cierre del sujetador.

Ella negó con la cabeza. Alex desabrochó el sujetador con facilidad y lo dejó caer al suelo. Luego la rodeó con los brazos y cubrió sus pechos con las manos.

–Soy muy exigente en lo que a mujeres se refiere.

Izzie jadeó al sentir que volvía a endurecerle los pezones con los dedos. A continuación se oyó la cremallera y sintió el aire fresco en la piel mientras el vestido caía por sus caderas hasta el suelo, quedándose vestida tan solo con el tanga.

–Eres preciosa, Isabel. Me dejas sin aliento –dijo él, y le llevó la mano al primer botón de la camisa–. Creo que llevo demasiada ropa, ¿no te parece?

La idea de descubrir toda aquella piel bronceada, hizo que le temblaran los dedos al intentar desabrochar el botón.

–Tranquila –susurró Alex, y se llevó su mano a la boca para besarla–. No tenemos ninguna prisa.

Poco a poco fue desabrochándole los botones, descubriendo su

torso bronceado y musculoso. Le quitó la camisa por los hombros y, al contemplarlo, se le secó la boca.

–*Christós,* Izzie, acaríciame. Me estás volviendo loco.

Animada por el deseo que veía en sus ojos, Izzie acarició sus pectorales, deslizando suavemente las palmas por sus pezones hasta los fuertes músculos de sus abdominales. Todo él irradiaba masculinidad, lo que la intimidaba y entusiasmaba al mismo tiempo. Bajó las manos hasta el cinturón y con dedos temblorosos tiró de la correa. Lo siguiente fue la cremallera, rozando su erección mientras la bajaba. Alex soltó un gemido.

–¿Quieres que pare? –preguntó mirándolo a los ojos.

–Creo que es lo último que deberías hacer.

Izzie decidió seguir adelante, sin saber muy bien qué hacer puesto que con su novio nunca había habido preámbulos. Dejó que su instinto la guiara y metió las manos por la cintura de sus pantalones y se los bajó hasta el suelo. Alex los hizo a un lado y se quedó con un par de boxers negros que poco hacían por disimular su miembro erecto. Al reparar en su tamaño, no estuvo segura de que aquello fuera a funcionar.

–Sé que soy grande, Izzie, pero te prometo que no te haré daño –dijo él adivinando su desconcierto–. Iremos tan despacio como haga falta, ¿de acuerdo?

Ella asintió, preguntándose por qué confiaba en aquel hombre al que apenas hacía unas horas que conocía. Alex la tomó en brazos y la llevó hasta la gran cama de sábanas de raso blancas. Su cabeza aterrizó en las mullidas almohadas y una sonrisa asomó a sus labios.

–¿Cómo tengo el pelo?

Él la recorrió con la mirada y sonrió.

–Mejor de lo que me había imaginado.

Con la rodilla apoyada en la cama, parecía todo un dios griego. Luego, le dio uno de aquellos besos interminables y se le disparó el corazón. Alex deslizó la mano entre sus piernas para acariciar su zona más sensible, estimulándola suavemente hasta que de nuevo volvió a retorcerse.

–Alex…

Esa vez deseaba más, quería sentir su impresionante miembro dentro de ella.

Él se incorporó con agilidad, se quitó los boxers y se colocó un preservativo. Izzie se quedó mirando el tamaño de su erección mientras se acercaba a ella y con sus fuertes muslos le hacía separar las piernas. Habían pasado dos años desde que había

estado con su exnovio. Después de tanto tiempo, ¿volvería el cuerpo a su estado virginal? Estaba a punto de descubrirlo.

Alex le leyó el pensamiento y una sonrisa burlona asomó a sus labios.

–Cariño, estás tan a punto que no va a haber ningún problema.

Deslizó las manos bajo las caderas de Izzie, elevándolas mientras impregnaba la punta de su miembro con su humedad. Izzie cerró los ojos. Aquel erótico preámbulo era demasiado para ella. Jadeó al sentir que la penetraba unos centímetros y abrió los ojos.

–Alex, no puedo…

–Calla –dijo él poniéndole un dedo en los labios–. Espera…

Ella cerró los ojos y trató de relajarse. Poco a poco su cuerpo fue aflojándose, dándose de sí para recibirlo, hasta que la incomodidad se convirtió en algo muy diferente.

–¿Estás bien?

Ella asintió con un movimiento de cabeza y abrió los ojos.

–Más.

Manteniendo un férreo control, volvió a hundirse en ella unos centímetros más. Una sensación de puro placer la invadió y arqueó las caderas a modo de invitación.

–Alex –murmuró–, estoy bien.

–¿Estás segura?

Su embestida, al penetrarla completamente, le quitó la respiración y clavó las uñas en la sábana. Alex la tomó con fuerza por las caderas, salió lentamente y volvió a hundirse en ella.

–*Theos,* Izzie, es un placer.

Poco a poco, Alex fue alimentando su fuego con cada una de sus rítmicas embestidas.

–Abrázame con las piernas.

Ella obedeció y lo sintió aún más dentro. Entonces, perdió el control y se dejó llevar. Solo sentía su fuerza, sus acometidas cada vez que se hundía en ella. Sus miradas se encontraron. Él sacó las manos de debajo de sus caderas, las colocó a ambos lados de ella y, sin dejar de observarla, la llevó al límite.

–Demonios, Izzie, no puedo seguir aguantando más –dijo con unas gotas de sudor en la frente.

Ella apretó las piernas alrededor de sus caderas, clavando los ojos en los de él.

–Ahora, Alex… estoy tan cerca…

Maldiciendo para sus adentros, volvió a hundirse en ella más rápido y con más fuerza, hasta que un estallido de placer la hizo

contraer el cuerpo alrededor de él, provocándole una espiral de sensaciones sin fin. Alex jadeó al sentirse aprisionado y se dejó ir.

Se quedó tumbada debajo de él, con las piernas entrelazadas con las suyas. Se había producido una fuerte conexión entre ellos y no era tan inocente como para no haberse dado cuenta de que aquello había sido muy especial.

–¿Estás bien?

Alex se incorporó, apoyándose en los antebrazos para estudiarla. Ella sonrió.

–Más que bien.

–Estoy de acuerdo. Ha sido increíble –añadió, acariciándole la mejilla.

El rubor que le provocó debió de ser evidente porque Alex se rio y la atrajo hacia él.

–Es un poco tarde para que te dé vergüenza, *agape*.

–El griego suena muy… sexy.

Alex echó hacia atrás la cabeza y se rio.

–Cuando algo me apasiona, recurro a él –dijo con voz grave, acariciándole el labio inferior–. Te demostraría más, pero es tarde y pareces cansada.

Estaba agotada. Y aunque quería permanecer despierta y disfrutar de aquella noche con Alex al máximo, no protestó cuando se tumbó de lado y la abrazó contra su cuerpo. El cansancio se apoderó de ella y cerró los ojos.

Su último pensamiento fue que el destino tenía previsto que aquel día tuviera lugar por alguna razón. Se había enfrentado a su mayor temor y había disfrutado de una noche maravillosa con un hombre increíble. El problema era, pensó somnolienta, que no se imaginaba a ningún otro hombre superándolo.

Capítulo 5

Vas a adorarme como siempre.

Alex sujetó el teléfono junto a su oreja y sonrió ante el comentario de su secretaria, mientras se levantaba de la cama y se apartaba de la calidez del cuerpo de Izzie.

–Ya te adoro por estar despierta a medianoche, trabajando.

–Ya sabes que me gusta tenerlo todo controlado. El avión y el piloto ya están listos para cuando quieras.

–Eres increíble –dijo Alex pasándose la mano por el pelo.

–Ah, por cierto. Alguien de la NYC-TV está intentando localizarte. ¿Tiene algo que ver con el asunto Messer?

–Sí. Diles que estoy en Maui.

–¿Todo esto se va a convertir en un circo?

–Posiblemente. Y ahora, vete a dormir. Si quieres, llega un poco más tarde mañana.

–Como si pudiera, con la cantidad de trabajo que tengo. Hasta mañana.

Se metió en la ducha mientras Izzie dormía y dejó que el chorro de agua caliente aliviara la tensión de sus hombros. Por increíble que hubiera sido la noche, en esos momentos le parecía una complicación innecesaria. Cada segundo que pasara haciendo otra cosa que no fuera pensar en la manera de frenar a Frank Messer, era tiempo que perdía. Tenía que volver a Nueva York, reunirse con sus abogados y establecer un plan.

No podía distraerse haciendo un vuelo transoceánico con Izzie en su avión privado. Las probabilidades de mantener las manos alejadas de ella eran escasas. Lo de la noche anterior había sido una aventura consentida por ambas partes, una ocasión de disfrutar el uno del otro.

Recordó la expresión de Izzie disfrutando entre sus brazos y todo su cuerpo despertó bajo el agua. Se sintió tentado de retrasar media hora su vuelo y disfrutar una vez más de su tentadora calidez. Pero tenía que salir de allí, Izzie tenía que dormir y ya tenía reserva en un vuelo. Lo mejor sería irse y mandarle un coche para que la recogiera.

Cerró el grifo, se secó y se puso una toalla por las caderas. Era

mejor poner fin a aquello cuanto antes. Volvió al dormitorio y se puso unos boxers y una camiseta.

–¿Qué hora es?

Medio dormida, Izzie se incorporó y se frotó los ojos. Estaba muy guapa con el pelo cayéndole por los hombros mientras trataba de enfocar la vista. Bajó la mirada hasta los rosados pezones de sus turgentes pechos y volvió a sentir que su miembro se ponía duro.

Ella se sonrojó y se cubrió con la sábana hasta el cuello.

–Son las cinco y media –contestó él poniéndose unos vaqueros–. Tengo que irme, pero puedes quedarte durmiendo. Mandaré un coche a las ocho y media para que te lleve al aeropuerto.

–Yo… eh…, pensé que íbamos en el mismo vuelo –dijo apartándose el pelo de la cara.

Se acercó y se sentó en la cama junto a ella.

–Mi avión ya está arreglado. Tengo que irme cuanto antes.

–Vaya.

Su mirada de desilusión lo hizo sentirse como un canalla.

–Tengo que ocuparme de un asunto urgente –explicó.

No pudo evitar acariciar uno de sus generosos pechos. Al instante, el pezón se endureció. Sus ojos se oscurecieron al igual que la noche anterior, cuando le había hecho el amor.

–Es mejor que ahora descanses y tomes el vuelo más tarde –añadió.

Ella asintió, pero el ligero temblor de su barbilla le hizo bajar la guardia. Acercó la cabeza y rozó suavemente sus labios.

–Gracias por lo de anoche.

Lo que pretendía ser el beso fugaz de una rápida despedida resultó ser un error. Izzie separó los labios y la química que había entre ellos recobró vida. Alex gimió, incapaz de evitar saborearla una vez más. Hundió las manos en su pelo y el beso se hizo más profundo mientras ella tiraba de su camiseta. Aquello iba en una dirección…

Se apartó antes de perder la cabeza completamente.

–Tengo que irme.

Izzie se mordió el labio inferior y asintió.

–Te he dejado ropa en una silla. Te quedará grande, pero está limpia.

–Gracias.

Acabó de vestirse y tomó la cartera y el reloj antes de que cambiara de opinión. Estaba a medio camino hacia la puerta

cuando se detuvo y la miró.

–Nada de remordimientos, ¿verdad?

–Nada de remordimientos –contestó ella sonriendo.

–Bien.

Se dio media vuelta y se obligó a marcharse, preguntándose por qué le costaba tanto irse. Lo había hecho un millón de veces, pero esa vez era diferente.

Izzie respiró hondo al oír la puerta del ático cerrarse. Volvió a inspirar y trató de calmarse, pero al ver que no funcionaba, tomó la almohada de Alex y la estampó contra la pared, imaginando que era él. ¿Cómo había podido dejarla allí, sabiendo la prisa que tenía por volver a Nueva York? ¿Tanto le habría costado esperarla? Podía haberla despertado antes y habría estado lista en cinco minutos, mucho más contenta de ir con él que tener que esperar a su vuelo.

Increíble. Se quedó mirando el amanecer del cielo de Londres por los ventanales de suelo a techo. Le había faltado tiempo para salir de allí, como si pensara que iba a montarle una escena.

Se rodeó con los brazos. Quizá algunas mujeres lo hacían, pero ella no. Había dicho que lo suyo sería una aventura de una noche y pretendía que fuera solo eso. Lo último que necesitaba era complicarse la vida en aquel momento. Tenía por delante un vuelo de siete horas y un puñado de ejecutivos esperándola, si James conseguía convencerlos para que la esperaran.

Aun así, había merecido la pena. Se lo imaginó desnudo en la cama, disfrutando con su cuerpo del mayor placer que jamás hubiera podido imaginar. Sintió que le ardían las mejillas. ¿Cómo había podido dejar que le hiciera todas aquellas cosas en la terraza, a la vista de cualquiera?

Apartó la sábana y se fue a la ducha. Era imposible que volviera a dormirse después de aquel último beso.

Se puso la enorme camiseta que le había dejado, evidentemente suya, y unos vaqueros que tuvo que subirse tres vueltas para no pisárselos. No resultaba estiloso, pero no le quedaba otra opción, puesto que su maleta estaba en Nueva York.

De camino a la cocina, decidió que sería sensata y relegaría a Alex a su álbum de los recuerdos.

Se sentó a la barra de la cocina, delante de una taza de café, y empezó a leer las preguntas para la entrevista que le había mandado James. Lo haría lo mejor posible y se olvidaría del

pasado. Había trabajado mucho y tenía suficiente experiencia. Aquella era la nueva Izzie y había llegado el momento de darle rienda suelta.

Dieciséis horas más tarde, Izzie salió tan agotada física y mentalmente de la entrevista en las oficinas de NYC-TV que apenas podía poner un pie delante del otro. Un vuelo transatlántico y una hora y media de interrogatorio por parte de los ejecutivos tenían la culpa.

Se colocó el portafolios debajo del brazo y se abrió paso por la redacción, ignorando la mirada envidiosa de Katy Phillip al pasar junto al área de cultura.

Se sentó en su mesa, sintiendo alivio de no tener que editar ningún reportaje. Al día siguiente se dedicaría a revisar el correo electrónico y todo lo demás podría esperar. Se quitó los tacones, sacó unas zapatillas deportivas del último cajón y acababa de ponérselas cuando los brillantes mocasines de su jefe aparecieron delante de ella.

–Me han dicho que ha ido bien.

–Eso creo –dijo ella incorporándose–. Teniendo en cuenta que estoy agotada.

James se sentó en una esquina de la mesa y se cruzó de brazos.

–Te adoran. Creen que tienes la frescura que busca el público que intentamos captar.

–¿De veras?

–Sí –respondió él, iluminándosele el rostro–. Piensan que tienes mucho talento.

A Izzie se le relajaron los músculos y sintió alivio.

–¿Pero?

–Temen que no tengas la experiencia suficiente para soportar la tensión. Les he dicho que como hija de Dayla St. James estás más que acostumbrada a eso. Tenemos que ganar, Iz, y conseguir el programa.

–James, quiero conseguir esto por mí misma.

–Si quieres conseguir algo en este negocio, tienes que usar todas las armas que tengas a tu alcance. Es una oportunidad única en la vida. Nadie va a jugar limpio.

–Lo sé –dijo ella asintiendo–. Te agradezco la oportunidad, pero prefiero dejar a mi madre al margen.

–Sabes que eso no va a pasar nunca.

–¿Y ahora qué?

–Van a reducir la lista de seleccionadas. Estoy seguro de que te incluirán. Luego, las candidatas presentarán el programa del fin de semana a modo de prueba. De momento, aumentaremos tu potencial como estrella con la historia de Constantinou. Por eso –dijo James señalando el expediente–, es por lo que quiero ese reportaje.

–Pensé que era por el juicio.

–Eso es interesante –comentó él abriendo el expediente y señaló una revista–. Pero esto es mejor.

Izzie dirigió la mirada a la revista deportiva y al ver en portada la foto de un jugador vestido con un uniforme de fútbol americano, con la rodilla al suelo y el casco en la mano, se le heló la sangre en las venas. No podía ser… Sus ojos buscaron el titular. ¿El próximo rey del fútbol? ¿El sensacional *quarterback* Alexios Constantinou resucitaría al equipo de Nueva York?

Sintió que la cabeza le daba vueltas. Las luces de la redacción se volvieron borrosas. El jugador de la foto era sin duda alguna Alex, el hombre con el que había pasado la noche.

–Pensé que su nombre era Leandros.

–Es su segundo nombre –aclaró James–. Creo que tiene algo que ver con que su padre lo desheredara.

Así que Alex era Alexios Constantinou. Recordó la expresión de la recepcionista de las oficinas de Sophoros en Londres cuando le había dicho que hacía horas que se había marchado. Se había quedado encerrada con él en un ascensor y habían acabado acostándose.

–¿Izzie?

Su jefe la miraba fijamente. Sacudió la cabeza, tratando de recuperar la compostura.

–¿Qué importa que fuera jugador de fútbol americano? Hay que contar lo de la oferta de Frank Messer –dijo James acomodándose en la mesa–. Alexios Constantinou fue uno de los mejores *quarterbacks* que ha dado la universidad. Inteligente, carismático, nacido para ser líder,… un chico de oro. Llevó a su equipo a los campeonatos nacionales. Fue el responsable de volver a poner en el mapa el fútbol americano en la Gran Manzana.

Izzie volvió a fijar la mirada en la foto. Seguía tratando de sobreponerse. ¿Alex había sido jugador de fútbol americano?

–¿Qué pasó? –preguntó.

–La prensa se le echó encima, esperando que diera la vuelta al equipo. A punto estuvo de conseguirlo durante su tercer año. Pero se rompió un hombro en un partido de clasificación y ahí acabó

definitivamente su carrera con veinticuatro años. Una de las historias más trágicas del fútbol profesional.

–De acuerdo, es una historia triste, pero ¿no forma ya parte del pasado? ¿Qué tiene que ver con Frank Messer?

Una sonrisa de autosatisfacción asomó a los labios de su jefe.

–La noche en que Alex Constantinou sufrió la lesión, desapareció y no volvió a conceder ninguna entrevista más. Años más tarde resurgió con una compañía de software que había creado con un compañero de la universidad y lanzaron un juego llamado *Behemoth* que hizo arder el mundo de los videojuegos. Probablemente haya hecho más dinero con ese juego de lo que hubiera conseguido con el fútbol americano, pero sigue sin hablar con la prensa. Quiero esa historia, su historia.

–Así que quieres que consiga una entrevista en exclusiva con Alexios Constantinou y que utilice a Frank Messer como arma.

–Exacto y tú serás la que lo convenza. Todo el mundo sabe que Constantinou tiene debilidad por las mujeres.

–Si odia tanto a la prensa, James, no va a hacerlo. Le dará igual la opinión pública y dejará que los tribunales decidan.

–Creo que podremos convencerlo de que es mejor que cuente su versión de la historia que dejar que lo haga Messer.

–Si los abogados se lo permiten…

–Como todos los presidentes de compañías hará lo que quiera, tan solo tienes que convencerlo.

Sintió que se le encogía el estómago. ¿Qué pensaría Alex cuando se enterara de a qué se dedicaba? Después de algunas desagradables situaciones con gente no muy entusiasta de la prensa, incluyendo a un hombre que la había insultado en un bar, no solía aclarar a qué se dedicaba. Le resultaba más sencillo decir que trabajaba en el mundo de la comunicación.

Estaba convencida de que no podría hacerlo, pero ¿cómo decírselo a su jefe?

Buscó una solución desesperada. Tenía que encontrar la manera de desacreditar a Messer para, así, no tener con qué presionar a Alex. Su jefe le asignaría otro reportaje que no tuviera que ver con el hombre que había devorado la noche anterior y todos estarían contentos.

–De acuerdo. Llamaré a Messer por la mañana para concertar una entrevista.

–Y localiza a Constantinou. Ha vuelto al país. Me da igual que tengas que acampar delante de sus oficinas.

De ninguna manera iba a hacer eso. James se bajó de la mesa e

hizo su habitual recorrido por la redacción previo al informativo. Izzie sacó el teléfono del bolso y se quedó mirando la estrella de la suerte que colgaba de la cinta. ¿Cómo podía haberle ocurrido aquello? De todos los hombres con los que podía haber tenido una aventura, había tenido que ir a elegir a Alexios Constantinou.

Se levantó decidida a que en una bañera reflexionaría mejor sobre todo aquello. Un revuelo a la entrada de la redacción la hizo levantar la vista. Un grupo de periodistas rodeaba a una mujer menuda y morena, toda sonrisas. Su madre.

Dayla St. James charló unos minutos con la concurrencia antes de lanzarles un beso y enfilar hacia la mesa de Izzie.

–He vuelto –anunció Dayla.

Envuelta en una nube de perfume, besó a Izzie en ambas mejillas. Los ojos violeta de su madre se posaron en ella. A sus cincuenta y un años, seguía conservando el atractivo que tantas pasiones había despertado.

–He venido a invitarte a una copa.

Izzie se sentó en el borde de su mesa. Necesitaba pensar, no salir a beber.

–He quedado con unas amigas –mintió.

–Seguro que antes puedes tomar algo conmigo. Voy a estar muy ocupada con la nueva obra y hace semanas que no te veo.

–¿Cuánto tiempo dura el contrato?

–Tres meses, el tiempo perfecto para ayudarte con tu nuevo cometido como presentadora.

Izzie se quedó mirándola fijamente.

–¿Cómo es posible que ya lo sepas? Yo me acabo de enterar.

–Un canal de televisión es una fuente de cotilleos, Iz, ya lo sabes.

No pensaba que corrieran tan deprisa.

–Mira, mamá, las dos sabemos lo que pasó la última vez que me diste consejos. Necesito conseguir esto por mí misma.

–Izzie, eras muy joven. Nunca debí obligarte a ir a aquella audición. No estabas preparada.

Izzie recordaba aquel caluroso día en Los Ángeles como si fuera ayer. Su madre había movido unos hilos para que le hicieran una prueba en el canal en el que por aquel entonces se emitía una serie que ella protagonizaba. El puesto era para un programa nacional de entretenimiento. Recién salida de la universidad y nerviosa como un flan, Izzie había competido con profesionales que tenían mucha más experiencia que ella, sabiendo que la única razón para estar allí era que el productor estaba medio enamorado de su

madre.

–Fue un desastre –murmuró Izzie–. Me vine abajo.

–Estabas aterrorizada.

Izzie se encogió al recordar cómo se había olvidado de la primera línea y luego de las siguientes, mientras su madre se ponía cada vez más roja. El productor, dirigiéndole una mirada de compasión, había puesto fin a la prueba.

–He llegado hasta aquí yo sola. He progresado en mi carrera gracias a mi trabajo y tienes que respetarlo.

Su madre asintió.

–Respeto que quieras conseguirlo por ti misma –dijo arqueando una ceja–. Pero tienes que hacerme un hueco en tu vida. Llevo meses intentando que las cosas funcionen entre nosotras y lo único que haces es apartarme de tu lado.

Izzie miró con incredulidad a Dayla, que parecía estar recitando aquellas líneas ante un auditorio lleno de público. ¿Acaso pensaba que unos intentos esporádicos de relacionarse con su hija iban a suponer un cambio después de toda una vida de desinterés?

–Eso hay que ganárselo, mamá.

–Lo intento, pero no ayudas nada.

–Al contrario que a ti, no se me da bien actuar.

Su madre frunció aún más el ceño.

–A veces pienso que eres tú la que se dedica a la interpretación.

Izzie se puso de pie.

–¿Qué te parece si cenamos el miércoles?

–Le pediré a Clara que nos haga una reserva. Tomaremos sushi, ahora tienes que cuidar la figura.

–Odio el sushi.

–Ah, es cierto –dijo su madre desapareciendo tras las dobles puertas de cristal.

Izzie tomó el teléfono y llamó a Jo. Prefería disfrutar de una botella de vino con su amiga que darse un baño. Guardó el expediente de Messer en el bolso. Lo leería en el metro, de camino a casa de Jo. Tenía que encontrar algo en aquel expediente para desacreditar a Frank Messer porque no estaba dispuesta a entrevistar a Alex.

Capítulo 6

Deja de poner esa cara –la reprendió Jo, abriéndose paso hacia la barra entre los elegantes invitados–. Se trata tan solo de una entrevista. Pídesela y acaba con ello.

–Para ti es fácil decirlo –murmuró Izzie–. No te has acostado con el hombre al que tienes que entrevistar.

–Venga, Iz –repuso Jo sentándose en un taburete–. ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

–¿Por qué no me darías la charla después del viaje a Italia?

–Te habrías perdido una gran noche con ese monumento –replicó Jo con una sonrisa de oreja a oreja–. Por cierto, es lo mejor que te ha pasado nunca.

Izzie hizo una mueca. El camarero se acercó, apoyó las manos en la barra de madera y se quedó mirando a Jo.

–¿Qué queréis?

–Dos Martinis secos –contestó Jo con una sonrisa seductora.

–Enseguida –dijo él mirando a su amiga antes de tomar una coctelera.

–Eres un caso –opinó Izzie–. Parece que todos los hombres estuvieran programados para enamorarse de ti.

Jo arqueó una ceja.

–Son las feromonas. Además, me gusta dar una oportunidad a los hombres. Llevas una vida tan planificada que no sabes pasártelo bien.

–Eso no es justo. Tengo una carrera y una meta que alcanzar.

–Necesitas divertirte.

–Me divierto.

–Para ti, pintarse las uñas de los pies de morado es hacer algo salvaje. Hablo de divertirse de verdad.

–Sí, bueno, mira a dónde me ha llevado tanta diversión.

Había pasado los últimos dos días tratando de desacreditar a Frank Messer en un intento desesperado de no hacer aquello, pero cuanto más había hablado con él y más se había informado, más creíble le había resultado su versión. Había jugado un papel significativo en la creación de *Behemoth* y todo el mundo en la industria lo sabía. Así que allí estaba, en la gala de los Met

patrocinada por NYC-TV, ante la desagradable tesitura de tener que acercarse a Alex y pedirle una entrevista.

La gala se estaba celebrando en el Templo de Dendur, en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York y, en vez de estar disfrutando, llevaba toda la noche buscando a Alex, con el corazón en la garganta. Se giró a tiempo de ver a su amiga sonriendo al camarero de la barra. De repente, Jo fijó la vista en alguien.

–¿Alto, moreno, ojos azules?

Izzie se quedó de piedra.

–Sí. ¿Por qué, lo ves?

–¿Un cuerpo de infarto?

–Sí.

–Creo que es él. Está con otro hombre, rubio y muy atractivo también.

–Su socio, Mark –dijo Izzie.

–Vaya, Iz. Es impresionante.

Se dio la vuelta lentamente y siguió la mirada de Jo. De repente, le costó respirar. Alex estaba hablando con la jefa de prensa de los Met. El esmoquin negro de Armani lo hacía destacar.

Giró la cabeza antes de que pudiera verla y se secó el sudor de las manos en los muslos. ¿Qué debía hacer? ¿Acercarse, saludar y dejar caer la bomba? Había pasado tanto tiempo tratando de desacreditar a Messer que no tenía un plan.

–Bebe –dijo Jo, acercándole el Martini–, un poco de coraje es todo lo que necesitas.

Alex sonrió a algo que le había dicho la jefa de prensa de los Met, sin escucharla. Detestaba las conversaciones superficiales de aquellas ocasiones.

Estaba cansado y no le quedaba paciencia. Sus abogados acababan de decirle que Frank Messer iba a ser un incordio. Necesitaba encontrar la manera de salir de allí sin perjudicar la imagen de Sophoros, patrocinador del acto.

La mujer pareció darse cuenta por fin y se fue a hablar con otro de los patrocinadores.

–¿Estás listo para marcharnos? –preguntó Alex a Mark.

Su socio asintió.

–Sí, a no ser que quieras conocer a una rubia que está junto a la barra. Lleva mirándote un rato y es muy atractiva.

La idea no atrajo a Alex. Solían gustarle las rubias, pero llevaba unos días que no había podido dejar de pensar en una morena en

particular. Aunque trataba de convencerse de que Izzie no era la mujer adecuada para él, no podía quitársela de la cabeza.

Miró en la misma dirección que Mark. Su socio tenía razón; aquella rubia era espectacular. La clase de belleza sofisticada de piernas largas que solía atraerle. Y lo estaba mirando. Pero fue la morena de su lado la que llamó su atención. De espaldas a él, tenía la misma melena castaña y el mismo cuerpo curvilíneo que Izzie. El vestido que llevaba era fantástico. Se ajustaba a su cuerpo, dejando la espalda al descubierto.

–Es impresionante, ¿verdad? –preguntó Mark.

–También lo es la mujer que está a su lado.

Algo en la manera de comportarse le recordaba a Izzie. Debía de estar perdiendo la cabeza, porque en una ciudad de ocho millones de habitantes, las probabilidades de que Izzie estuviera allí eran muy escasas.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando la mujer morena se giró en su asiento para mirarlos. Era Izzie. No pudo evitar preguntarse cómo era posible que el destino la hubiera puesto en su camino dos veces en la misma semana.

Entornó los ojos al verla bajarse del taburete y dirigirse al otro extremo del salón. ¿Estaba huyendo de él? Incrédulo, se quedó mirándola mientras avanzaba por entre los invitados todo lo rápido que aquellos ridículos zapatos de tacón se lo permitían.

–Enseguida vuelvo –le dijo a Mark.

Las mujeres no huían de él, y mucho menos aquella.

Izzie supo el instante preciso en que empezó a seguirla. Sentía como si una fuerza centrífuga se apoderara de sus pasos, amenazándola con arrastrarla hasta él, pero siguió avanzando. Ya le haría frente cuando tuviera las agallas de hacerlo.

Se abrió paso entre los asistentes tan rápido como se lo permitieron aquellos zapatos de tacón y buscó con la mirada los aseos.

–Izzie.

Siguió caminando, ya casi había llegado, unos pasos más y…

–Izzie –repitió Alex tomándola del hombro y haciéndole girarse–. ¿Qué estás haciendo?

–Necesito ir al aseo –replicó ella, encontrándose con su mirada furiosa.

–¿Justo cuando me has visto? Invéntate otra cosa.

Izzie sintió que le ardían las mejillas y apartó la mirada.

–Piensa lo que quieras. Necesito ir al aseo –repitió.

Alex se apartó y dio un paso atrás.

–De acuerdo. Te esperaré aquí.

Se apoyó en la pared a la entrada del baño y se cruzó de brazos. Le llevó su tiempo recuperar la compostura y pensar en cómo llevar a cabo lo que tenía que hacer. Cuando salió, se lo encontró en el mismo sitio, con los brazos cruzados sobre el pecho, irresistiblemente guapo.

–¿Qué tal tu vuelo? –le preguntó, sin poder evitar una nota de amargura en la voz.

–Tuve que marcharme, Izzie. Ya te dije que tenía un asunto urgente del que ocuparme.

–Está bien. Ya lo he superado –aseveró ella, y se recordó que estaba allí por trabajo.

Alex la tomó del brazo y buscaron una salida. Izzie sintió que se le aceleraba el pulso ante la idea de quedarse a solas con él, lo cual era una tontería. Tenía que conseguir convencerlo de que le concediera una entrevista.

–Supongo que era tu amiga Jo –dijo él cediéndole el paso al llegar a la doble puerta que daba a la terraza–. Es muy atractiva.

–¿No te parece impresionante?

–Tú me pareces impresionante.

Se dirigieron al extremo de la terraza que daba a los jardines y Alex la recorrió detenidamente con la mirada.

–Alex –murmuró ella–, deja de mirarme de esa manera.

–¿Por qué, con lo guapa que estás esta noche? Al verte, no pensaba que fueras tú. Es una estupenda coincidencia encontrarnos aquí.

«Díselo, Izzie».

Alex dio un paso hacia delante, tomó su mano y se la llevó a los labios para besársela.

–¿Qué haces?

–Quiero comprobar que sabes tan bien como recuerdo.

–Alex, yo…

–Calla –dijo él llevándole un dedo a los labios–. Por mucho que intento evitarlo, no dejo de pensar en ti en mi cama.

Su voz aterciopelada hizo que los latidos de su corazón se disparasen y su labio inferior empezó a temblar. Alex acercó la cabeza a la de ella.

–¿Y tú?

–¿Yo qué? –preguntó Izzie sin poder evitarlo.

–¿Has pensado en mí?

–Pensé que estábamos de acuerdo en que había sido una aventura de una noche –contestó ella, recordando cómo la había dejado en Londres.

–¿A ti te parece que se ha acabado? –replicó tirando de ella para atraerla y que sintiera su corazón.

Alex unió sus labios a los de ella, reafirmando así sus palabras. Una sensación de excitación la recorrió al sentirse de nuevo entre sus brazos. Lo rodeó por el cuello y le devolvió el beso. Solo un beso…

–Me gusta este vestido –susurró él junto a sus labios, mientras sus manos se deslizaban por su espalda–. Izzie, no puedo contenerme teniéndote a mi lado.

Sus palabras la hicieron estremecerse. Se dejó llevar por la sensación de sus caricias y se fundieron en un apasionado beso. Alex jadeó y la atrajo hacia él para que sintiera su erección.

–Ven a casa conmigo.

Su cuerpo decía que sí, pero su cabeza… Se apartó de sus brazos y dio un paso atrás.

–Tengo que decirte algo.

Él frunció el ceño y se pasó la mano por el pelo.

–Adelante.

Izzie tragó saliva.

–Cuando te dije en Londres que me dedicaba al mundo de la comunicación, no te conté la…

–Aquí estáis.

Horrorizada, Izzie levantó la vista y vio a James atravesando la terraza en dirección a ellos.

–Constantinou, qué difícil es dar con usted.

–¿Nos conocemos? –preguntó Alex con el ceño fruncido.

James se detuvo ante él y le ofreció la mano.

–Soy el jefe de Izzie, James Curry, de la cadena de televisión NYC-TV.

Alex se quedó de piedra y mantuvo los brazos a los lados.

–¿El James Curry que lleva toda la semana llamando a mi oficina?

–El mismo –contestó su jefe–. ¿Le ha explicado ya Izzie lo que pretendemos con la exclusiva?

–¿Eres periodista? –preguntó Alex con frialdad.

–Estaba a punto de explicártelo –respondió Izzie, palideciendo.

James miró a Izzie y de nuevo a Alex.

–¿Ya os conocíais?

–Buen intento, Curry. Después de media docena de llamadas

sin contestar, ¿no se ha dado cuenta de que no estoy interesado?

James se encogió de hombros.

–Messer va a acabar con usted ante la opinión pública.

–Messer no tiene en qué apoyar sus argumentos.

–¿De veras está dispuesto a darle la oportunidad de hacerlo?

–¿Así que mandó a Isabel para persuadirme? ¿No le parece que es ir demasiado lejos?

–Sí, pensé que un poco de persuasión femenina no vendría mal.

–James –intervino Izzie–, ¿por qué no dejas que Alex y yo acabemos nuestra conversación? Podemos…

–De hecho –la interrumpió Alex–, me gustaría saber si suele pedirles a sus reporteras que lleguen tan lejos como Izzie para conseguir una historia o soy un caso excepcional.

–No tengo ni idea de qué me está hablando –repuso su jefe frunciendo el ceño.

Alex apretó los puños.

–Es usted escoria –dijo abalanzándose sobre James.

–¿De qué está hablando?

–James, por favor –intervino Izzie, interponiéndose entre los dos hombres–. Vuelve dentro. Ya me ocupo yo.

–Creo que no debería…

–Será mejor que siga su consejo –lo interrumpió Alex–, antes de que haga lo que mis puños tanto desean.

Su jefe miró a Alex y luego a Izzie.

–Creo que deberías…

–James –intervino Izzie desesperada–, Alex y yo tenemos algo de lo que hablar. Vete, por favor.

–De acuerdo –dijo su jefe por fin–. Piénselo bien, Constantinou. Es lo más sensato que puede hacer.

Izzie esperó a que se marchara y respiró hondo. Alex la miró con frialdad.

–Deberías haber sido actriz como tu madre. Tu interpretación ha sido brillante, Iz.

Ella sacudió la cabeza.

–Aquel día fui a buscarte, pero no sabía quién eras cuando nos quedamos encerrados en el ascensor. La recepcionista me dijo que hacía horas que te habías marchado. Además, yo buscaba a Leandros, no a Alex.

–¿Esperas que me crea eso? Se te olvida que tengo mucha experiencia con la prensa. Sé hasta dónde sois capaces de llegar los periodistas para conseguir una historia, aunque admito que prostituirse es llegar muy lejos.

–¿Prostituirme? –preguntó Izzie, y se quedó mirándolo, horrorizada–. Nunca haría eso, Alex. Yo…

–¿Cómo te las arreglaste?

Ella sacudió la cabeza, consciente de que aquello se le estaba yendo de las manos.

–No hice nada. Fui a la recepción, pregunté por Leandros, me dijeron que te habías marchado a Estados Unidos y me fui. Aquella noche, apenas hablaste de ti.

–Así que te quedaste atrapada en el ascensor conmigo por casualidad. Por cierto, ¿de veras te dan miedo los ascensores?

–Sí –respondió ella, y respiró hondo–. Alex, sé razonable. Te juro que no sabía quién eras hasta que no volví al trabajo y James me enseñó una foto tuya. Todo lo que pasó entre nosotros fue real.

–¿Esperas que me crea eso? ¿Tan tonto piensas que soy?

Sus ojos azules brillaron con ira.

–Ya has oído a James –dijo desesperada–. No ha sido una trampa, ha sido…

–Suficiente. No más mentiras.

Izzie retrocedió hasta darse con la pared de cemento.

–¿Y si hubiera sido un tipo gordo y feo? ¿También me habrías seducido?

Ella alzó la barbilla, desafiante.

–Me acosté contigo por las razones que te dije en Londres.

–Ah, sí, ya recuerdo. Por una vez en tu vida querías dejarte llevar. Lo lograste, Iz. Lástima que fuera un esfuerzo inútil.

A Izzie se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo se atrevía a convertir la romántica noche que habían compartido en algo sucio y desagradable?

–No fue…

–Dime una cosa, Iz. ¿Disfrutaste cumpliendo tu obligación o tus gemidos eran fingidos?

Levantó la mano para darle una bofetada, pero él la paró a medio camino.

–Ahórratelo –farfulló–.Ya he tenido bastante. Dile a tu jefe que tiene tantas posibilidades de conseguir la entrevista como de que nieve en el infierno.

Dio media vuelta y volvió dentro. Ella fijó la mirada perdida en la entrada y se apoyó en la pared. Le sudaban las manos y le latía con fuerza el corazón. ¿Por qué había salido todo tan mal?

Se llevó las manos a los labios, todavía sintiendo la intensidad de su beso. La había dejado fuera de juego. La había hecho creer que podían tener algo juntos. Había sido una estúpida. ¿Cómo

había podido pensar Alex que le había tendido una trampa? ¿Acostarse con él para conseguir una entrevista? Era inconcebible.

¿Cómo le convencería de que aquello había sido una coincidencia? ¿Qué iba a decirle a su jefe?

Lo encontró dentro, charlando con un productor de un canal rival. Interrumpió la conversación y se lo llevó a un rincón.

–¿Qué está pasando, Izzie?

–No te preocupes. Lo arreglaré, James.

–Por supuesto que lo harás. ¿De qué demonios estaba hablando Constantinou? ¿Qué trampa?

–Es complicado. Ha habido un malentendido.

–¿Un malentendido? –repitió él entornando los ojos.

–Esto no tiene nada que ver con el trabajo, James, nosotros… yo… Es algo personal.

–Ya me doy cuenta. ¿Cuándo pensabas decirme que lo conocías? –dijo su jefe, y suspiró–. Mira, Izzie, sé que no harías nada que no fuera ético, no es tu forma de ser. Así que, sea lo que sea lo que está pasando, arréglalo y consigue esa entrevista.

Ella asintió. Era justo lo que pensaba hacer, aunque no sabía cómo.

Capítulo 7

Alex podía contar con una mano las veces que había tomado una decisión contraria a su intuición. Lo habían apodado el *Quarterback* Rebelde por su afición a alterar las jugadas del entrenador, pero nueve de cada diez veces, había ganado el partido. Siguiendo su intuición, su eficacia en el terreno de juego siempre había sido sobresaliente.

En esa ocasión, estaba a punto de no seguirla. Después de una acalorada discusión con su equipo de relaciones públicas, había accedido a hacer algo para cambiar la manera en que el caso Messer estaba siendo tratado por la prensa. La entrevista con la NYC-TV, según había insistido la directora de relaciones públicas, era la oportunidad perfecta para hacerlo. Isabel Peters no era una periodista incisiva y podrían manejarla como quisieran. La cadena de televisión vendería los derechos para su emisión a nivel nacional y su versión de la historia sería ampliamente difundida.

Contemplando el perfil de Manhattan desde las oficinas de Sophoros de la planta quincuagésima, dejó escapar un largo suspiro y apoyó la mano en el cristal. Laura Reed era una de las mejores directoras de comunicación del país. A los abogados les parecía bien la estrategia, siempre y cuando se respetaran ciertas normas. Decían que era lo más adecuado que podía hacer, aunque a él no se lo pareciera. Llevaba ocho años evitando a la prensa. No quería que algún periodista en busca de fama husmeara en la noche en que su carrera había terminado y diera a conocer su mayor equivocación. ¿Estaba dispuesto en esos momentos a correr ese riesgo?

Sintió un nudo en el estómago. Solo había una persona en el mundo que conocía cuál había sido su mayor error, y aquella persona no hablaría. Tenía que hacerlo, tenía que frenar a Frank Messer de la única manera posible. Pero ¿concederle a Izzie la entrevista después de cómo lo había engañado?

Dio una palmada contra el cristal. Había caído con tanta facilidad en la trampa de James Curry que se avergonzaba. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que Izzie pretendía? Porque lo había estado observando. Había esperado a que todo el mundo se fuera

para tomar aquel ascensor, fingiendo hablar por teléfono para coincidir con él.

Lo que quería saber era por qué no le había pedido la entrevista aquella noche en Londres mientras había tenido la oportunidad. ¿Por qué había esperado hasta la gala benéfica para hacerlo?

Se pasó la mano por la cara. Estaba agotado, aunque era peor la decepción que sentía. Sí, había deseado a Izzie aquella noche, como habría hecho cualquier hombre con sangre en las venas. Pero había sido más que eso. Le gustaba Izzie. Parecía diferente a las mujeres superficiales y ambiciosas que se movían en su círculo social. Al verla en la gala benéfica, no había podido evitar correr a su lado.

Apretó los labios contemplando el tráfico de Lexington Avenue. Se había saltado su norma de no volver a confiar en las mujeres. Era una locura, especialmente después de haber vivido no una, sino dos veces en su vida, la demostración de que las mujeres no eran de fiar. Primero con su madre, que había abandonado a su familia por otro hombre. Luego con su prometida, de la que había estado tan ciegamente enamorado que no se había dado cuenta de su traición hasta que le había devuelto el anillo de compromiso para irse con su mayor rival, el hombre que se había quedado con su puesto, a la vez que con sus sueños.

No volvería a confiar en ninguna mujer. Pero ¿por qué le había impresionado tanto Izzie? ¿Por qué seguía deseándola?

Soltó una maldición y se apartó del ventanal. Incluso después de todo lo que había hecho, seguía sin poder quitársela de la cabeza. Quizá fuera el deseo de venganza o tal vez que no había tenido suficiente. Fuera lo que fuese, seguía sintiendo algo por ella.

Se acercó a su mesa y tomó el café. Con el plan que tenía en mente, se desharía de ambos problemas. Se aprovecharía de Isabel Peters con mayor habilidad que ella de él. Tomaría lo que deseaba y se iría, disfrutando de cada minuto.

Llamaron a la puerta. Grace entró y dejó una pila de documentos en el escritorio.

–Ha llegado Isabel Peters –anunció mirándolo con curiosidad.

–Gracias, hazla pasar.

Se sentó en el borde de su mesa mientras Izzie aparecía por la puerta. Llevaba un sencillo vestido verde que se ajustaba a su figura. Enseguida reparó en la tensión que se adivinaba en su rostro y en sus hombros. Estaba nerviosa, bien.

–Toma asiento –dijo señalando los sillones que había junto a los ventanales.

Izzie pasó a su lado y se sentó en uno de los sillones de cuero. Él se situó frente a ella, dejando que reinara el silencio.

–¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Mis asesores piensan que tenemos que tener a la gente de nuestro lado.

–Entonces, ¿estás dispuesto a conceder la entrevista?

–Sí, con algunas condiciones.

–¿Cuáles?

–Queremos poder decidir en la edición final.

–Eso no será posible.

–Entonces, no tendrás entrevista.

–¿Qué más? –preguntó ella frunciendo el ceño.

–Tú serás la entrevistadora.

–James me ha asignado el reportaje. Es mío.

Alex se sentó y se cruzó de brazos.

–Esa parte no la entiendo. ¿La periodista de local ocupándose de un reportaje de investigación? ¿Tratando de escalar puestos al estilo de Hollywood, Iz?

Ella cruzó las manos en el regazo. Sus ojos echaban chispas.

–¿Qué necesitas para creer la verdad? No sabía que eras tú, Alex.

–Déjalo –dijo él en tono aburrido–. Estamos perdiendo el tiempo. Lo que me interesa saber es si tú formas parte del lote.

Izzie se puso colorada.

–Eso no viene al caso.

–Lástima. Ahora tengo la sartén por el mango. Me necesitas.

–Has dicho que has puesto varias condiciones –comentó ella, retorciéndose las manos en el regazo.

–Supongo que quieres hacer la entrevista cuanto antes.

Ella inclinó la cabeza.

–Esta semana tengo que viajar por negocios a California. Tendrás que venir conmigo.

Se quedó boquiabierta.

–Yo… no puedo hacer eso. Podemos preparar la entrevista por teléfono.

Él sacudió la cabeza.

–O la hacemos en persona o no la hacemos.

Izzie se mordió el labio inferior, pensativa.

–¿Qué ocurre? Aquella noche en Londres no te despegaste de mí.

–Aquello fue real. Esto es estrictamente trabajo.

Alex se deleitó con la mirada en las curvas que aquel vestido tan sexy revelaba.

–¿Por qué, cuando es evidente lo bien que combinamos placer y trabajo?

–Ya está bien –dijo ella irguiéndose.

Alex sonrió lentamente.

–Reconozco la ambición, Iz. Yo también soy implacable. ¿Por qué no disfrutar?

–Si hacemos esto es por trabajo.

–¿Sabe tu jefe que nos acostamos? –preguntó él, cruzando las piernas en un gesto indolente–. ¿Hasta dónde pensabas llegar? ¿O fue porque estabas disfrutando por lo que decidiste llegar hasta el final?

–Esta conversación ha terminado.

–Haz la maleta, Iz –dijo Alex poniéndose de pie–. Nos vamos mañana por la mañana.

–No puedo. Estoy trabajando en varias historias.

–Termínalas –le ordenó antes de dirigirse a su mesa–. Grace te llamará para darte los detalles. Ah –añadió sentándose en su sillón–, no te olvides de llevar el traje de baño. La piscina es espectacular.

Izzie apretó los labios y se marchó sin mirar atrás. Alex sonrió y sacó un expediente. Estaba seguro de que estaría impresionante en biquini y estaba deseando comprobarlo.

Capítulo 8

Izzie miró el cielo azul californiano y pensó que debería resguardarse del sol. Pero después del estrés de los dos últimos días, el paraíso en aquel momento era flotar de espaldas en la piscina de Alex y escapar del calor.

Suspiró y acarició la superficie del agua. Era uno de aquellos días calurosos y húmedos de California en que todo el mundo parecía un poco trastornado. Así que había hecho lo que todo oriundo de California haría mientras Alex estaba en una reunión en San Francisco. Había salido a la piscina, armada con una jarra de limonada fría y un libro. Todo lo que había en la casa de Alex, ubicada sobre las doradas playas de Malibú, le parecía celestial. Era un rincón privilegiado, tan inalcanzable para la mayoría como el hombre al que había estado intentando entrevistar durante la semana. Llevaban cuatro días allí, tres dedicados a preparar el cuestionario, y sabía tan poco de él que temía contestar las llamadas de James. A Alex no le gustaba hablar sobre sí mismo. Apenas había contestado con una línea las preguntas que le había hecho.

Cerró los ojos ante los rayos cegadores del sol. Alex daba una fiesta al día siguiente para sus socios, tras la cual volvería a Nueva York con o sin historia. Eso significaba que tenía que conseguir que hablara ese mismo día. Una tarea casi imposible cuando el entrevistado no confiaba en ella.

Dio unas brazadas y volvió a colocarse en el centro de la piscina. Había hecho todo lo posible por convencer a Alex de que le había contado la verdad, pero era como hablar con una pared. No era el hombre al que había conocido en Londres y el desconocido que lo había suplantado la ponía nerviosa, así como la siempre presente tensión que había entre ellos. Quizá la odiara por lo que había hecho, pero seguía deseándola. Eso no había desaparecido.

Veinticuatro horas más y dejaría de estar en peligro. Pero antes necesitaba hablar con él.

–¿Estudiando las formaciones de nubes?

El tono irónico de una voz masculina la sacó de sus

pensamientos y buscó tocar el fondo. Pero el agua cubría demasiado, y tuvo que agitar los brazos y las piernas para no ahogarse. Volvió a la superficie tosiendo y soltando agua, y tomó aire.

–¿Sueles espiar a la gente de esa manera?

–Pensé que habías dicho que eras una excelente nadadora.

–No tiene nada que ver después del susto que me has dado.

Se apartó el pelo de la cara y se fijó en que llevaba uno de sus impecables trajes de marca que tan bien le sentaban.

Alex clavó los ojos en ella, se quitó la chaqueta y la dejó en una tumbona. Aprovechando que no estaba, Izzie se había puesto un biquini diminuto.

–¿No deberías estar documentándote, corriendo diez kilómetros o nadando cincuenta largos? –preguntó.

–¡Mira quién fue a hablar! Tú tampoco sabes estarte quieto.

–Pero sí sé relajarme –dijo él poniéndose en cuclillas al borde de la piscina–. Esto me hace creer que hay esperanzas para alguien tan maniática como tú.

–No soy maniática.

–Claro que lo eres –replicó él quitándose la corbata y dejándola junto a la chaqueta–. Incluso te gusta comer con todo perfectamente ordenado. La carne primero, las patatas a continuación y la verdura lo último.

–Porque me gusta terminar con la verdura. Eso no me convierte en una maniática.

–Dice mucho de una persona. En Londres, me dijiste que no te gusta que las cosas se te vayan de las manos –comentó Alex ladeando la cabeza–. ¿De qué tienes miedo ahora, Izzie, de sucumbir a esta atracción que hay entre nosotros?

«Sí», pensó desesperada y apartó la mirada de la suya.

–Estaba a punto de salir del agua. ¿Podemos empezar cuanto antes? Tenemos mucho que tratar.

–Claro –contestó él, ofreciéndole su mano.

–Saldré en un momento. Ve a cambiarte.

–No quieres que te vea con ese biquini, ¿verdad? –dijo él burlándose–. Cobarde, te he visto desnuda. ¿Qué más da un biquini?

–Bueno, ya te has divertido. Ve a cambiarte y nos encontraremos aquí.

–Gracias por preocuparte, pero no. No puedo dejarte sola en la piscina. Podría caerme una demanda si te ocurriera algo.

–Eso es ridículo. Llevo aquí fuera ho…

La tomó del brazo y tiró de ella hasta sacarla al borde de la piscina.

–Problema resuelto.

–Alex…

–Llevas toda la semana enviando señales equívocas –dijo soltándole la mano y tomándola de la cintura–. ¿Me deseas o no?

–No –respondió ella, y lo empujó por el pecho para apartarlo–. Eres el hombre más egocéntrico…

Alex perdió el equilibrio y al dar un paso atrás para recuperarlo, dejó de tocar el suelo y cayó a la piscina.

Izzie se llevó las manos a la boca al verlo salir del agua, farfullando.

–Lo siento mucho, no pretendía tirarte al agua.

–No sé por qué no me lo creo –replicó él echándose hacia atrás su pelo oscuro.

–Es culpa tuya –dijo ella poniendo los brazos en jarras–. Intento que nuestra relación sea estrictamente profesional.

–Mentirosa –murmuró Alex, caminando por la piscina hacia la escalerilla–. Al igual que yo, no puedes dejar de preguntarte cómo sería hacerlo otra vez.

–Lo cual no significa que vaya a hacerlo.

Tomó su toalla, se la arrojó al borde de la piscina y se fue dentro.

Diez minutos más tarde, Izzie volvía a la terraza, duchada, vestida y mucho más calmada. Alex se había puesto un atuendo parecido al suyo, con camiseta y pantalones cortos, que resaltaba sus piernas musculosas y bronceadas.

«Nada de señales equívocas», pensó apartando la mirada.

–¿Listo?

Él asintió y juntos bajaron la escalera que llevaba a la playa. Izzie le había sugerido dar un paseo en vez de la habitual sesión en la terraza, pensando que de esa manera se abriría más.

Al pie de los escalones de madera, se quitó los zapatos y hundió los pies en la arena. Alex hizo lo mismo y empezaron a caminar.

–¿Pudiste quedar a comer con tu padre? –preguntó él.

Ella asintió.

–¿Cómo está?

–Está bien. De hecho, hacía tiempo que no lo veía tan bien.

–Después de que tu madre lo dejara, ¿tuvo más relaciones?

–No. Creo que sigue enamorado de ella.

–¿Después de tanto tiempo?

–Parece una locura, ¿verdad? Cuando lo abandonó, lo dejó destrozado. Mi madre no se merecía a alguien como él.

Su padre había besado el suelo por el que su madre había pisado. Se habían conocido cuando él había compuesto la banda sonora de una de sus películas y se había enamorado locamente de aquella actriz tan guapa y carismática. Por desgracia, la tenía idealizada y nunca se percató de lo infeliz que había sido viviendo en una ciudad tan pequeña como Palo Alto.

–Nunca hay un único culpable. Las personas que viven largos matrimonios acaban encontrando la manera de odiarse.

–Vaya, y yo que me tenía por pesimista.

–Si hubieras hecho los deberes, sabrías que el matrimonio de mis padres fue un desastre.

Lo sabía. Hristo y Adelphe Constantinou se habían separado cuando Alex era un adolescente y su madre había vuelto a casarse con otro hombre muy rico, escandalizando a la sociedad de Nueva York.

–No fue un divorcio amistoso –comentó ella.

–No lo fue. Esto queda entre nosotros, ¿verdad?

–Sí.

Izzie observó que la expresión de su rostro cambiaba, como ocurría cada vez que tocaban temas personales.

–Háblame de la relación con tu padre.

–Eso no tiene nada que ver con este reportaje.

–No estoy de acuerdo –dijo ella mirándolo de reojo–. Tienes que hablar conmigo, Alex, o daremos prioridad a la versión de Messer.

–Tu jefe quiere publicar mi versión, no la de Messer.

Cierto, pero aun así tenía que contarle algo.

–Sé que tu jefa de comunicación quiere que no te salgas del guion. Pero tienes que darme algo. Sabes que queremos hacer destacar tu pasado en el fútbol americano y para eso necesito conocer los comienzos.

–Mi padre era un adicto al trabajo que pasó toda su vida levantando la compañía C-Star Shipping. No le preocupaba nada que no tuviera que ver con su negocio. Fin de la historia.

Así que los rumores sobre la relación entre Alex y Hristo Constantinou eran ciertos.

–¿Qué causó el distanciamiento entre tu padre y tú?

–Tuvimos una fuerte discusión sobre si debía hacerme cargo de

C-Star Shipping y desde entonces, decidimos seguir cada uno por nuestro lado.

–¿A qué te refieres con seguir cada uno por vuestro lado?

Los rumores decían que Hristo lo había desheredado. Pensaba que eran invenciones exageradas de la prensa, pero, al parecer, eran verdad. Se quedó sin palabras durante unos segundos. De adolescente, habría matado por tener el talento y el carisma necesarios para seguir los pasos de su madre. Alex, el llamado a heredar C-Star Shipping, había elegido seguir sus sueños y su padre lo había desheredado por ello. Hristo Constantinou era un autócrata que dirigía su imperio con puño de hierro y quizá no había podido aceptar la insubordinación de Alex.

–¿Qué pensaba tu madre de todo esto? ¿Su opinión no contaba?

–Por entonces ya se había ido. Se había casado con Jack Sinclair y mi padre nunca le dio poder en la compañía, a pesar de todo el dinero que metió en ella.

–¿Y tus hermanas? ¿Por qué no podían ellas tomar las riendas?

–Mi padre nunca hubiera puesto a una mujer al mando.

–¿Cómo son? –preguntó Izzie con curiosidad.

–Son muy diferentes –respondió él en tono amable–. Agape, la mayor, es organizadora de eventos en Nueva York. Siempre habla más de la cuenta. Gabby es bibliotecaria y le gusta agradar a todos. Y Arty, diminutivo de Artemis, está acabando la carrera de Derecho.

–Sí, parecen muy diferentes –comentó Izzie sonriendo–. ¿Con quién te llevas mejor?

–Con todas. Supongo que Agape y yo somos los más parecidos.

–¿Agape es la que viene mañana por la noche?

–Sí, me ha ayudado a organizar la fiesta.

Lo cual le recordó que el tiempo para conseguir que le contara algo se estaba acabando.

–Volvamos a Frank Messer. Me contaste que Mark creó *Behemoth*. Messer afirma que fue él. ¿Cómo explicas eso?

–Diseñar un juego como *Behemoth* implica a muchas personas. Ven a conocer nuestro departamento de desarrollo. Es sorprendente la cantidad de trabajo que hay detrás. Messer jugó un papel importante, como varias docenas de desarrolladores. La idea y la plataforma fueron de Mark. Los derechos pertenecen a Sophoros.

–Entonces, ¿por qué le pagaste una indemnización?

–Fue nuestra manera de agradecerle todo lo que había hecho

por la compañía. Se lo merecía por su entrega.

–Dice que te aprovechaste de él.

–Es curioso que lo diga ahora cuando el juego es un éxito. En su momento, estuvo de acuerdo con la cantidad que le dimos.

–Dice que tiene pruebas de que él creó la plataforma.

–Entonces, que las saque a la luz. No existen.

Le había dado esa sensación cuanto más insistía Messer en ese punto. Izzie respiró hondo.

–Tengo que preguntarte acerca de la noche en la que tu carrera terminó.

–¿Qué más hace falta saber? Me rompí el hombro y ahí terminó mi carrera.

Ella se mordió el labio inferior y se obligó a continuar.

–He hablado con tu entrenador, Brian Sellers. Y con el doctor Forsyth. Ambos me contaron que aquella tarde no debías jugar, Alex. El doctor Forsyth te había ordenado que te quedaras en el banquillo otro mes más.

–Me sentía bien y decidí jugar.

Izzie se afanó en seguir el ritmo de sus pasos, que eran cada vez más rápidos.

–Pero ¿por qué? Le dijiste al entrenador Sellers que no ibas a jugar. ¿Por qué arriesgar tu carrera?

Se detuvo. Sus ojos azules presagiaban tormenta.

–Pensé que estaba bien. Cometí un error. Eso es todo.

–Pero Gerry Thompson te podía sustituir. No hacía falta que salieras a jugar. Seguro que tu carrera era más importante que un partido.

–¿Qué demonios sabes tú de eso? –explotó Alex, provocando que Izzie diera un paso atrás–. No tienes ni idea de la presión que tenía encima. Los periodistas como tú –dijo señalándola con el dedo–, queríais mi cabeza en bandeja.

A Izzie le latía el corazón como si fuera a salírsele del pecho, pero decidió seguir insistiendo.

–Necesitabas demostrarle a tu padre tus éxitos. Jugaste porque fracasar no era una opción para ti.

–Me daba igual lo que mi padre pensara. *Christós,* Izzie, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho? Pensé que estaba bien, así que jugué, eso es todo.

–Sé lo de los analgésicos ilegales –dijo ella, obligándose a continuar–. Sé que alguien te los proporcionó aquella noche para que pudieras soportar el dolor y que a algunos les preocupaba que te volvieras adicto a ellos.

–¿Quién te ha contado eso?

–No puedo revelar mis fuentes.

Alex permaneció en silencio, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y una expresión devastadora en el rostro que la hizo estremecerse. Cuando finalmente habló, lo hizo en un tono de voz tan bajo que Izzie tuvo que esforzarse para oírlo por encima del sonido de las olas al romper.

–Esta conversación ha terminado. La semana que viene contestaré ante la cámara a la pregunta de por qué jugué con la misma respuesta que te acabo de dar. Y esa será la última vez que se mencione o este reportaje no seguirá adelante –dijo mirándola fijamente–. ¿Me has entendido?

Izzie asintió. Las manos, las rodillas… le temblaba todo mientras él se alejaba de ella camino a la playa. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo una noche podía ser más importante que toda una carrera? Brian Sellers había descrito a Alex como el hombre que nunca había dado un paso en falso en su vida. ¿Qué había pasado aquella noche para llevarlo al límite, para que jugara cuando no debería haber puesto un pie en el campo?

Capítulo 9

Treinta largos en su piscina de cincuenta metros eran generalmente suficientes para Alex. Pero después de pasar las últimas veinticuatro horas dando vueltas a su conversación con Izzie y enfrentándose a los demonios que creía olvidados, no habían tenido el efecto deseado.

Con los bíceps doloridos del esfuerzo, salió de la ducha, se secó y volvió al dormitorio para buscar en el armario la camisa de su esmoquin. Debería haber seguido su intuición y no haber concedido aquella entrevista. Todas aquellas preguntas que Izzie le había hecho el día anterior, aquellos episodios de su pasado en los que estaba indagando, eran asunto suyo y de nadie más. James Curry y ella estaban llevando la entrevista hacia una dirección distinta a la convenida y su vida privada, que tan discretamente había llevado siempre, estaba a punto de darse a conocer por una mujer que despertaba en él sentimientos contradictorios.

Apoyó la mano en la puerta del armario, bajó la cabeza y soltó una retahíla de maldiciones. ¿Cómo se había enterado Izzie de lo de los analgésicos ilegales? La única persona que sabía que los había tomado era su antiguo socio, Xavier Jones. Y Xavier nunca se lo contaría a nadie y menos a un periodista.

Pero ¿qué más daba ya? Su carrera como jugador era historia. Había pagado por su error de la peor manera posible y el fútbol americano ya no formaba parte de su vida.

¿Por qué se sentía tan abatido? Porque lo único peor que volver a revivirlo todo, le decía una voz interior, era que se compadecieran de él otra vez. Había trabajado muy duro para convertir Sophoros en una importante compañía internacional y no estaba dispuesto a permitir que la prensa presentara su vida como una tragedia por segunda vez.

Sacó la camisa y unos boxers del armario y se los puso. Cumpliría con su palabra. Haría la entrevista, establecería unos límites y nunca volvería a hablar del tema. Nadie podría probar nada. ¿Y respecto a Izzie? Estaba perdido. Desde que entrara en su vida, no había podido quitársela de la cabeza. En vez de estar pensando en Frank Messer, lo único que le preocupaba era

encontrar la manera de llevársela a la cama. Quería satisfacer el deseo de volver a saborearla.

Después de la camisa, se puso los pantalones y la pajarita. Debería odiar a Izzie por haberle tendido una trampa y estar revolviendo en su pasado. Pero después de su conversación con Laura Reed de aquella mañana, se había quedado intranquilo. Su jefa de comunicación y él habían estado resolviendo algunos asuntos que no podían esperar a que regresara a Nueva York.

–Alex, escucha. He coincidido con James Curry esta mañana en un desayuno de trabajo. Me ha preguntado qué problema tenías. Me ha contado que en la gala benéfica de los Met lo acusaste de haberte tendido una trampa. Sigue sin saber a qué te referías –le había dicho en el tono que usaba cuando se refería a cuestiones importantes.

–Ese tipo es un hijo de perra. Dejémoslo así.

–Es un hijo de perra importante. Es el director de informativos de uno de los canales de televisión más influyentes de Nueva York. Será mejor que lo tengas de tu lado. No sé qué problema tienes con él, pero es un hombre honesto. En los diez años que hace que lo conozco, nunca ha hecho nada que no fuera ético. Haz las paces con él y sé agradable.

No había podido dejar de dar vueltas a aquella conversación. Izzie insistía en que su encuentro en el ascensor había sido casual. La recepcionista de Londres le había confirmado que le había mentido sobre dónde estaba para deshacerse de ella, siguiendo así sus instrucciones. Por ello, no había podido dejar de preguntarse si todo había sido una extraña coincidencia.

Sacó los zapatos y se los puso. Izzie se jugaba un importante ascenso en la NYC-TV. Eso explicaba por qué estaba tan desesperada por terminar aquel reportaje sobre Sophoros y por qué él sentía cada vez más presión en el pecho. ¿Y si su paranoia con la prensa lo había hecho juzgar mal a Izzie? ¿Y si de veras era la mujer que había conocido aquella noche en Londres? Si era así, ¿qué significaba?

Sintiendo que la cabeza le daba vueltas, recordó el gesto de confusión de Curry durante la gala de los Met, cuando lo había acusado de haberle tendido una trampa, y los intentos de Izzie por ocultar que se habían acostado.

Tomó el reloj y se lo puso en la muñeca. ¿Tan intensa había sido aquella noche que había estado dispuesto a pensar lo peor de Izzie para evitar volver a cometer la misma equivocación por segunda vez?

Miró la hora y sacudió la cabeza. Lo último que le apetecía esa noche era ser el anfitrión de una fiesta de etiqueta para cien personas. Su mayor preocupación era Isabel Peters y qué hacer con ella.

Si había algo en lo que debería mejorar, eso era relacionarse en las fiestas. Izzie tomó una copa de champán de la bandeja de un camarero y se recostó en un árbol de los jardines de la casa de Alex en Malibú. Después de años asistiendo a los estrenos y compromisos de su madre, además de a las fiestas que la cadena de televisión organizaba, debería sentirse más cómoda en aquellas ocasiones.

Dio un sorbo a su bebida y reparó en la magnífica organización de Agape. La hermana de Alex había hecho un trabajo fantástico transformando la piscina y el jardín en un exótico oasis, con antorchas y velas por doquier, y música suave de fondo.

Frunció el ceño. Debería estar disfrutando, pero el enfrentamiento que había tenido con Alex el día anterior se lo impedía. Conocía la verdadera historia de lo que había pasado la última noche de su carrera y, sin duda alguna, sería un interesante titular. Pero no quería dar a conocer ese capítulo de la vida de Alex de aquella manera.

Soltó un largo suspiro y lo buscó entre los invitados con la mirada. Muy guapo con su impecable esmoquin, estaba charlando con un grupo variopinto que, según le había contado Agape, iba desde directores de cine hasta financieros del mundo del entretenimiento.

Observó sus rasgos y adivinó que estaba tenso. Desde su enfrentamiento del día anterior, la había evitado y no había podido dejar de preguntarse por qué no podía permanecer inmune a él. Alex se giró y sus miradas se encontraron. Izzie se quedó sin respiración al ver en sus ojos una emoción diferente a la ira. ¿Deseo, confusión? Habría esperado ver odio, pero no aquello.

Se le secó la boca al sentirse observada con aquel vestido de tirantes que se había comprado aquel mismo día en Malibú para la ocasión. Lo había hecho para llamar su atención. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué jugar con fuego cuando estaba a punto de salir de allí?

Tragó saliva. Estaba irresistible.

Alex volvió a mirarla a los ojos. Había electricidad entre ellos. ¿Qué daño haría una noche más si nadie se enteraba? Pero ¿cómo

podía estar pensando en eso en aquel momento?

Entonces cayó en la cuenta. Nunca sería objetiva tratándose de Alex Constantinou. No podía convertir su tragedia personal en la entrevista más vista del año. El motivo de jugar aquella noche y de tomar aquellas drogas, no pertenecía al reportaje que estaba preparando.

Alguien tomó del brazo a Alex y captó su atención. Izzie exhaló y de repente tuvo claro lo que iba a hacer. Iba a ocultar toda aquella información. Le diría a James que abordaría la información desde un ángulo diferente. Al hacerlo, perdería la oportunidad de hacerse con aquel puesto de presentadora.

Sujetó con fuerza la copa de champán para impedir que se le cayera al suelo. Se le estaba formando un nudo en la boca del estómago. Estaba poniendo en peligro su carrera. Y él que la tenía por una oportunista…

Dos horas más tarde, la fiesta empezó a decaer y los invitados a marcharse. Agape era ingeniosa y encantadora e hicieron buenas migas charlando sobre los asistentes más interesantes. Estaba a su lado cuando los últimos invitados se estaban yendo y dieron la fiesta por terminada.

–¿Me acompañas fuera? –le preguntó a Izzie–. Tenemos que quedar a tomar algo cuando vuelvas a Nueva York.

Se despidió de Agape y se quedó junto a Alex, charlando con el último invitado. Al sentir que la miraba de reojo, dio un paso atrás. Él la tomó por el hombro y esperaron a que el hombre se metiera en su coche y se marchara.

–Alex, estoy muy cansada. Quizá podríamos…

–Si piensas que no vamos a disfrutar de esta noche, te estás engañando.

Izzie se quedó sin respiración. Caminando hacia la casa, sintió el calor de su mano sobre el hombro desnudo.

–Quédate ahí –le ordenó al llegar junto a la piscina, donde los empleados del catering estaban recogiendo.

Desapareció y volvió con una botella de champán y dos copas. Se le aceleraron los latidos del corazón al encaminarse hacia la parte trasera de la casa.

–¿Adónde vamos?

–Pensé que preferirías hacer esto en la intimidad y no que todas las revistas de cotilleos de Los Ángeles lo publicaran.

Izzie se afanó por seguir sus pasos y se dirigieron hacia la terraza del dormitorio principal. Alex dejó la botella y las copas en la mesa y se quitó la chaqueta.

–¿Por qué no abres el champán?

Ella se quedó de piedra, estudiando la expresión de su rostro.

–Sé que no me tendiste una trampa, Izzie –continuó Alex.

–¿Cómo? –preguntó ella, abriendo los ojos como platos.

–He hablado con Laura Reed esta mañana y me ha echado una regañina. Me ha dicho que James es un tipo honesto, que nunca me tendería una trampa.

–Antes no pensabas así. ¿Por qué ahora sí?

Él se encogió de hombros y se soltó la pajarita.

–Soy un poco paranoico con la prensa. Han convertido mi vida en un infierno con sus mentiras y sus especulaciones –dijo dejando la pajarita en una silla–. Después de hablar con Laura, me acordé de cómo intentaste desesperadamente que James se fuera aquella noche de la gala de los Met, y caí en la cuenta de que no tenía ni idea de lo nuestro.

Izzie se mordió el labio inferior.

–¿De verdad me crees?

–Sí.

Una sensación de alivio la invadió. Después de lo que habían compartido, no le agradaba que la creyera capaz de aquello.

–Voy a dejar el reportaje.

–¿Por qué? –preguntó él frunciendo el ceño.

–No sé ser objetiva contigo.

–Creo que le estás dando un trato justo a Frank Messer.

–No es eso –dijo ella negando con la cabeza–. No voy a decir nada de las drogas ilegales, de eso no tienes que preocuparte.

–¿Por qué? –preguntó él mirándola fijamente.

«Porque sentí algo tan intenso por ti aquella noche en Londres que no puedo pensar con claridad».

–Porque no puedo hacerte algo así.

–Te juegas el ascenso. Necesitas hacer este reportaje.

–Hay cosas en la vida que son más importantes que un reportaje.

–Tu jefe no estará de acuerdo.

–Mi jefe no está de acuerdo con nada de lo que he hecho hasta ahora.

–Un puesto de presentadora es muy estresante, Izzie. La competencia es despiadada.

–Lo mismo soportaste tú como *quarterback*.

–Yo trabajo mejor bajo presión, está en mi ADN. No creo que a ti te pase lo mismo.

Lo que a ella le gustaba era contar historias de su comunidad,

pero trabajar como presentadora era una oportunidad única en la vida.

Tomó la botella de champán y la descorchó con manos temblorosas. El líquido se derramó por un lado de la copa.

–Izzie –dijo Alex quitándole desde atrás la botella de las manos–. ¿Qué está pasando?

Respiró hondo y se sintió embriagada por su olor masculino. De repente se dio cuenta de que lo único que deseaba era volver a estar entre sus brazos. Alex la obligó a girarse para mirarlo.

–¿Sabes lo más curioso? Me prometí que nunca dejaría que un hombre se interpusiera en mi carrera y eso es precisamente lo que estoy haciendo ahora, justo en el momento más importante.

Él alzó la mano y le acarició la mejilla.

–Eso del control es un mito. Ninguno controlamos nada, Iz. Ni en el ascensor ni esto que hay entre nosotros.

Aquellas palabras le hicieron bajar la última barrera que le quedaba. Alex tenía razón.

–Todavía tenemos el problema de que soy periodista y los odias –dijo ella echando hacia atrás la cabeza.

–Estoy dispuesto a superar ese prejuicio –afirmó él, deslizando los dedos por el cuello de Izzie–. Porque esta reportera en particular me gusta mucho.

–Alex –dijo ella, poniendo una mano en su pecho–. Aquella noche en Londres dejamos las cosas claras. Dijimos que era algo de una sola noche y pude aceptarlo. Pero esto… estoy segura de que ahora mismo esto se me escapa de las manos.

–A mí me pasa lo mismo –replicó Alex, entrelazando sus dedos.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella mirándolo fijamente a los ojos.

Alex soltó su mano y la atrajo hacia él.

–Aquella noche me dije que no debería tocarte porque sabía que contigo sería diferente, que no me resultaría fácil separarme de ti.

–Pero lo hiciste.

Él asintió.

–Cuando me fui aquella mañana, salí corriendo. Pensé que, si me daba prisa, podría ignorar lo que estaba sintiendo. Pero no funcionó. Estuve a punto de llamarte media docena de veces antes de verte aquella noche en la gala de los Met. ¿Y si empezamos de cero? Nada de fechas límite ni de reglas. Veamos a dónde nos lleva esto.

–Eso no es algo que suelas hacer.

–No tengo otra opción contigo –admitió Alex, acercándose a ella hasta que sus labios se rozaron–. Creo que es evidente.

Por segunda vez en dos semanas, Izzie Peters se dejó llevar por la intuición para tomar una decisión de importantes consecuencias. Esa vez esperaba que durase más de una noche.

Se puso de puntillas y sus bocas se fundieron en un beso ardiente y sensual. Cuando no fue suficiente, se deleitó acariciando los fuertes músculos de sus hombros.

–Izzie, déjame llevarte a la cama.

–Sí –dijo ella, echando hacia atrás la cabeza.

Los ojos de Alex echaban fuego. La tomó en brazos y la llevó dentro, hasta el dormitorio.

–Un momento –dijo dejándola en la cama.

Desapareció y enseguida regresó con una botella de champán.

–No lo necesito –anunció Izzie, apretando las palmas húmedas contra sus muslos, mientras se arrodillaba en la cama ante él.

–¿Quién dice que vamos a bebérnoslo?

Sintió que le ardían las mejillas y se estremeció. No estaba preparada para aquello. Contuvo la respiración al ver que dejaba la botella en el suelo, junto a la cama. Luego puso una rodilla entre sus muslos y le llevó las manos a los botones de la camisa.

–Quítamela.

Izzie obedeció y dejó al descubierto sus magníficos abdominales, antes de que la besara en la boca. Su corazón empezó a latir desbocado. Aquello era real y no una de sus novelas.

Alex le mordisqueó el labio inferior a la vez que deslizaba las manos por su espalda, bajando por las caderas y los muslos. Volvió a subir, esa vez por debajo del vestido, deleitándose con las curvas de su trasero desnudo.

–*Theos*, llevo toda la noche preguntándome si llevabas algo debajo.

Sus manos se aferraron a sus caderas y la hizo colocarse a horcajadas sobre él. Izzie se estremeció al sentir su potente erección y se le quedó la mente en blanco. La necesidad de frotarse contra él, de sentir su miembro junto a su parte más sensible, era insoportable.

–Izzie, tienes que parar. Esto va demasiado deprisa.

Pero estaba disfrutando tanto de las sensaciones que no quería ir más despacio. Deslizó las manos hasta el cinturón y se lo desabrochó. Alex contuvo la respiración mientras le soltaba el botón y le bajaba la cremallera. Izzie sonrió al oírle maldecir entre

dientes cuando sus dedos rozaron su erección. Luego, tiró de sus boxers y lo liberó.

–Necesitas prepararte para mí. Soy demasiado grande.

–Calla –le ordenó ella, poniendo un dedo en sus labios.

Sus ojos se tornaron de aquel azul cobalto en el que se perdía. Él se echó hacia atrás, apoyando los brazos en la cama, y la observó quitarse el vestido y acercarse a su miembro. Después, la vio cerrar los ojos. Su erección era impresionante. No sabía cómo iba a conseguir aquello.

Alex tomó su mano, se la llevó a los labios y la besó. Ella abrió los ojos y vio miedo en ellos.

–Despacio, cariño. Hazlo despacio y todo irá bien –le dijo, animándola.

Izzie empezó a considerar que quizá se estuviera enamorando de Alex. Respiró hondo, apartó aquella idea de su cabeza y lo guió hasta su interior, tomándolo centímetro a centímetro como había hecho antes. En aquella posición su miembro le pareció más grande y la sensación al hundirse en él fue increíble.

–¿Bien? –preguntó mirándola.

Ella asintió mientras le proporcionaba una sensación de intimidad muy excitante. Cerró los ojos, giró las caderas y sintiéndolo dentro, empezó a moverse, marcando un ritmo que rápidamente le hizo jadear.

–Mírame, Iz. Quiero verte la cara –dijo tomándola de la barbilla.

Izzie obedeció y el fuego de sus ojos mientras lo montaba la excitó de una manera irresistible.

–*Theos,* no sé cuánto voy a poder soportar esto.

–Déjate llevar –dijo ella.

Cabalgó sobre él y fue aumentando el ritmo provocando que Alex cerrara los ojos y su respiración se volviera entrecortada. Quería tener el control de su placer. Se hundió en él para sentirlo más adentro. La deliciosa fricción que sentía cada vez que se movía sobre él la estaba llevando al límite.

–Izzie –dijo Alex, empujando hacia arriba con las caderas para imponer el ritmo–. Necesito… No puedo…

Izzie se aferró a los fuertes músculos de sus hombros y sintió sus últimas sacudidas antes de vaciarse dentro de ella y hundir el rostro en su cuello.

Poco a poco, su respiración volvió a la normalidad y la apartó para mirarla a los ojos.

–No se supone que fuera así –susurró Alex–. No suelo perder el

control de esta manera.

Izzie se mordió el labio inferior y bajó la mirada al vello que cubría su pecho.

–Quería hacerte disfrutar.

–Has estado increíble –le aseguró él, tomándola de la barbilla para que levantara el rostro–. ¿Te has quedado cerca?

Ella asintió.

–Entonces, dejemos que las cosas sigan su curso –añadió, bajándole los tirantes del vestido por los hombros.

Izzie sintió que se le aceleraba el corazón. Alex deslizó las manos hasta sus muslos y le hizo ponerse de rodillas.

–Sube los brazos –le ordenó.

Ella obedeció y Alex le quitó el vestido por la cabeza, dejándola en sujetador. Luego, la empujó suavemente hasta dejarla tumbada sobre la cama y tomó la botella.

–Vas a estropear la colcha –protestó ella al verle con la botella en la mano.

–Olvídate de la colcha –murmuró Alex derramando el líquido sobre su piel ardiente–. Relájate.

Su vientre se contrajo al sentir su lengua lamiendo el rastro de champán de su pecho. Se metió un pezón en la boca y succionó, antes de hacer lo mismo con el otro. Izzie se retorció excitada y trató de incorporarse al sentir sus labios sobre la piel temblorosa de su vientre.

–No me digas que ese novio tuyo nunca te hizo esto.

Izzie negó con la cabeza y él le dio un beso sobre los tensos músculos de su vientre.

–Eres preciosa, Iz. Quiero ver y saborear cada rincón de ti.

Aquello la derritió. Relajó los músculos y dejó que le separara las piernas para acomodarla a su gusto. Luego, continuó dejando un rastro de líquido hacia su zona más sensible.

–Oh –exclamó.

Se aferró a las sábanas y cerró los ojos al sentir los movimientos lentos y envolventes de su lengua. Sus caderas se elevaron de la cama.

–Tranquila –dijo Alex sujetándola con las manos, mientras seguía proporcionándole placer.

–No puedo.

Clavó las uñas aún más en la cama y se dejó llevar por aquella sensación. Estaba demasiado excitada y, cuando su lengua rozó el pequeño montículo que era el centro de su placer, no pudo soportarlo más.

–Alex, por favor…

–Calla –dijo deslizando una mano por debajo y levantándola hacia él–. Lo sé.

Entonces, introdujo uno de sus largos dedos dentro de ella, añadiendo una nueva forma de placer. La magia de sus expertas caricias la llevó a un orgasmo tan intenso que todo su cuerpo se convulsionó.

Después de las sacudidas, permaneció tumbada, tratando de recuperar el aliento. Alex se deslizó hacia arriba, apoyó los codos a cada lado de ella y le acarició la mejilla.

–Eres una caja llena de sorpresas, Isabel Peters.

–Tú tampoco estás mal.

Metió las manos por debajo de ella, la tomó en brazos y la llevó al cuarto de baño.

–Tenemos que limpiarte esto o estarás pringosa.

Abrió el grifo, esperó a que saliera agua caliente y la metió en la amplia ducha con él. Izzie cerró los ojos mientras la frotaba con tanta sensualidad que volvió a desearlo de inmediato. Luego, la llevó a la cama e hizo realidad su sueño.

Izzie apoyó la cabeza en su hombro y se dejó llevar por la placentera sensación que aquel hombre despertaba en ella. A su lado, se sentía completa y protegida.

Al día siguiente, se preguntaría si había cometido un gran error. Esa noche, no le importaba.

Capítulo 10

Tres pensamientos la asaltaron nada más despertarse en la cama de Alex, con el océano al otro lado de la cristalera: estaba tumbada sobre él como si le perteneciera, había tomado una importante decisión la noche anterior con respecto a su carrera y su vuelo salía en unas horas.

Aquello último le hizo despegarse de él e incorporarse de lado para ver la hora en la mesilla. Eran las diez. Tenía que marcharse en dos horas, así que contaba con tiempo suficiente para pensar en lo que había hecho.

Echó una mirada al hombre que dormía a su lado y confirmó que estaba dormido. Estaba muy sexy con aquella sombra de barba cubriéndole las mejillas.

Volvió a echarse sobre la almohada y suspiró suavemente. En las últimas veinticuatro horas, se había acostado con el protagonista de su reportaje, había decidido dejar pasar una oportunidad única en la vida y había accedido a empezar desde cero con un hombre que seguramente le rompería el corazón.

«Increíble, Izzie, así te va, vaya manera de establecer tus prioridades».

La luz del día la bañó y se cubrió el rostro con las manos. James se enfadaría, pero ¿qué opción tenía? Por ética, no podía seguir trabajando en la historia de un hombre del que estaba segura se había enamorado.

James no lo entendería así, pensó mientras acariciaba la sábana de seda. Le parecería una decisión estúpida, una oportunidad malgastada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había pasado de ser una mujer independiente que valoraba su libertad a convertirse en una perfecta idiota en lo que a aquel hombre se refería? ¿Estaba enamorada de Alex?

–Estás muy pensativa.

Se sobresaltó al oír su voz y lo miró. Su sonrisa la hizo derretirse.

–Me estoy imaginando cómo reaccionará mi jefe el lunes.

–Lo superará.

–Ahora, todo depende de cómo haga la prueba como

presentadora.

–Lo harás bien –le aseguró Alex tomándola de la mano.

–Tengo la costumbre de estropear las cosas cuando más importan –dijo ella, y al ver su expresión interrogante, continuó–. Mi madre me consiguió una entrevista en un programa nacional de noticias nada más acabar la universidad. Lo eché todo a perder. Ha sido mi talón de Aquiles desde entonces.

–¿Te estás castigando por algo que ocurrió cuando todavía eras una novata?

–Es difícil no hacerlo cuando no cumples las expectativas de tu madre.

–¿Por qué te preocupa tanto lo que piense? –preguntó él frunciendo el ceño–. No puedes pasarte la vida buscando la aprobación de tus padres.

Lo sabía muy bien.

–Hago esto por mí –replicó ella apartando la mano de la suya–. Necesito demostrar que puedo hacerlo.

Alex se quedó mirándola unos segundos.

–Ven aquí –dijo ofreciéndole su mano.

La expresión de sus ojos hizo que a Izzie se le acelerara el pulso.

–Tengo que tomar mi vuelo.

–Quédate y vuelve conmigo el lunes.

–Tengo que volver a Nueva York y hablar con James.

–Qué más da un día más. Llámale y dile que te lo estoy poniendo difícil.

–Eres difícil.

–Entonces, es la excusa perfecta, ¿no te parece?

Se tumbó sobre ella, aprisionándola con sus fuertes muslos. Entonces dejó de pensar en James, en su vuelo y en todo lo que no fuera su lado hedonista.

El martes por la mañana, sentada frente a su jefe en su despacho, lo último en lo que pensaba era en el hedonismo. El recuerdo del romántico fin de semana con Alex parecía lejano en medio del frenético bullicio de la redacción.

–Dime que me traes noticias –dijo James mirándola desde el otro lado de la mesa.

Izzie sintió que se le encogía el estómago.

–Necesito que le asignes la historia de Constantinou a otra persona.

–¿Cómo?

Izzie eligió un punto de la pared, a unos centímetros del rostro de su jefe, y clavó los ojos en él.

–Necesito que le des la historia a otro.

–¿Por qué? –preguntó James enderezándose en su asiento.

–Porque hay algo entre Alex y yo.

–¿Te estás acostando con él?

Al verla asentir, se pasó las manos por el pelo y la miró incrédulo.

–¿Desde cuándo?

–Este fin de semana nos hemos sincerado y yo…

–¡Maldita sea, Izzie! –exclamó él dando una palmada en la mesa–. ¿Estabas seduciéndole mientras debías estar preparando la entrevista?

–Eso no es lo que ha pasado. Mi intención no era tener nada con él, pero ha surgido así.

–¿Mientras trabajabas en el reportaje más importante de tu vida? ¿Cómo has podido ser tan estúpida? Siempre has antepuesto tu carrera, has tenido claras tus prioridades.

Con mano temblorosa, se apartó el pelo de la cara.

–Hay algo entre nosotros, James.

–Es un hombre, un maldito depredador. ¿Crees que contigo va a ser diferente que con cualquiera de las mujeres con que ha estado?

–Está decidido, no voy a echarme atrás.

James se llevó las manos a las sienes, se levantó bruscamente y atravesó el despacho hasta el otro extremo.

–Has estado distraída desde tu viaje a Italia. ¿Seguro que no te hiciste daño en ese ascensor? ¿Qué te pasa? Dios mío, Izzie, con esta historia te habrías hecho con ese puesto de presentadora.

–Tendré que demostrarlo en la prueba.

–Dime que al menos le has sacado algo.

–No demasiado –mintió ella–. Es un hombre muy reservado.

–Se me ocurre un comentario grosero, pero me abstendré.

–¿Preferirías que no te lo hubiera dicho?

–Tengo que pensar –la interrumpió, haciéndole un gesto para que saliera del despacho–. Sal ahí fuera y haz tu trabajo. Si es que puedes.

Humillada a la vez que confusa, se fue con el rabo entre las piernas. Salió, terminó un artículo sobre un héroe anónimo que había impedido que le robaran el bolso a una anciana y se fue a casa antes de que James volviera a dirigirle una mirada más de

reprobación.

Aquella misma mañana había llegado en avión con Alex y luego él había partido hacia Toronto. Estaba sola en su pequeño y acogedor apartamento. Se sirvió una copa de vino, deshizo la maleta y se acomodó en el sofá. Había hecho lo correcto. Iba a tener que esforzarse, hacerlo lo mejor posible en la prueba y todo saldría bien. Al menos, eso esperaba.

Alex Constantinou, un depredador. Esa era la descripción que había hecho James del hombre por el que había decidido arriesgar su carrera. ¿Estaba siendo una idiota? Quizá aquella situación límite vivida en el ascensor era lo que explicaba su atrevimiento y no un cambio en su personalidad como quería creer. Porque, en aquel momento, el depredador estaba cenando con un cliente que, por lo que sabía, podía ser una impresionante amazona. ¿Cómo podía competir con eso?

Gruñó y se cubrió el rostro con un almohadón. Durante aquellos dos días en Malibú, había sentido cosas que nunca antes había pensado que existieran. Sus sentimientos por aquel hombre tan interesante e inteligente como guapo y sexy, eran inexplicables. Cuando no habían estado juntos en la cama, habían pasado el día en la playa o habían salido a cenar. Sus conversaciones, desde temas políticos a literatura clásica, habían demostrado que la atracción que existía entre ellos era tan intensa dentro como fuera de la cama. Pero ¿era eso suficiente para pensar que lo que había entre ellos era especial? ¿O tenía razón James al pensar que estaba arriesgando todo lo que siempre había querido por un hombre que seguiría con su vida en cuanto el viento cambiara de dirección?

El recuerdo de su madre saliendo por la puerta de su pequeño bungaló acudió a su mente. Se había quedado allí mirándola, segura de que esa vez se iba para siempre, mientras el rostro pálido de su padre conteniendo las lágrimas se quedaba impreso para siempre en su cabeza.

Tomó la copa de vino y dio un buen trago. Le ardían los ojos ante aquellos recuerdos. «Empezar de cero, nada de fechas límite ni de reglas». Alex no le había prometido nada.

Apretó los labios. Tenía que centrarse y hacerlo pronto. Aunque Alex formara parte de su vida, eso no significaba que tuviera que prescindir de todo sentido común. Aquel era el momento de recomponerse, aprovechando que don Testosterona estaba fuera de la ciudad.

Capítulo 11

Una semana más tarde, Izzie se sentó en la sala de maquillaje de los estudios. El estómago le daba vueltas como si estuviera en una montaña rusa. Estaba a punto de empezar su prueba como presentadora y no se sentía preparada. Miró el reloj de la pared. Quedaban veintinueve minutos para que el destino de su carrera se decidiera. Su mano tembló al tomar un sorbo de agua.

–No te voy a poner mucho –dijo Macy, la maquilladora–. Has heredado la maravillosa piel de tu madre.

Izzie deseó haber heredado también su confianza en sí misma. Le habría ido bien. Iban a ser sesenta minutos, la duración de una clase de yoga. ¿Estaba segura de que podía hacerlo?

–Tienes buen aspecto. Se te ve más viva –observó Macy mientras acababa de aplicarle colorete–. ¿Se trata de un nuevo hombre en tu vida o de otra cosa?

–Por supuesto que es un hombre –las interrumpió James, entrando con un ramo de flores–. ¿Qué otra cosa le afectaría tanto a la cabeza como para dejar pasar por alto la historia del año?

–¿Esas flores son para mí? –preguntó Izzie.

–Sí. Venía para acá y me han pedido que las traiga.

Se quedó mirándolo. Después de superar el enfado inicial, James había puesto toda su energía en prepararla para aquella noche. Tenía suerte de contar con él.

–Gracias por tu apoyo de las últimas semanas.

James dejó las flores en el mostrador y apoyó un codo en él.

–Vas a impactar esta noche. Cree en ti y haz lo que sé que puedes hacer.

Se le hizo un nudo en la garganta. James le dio un apretón en el brazo y se fue a comentar algo con uno de los productores. Izzie se distrajo contemplando el gran ramo de flores. Alex estaba de viaje. ¿Se habría acordado de la noche que era y se las había mandado él? Buscó la tarjeta y reconoció la letra.

–Ese hombre tiene muy buen gusto –comentó Macy.

–Lo tiene todo, ese es el problema –murmuró Izzie.

–Solo si tú lo ves así.

Sacó la tarjeta del sobre y la leyó:

Lo importante el día del partido es la adrenalina y saber usarla. Canalízala, concéntrate y a por ello. A.

Se mordió el labio inferior y miró las flores. Vaya, estaba mostrando su lado más cariñoso.

David Lake, el productor de fin de semana, asomó la cabeza.

–¿Preparada?

Macy aplicó un poco de color neutro en los labios de Izzie.

–Ya está.

Izzie se puso de pie. Sentía las piernas de goma y el estómago no dejaba de darle vueltas. Tragó saliva. Sesenta minutos. Sí, podía hacerlo.

James Curry acompañó a Alex a un rincón del estudio.

–Izzie está muy nerviosa. No deje que lo vea.

–De acuerdo.

–Escuche, Constantinou…

–He hablado con Laura –lo interrumpió Alex–. Le debo una disculpa. Los tiros no iban por ahí.

–Desde luego que no –dijo James metiéndose las manos en los bolsillos y clavando la mirada en el monitor–. Me alegro de que dejemos las cosas claras.

El productor empezó la cuenta atrás para entrar en directo.

–Vamos, Iz –susurró James–. Bórdalo.

El copresentador de Izzie, Andrew Michaels, saludó a la audiencia y la presentó. Ella sonrió y le devolvió el saludo, pero se la veía muy rígida. Alex sintió que se le contraía el estómago.

«Vamos, Izzie. Respira y relájate».

Empezó a leer los titulares con un tono de voz demasiado fuerte y con la mirada fija en el apuntador electrónico. Mostraron un vídeo y luego siguió con la segunda historia. Esa vez habló en un tono más bajo y calmado. Todavía se la veía tensa, pero parecía irse sosegando. Curry suspiró. Cuando hicieron la primera pausa, estuvo charlando animadamente con Michaels, y recuperó su habitual expresión afable.

Alex sonrió. Todo iba bien.

Se apoyó en la pared y se cruzó de brazos, preguntándose qué demonios estaba haciendo allí. Unas horas antes, había estado en una aburrida reunión en Boston, tratando de concentrarse en los datos económicos que el director financiero de una empresa de

electrónica le había estado dando. Lo único en lo que había podido pensar había sido en Izzie y en estar con ella.

Después de todo, ¿quién sabía mejor que él lo que era que su carrera pendiera de un hilo? Así que había llamado a un antiguo amigo con el que pensaba cenar para cancelar su encuentro y había vuelto a casa.

Pero seguía sin saber qué estaba haciendo allí.

–Y eso ha sido todo. Muchas gracias.

Aturdida, Izzie se quedó sentada a la mesa de los presentadores mientras David entraba en el estudio y le quitaba el micrófono.

–Buen trabajo –dijo–. El programa ha quedado muy bien.

–Excepto el principio.

–Eso se resuelve con un poco más de experiencia –dijo Andrew, el copresentador–. Lo has hecho muy bien, Izzie.

Una dulce sensación de victoria la invadió. Lo había hecho. Se puso de pie y se fundió en un abrazo con James.

–Lester Davies me ha llamado hace cinco minutos hablando maravillas de ti. Al parecer, se ha perdido los primeros cinco minutos.

¿Lester Davies, el director de la cadena?

–Han sido terribles, ¿verdad?

–Enseguida te relajaste –dijo James, y señaló con la cabeza hacia detrás–. Supongo que prefieres ir a celebrarlo con él.

«¿Él?» Miró hacia el fondo oscuro y lo reconoció.

–Podemos salir de copas otra noche –dijo James–. Anda, sal de aquí.

Izzie no dudó y sus piernas temblorosas la llevaron hasta Alex. Se detuvo ante él, echó la cabeza hacia atrás y lo miró.

–Se suponía que estabas en Boston.

–Me las he arreglado para volver antes a casa –contestó él sonriendo–. Has estado fantástica, Iz.

–He ido mejorando.

–Estás muy guapa con ese traje.

–Gracias por tus palabras de ánimo en la tarjeta.

–Sé que estoy secuestrándote en tu gran noche, pero tengo una botella de champán enfriándose en la nevera que pensé que podríamos tomarnos.

–Voy a por la chaqueta.

Se dio prisa en ir hasta su mesa, apagar el ordenador y recoger sus cosas. Estaba a punto de irse cuando vio el periódico doblado

sobre la mesa. Con el ceño fruncido, lo tomó y lo desdobló. De repente, le faltaba el aire. En la portada aparecía Alex con una impresionante belleza morena saliendo de un restaurante. Miró la fecha: era del jueves, el día en que le había dicho que no podía verla. Se acercó el periódico para leer la letra pequeña.

El atractivo exjugador y empresario Alex Constantinou cenó con su antigua prometida el jueves por la noche. La pronto exmujer de Gerry Thompson y él parecían estar muy a gusto, lo que hace que nos preguntemos si vuelven a estar juntos.

Se quedó inmóvil, mientras sentía que se le encogía el corazón. Unas voces la sacaron de su ensimismamiento. Miró hacia los dos periodistas del área de cultura que la estaban observando. Habían dejado allí el periódico para ella.

Les dio la espalda y buscó una explicación. Alex no era un hombre dado a los engaños. Era muy sincero en todo lo que hacía. ¿Por qué había cenado con su ex?

Respiró hondo, se guardó el periódico en el bolso y se fue hacia la salida. Se lo preguntaría. Una mujer racional, que no fuera celosa, lo haría. Porque ella era así, ¿no?

–Venga, suéltalo. ¿Qué pasa?

Alex lanzó las llaves a la mesa del vestíbulo de su ático y cerró la puerta.

–Me he dado contra un muro –contestó Izzie sin saber cómo hablar de la foto que había visto media hora antes.

–Vamos, Iz –insistió él, enarcando una ceja.

Izzie fue hasta donde había dejado el bolso, sacó el periódico y se lo mostró.

–Alguien dejó esto sobre mi mesa.

Alex leyó por encima la noticia y apretó los labios. Luego, dejó el periódico en la mesa.

–Lo está pasando mal con su divorcio. Pero se empeñan en ver algo más que una simple cena.

–¿Por qué no me dijiste que habías quedado con ella?

–Porque temía que reaccionaras como lo estás haciendo ahora. No fue nada.

Izzie tragó saliva y se secó la humedad de las manos en los muslos. Si no era nada, ¿por qué no se lo había contado? ¿No tenía derecho a sentirse incómoda porque le hubiera ocultado la cena

con su ex?

–Es evidente que sigue enamorada de ti. Solo hay que ver la foto.

–No hay nada entre Jess y yo, Iz. Tienes que confiar en mí o lo nuestro no funcionará.

Ella apretó los puños y trató de contener su frustración.

–No me culpes por preguntarte, Alex. Estuviste a punto de casarte con esa mujer y me he enterado por los periódicos de que saliste a cenar con ella.

–Tú mejor que nadie deberías saber que mucho de lo que se publica es basura.

–Lo sé. Es solo que preferiría haberme enterado por ti.

–Es mi vida, Iz –dijo él metiéndose las manos en los bolsillos–. Es lo que la gente como tú lleva años haciéndome, presentando mentiras como si fueran verdades irrefutables.

–Yo no formo parte de esa gente. Soy la mujer que ha dejado pasar el reportaje de su vida por protegerte.

–Esto no parará nunca. Es lo que conlleva el estar conmigo. A la prensa le encanta inventarme relaciones. Prefieren contar las cosas a su manera, sobre todo si el que manda es el dinero. Así que, si no puedes soportarlo, será mejor que lo dejemos ahora.

Sus palabras resonaron en la tranquilidad de su ático. Un tenso silencio se hizo entre ellos. Alex se dio media vuelta y se fue a la cocina.

Alex sacó dos copas de champán del armario, las dejó en la encimera y apoyó la frente en la madera. ¿Qué estaba haciendo? Izzie no se merecía eso. Pero aquel periódico lo había sacado de sus casillas. Después de todo a lo que se estaba enfrentando esos días y de la inesperada llamada de Jess, aquello era demasiado.

Jess lo había llamado llorando, cuando iba de camino a una reunión. Su matrimonio con Gerry se desmoronaba y lo necesitaba. Había cometido el error de cancelar su encuentro con Izzie y quedar con ella para cenar porque, a pesar de lo que le había hecho, le tenía aprecio.

Sintió presión en la cabeza. En otro tiempo, habría hecho cualquier cosa por oír a Jess decirle que seguía amándolo y que se había equivocado. Sin embargo, diez años más tarde, le parecía una broma cruel. Hacía mucho tiempo que había dejado de echarla de menos y en ese momento estaba enamorado de otra mujer.

Se apartó de la encimera y fue a la nevera para sacar una botella de champán. No quería afrontar la realidad porque le asustaba enamorarse de nuevo.

Descorchó la botella. Izzie era muy diferente a Jess. Para Izzie, la sinceridad era sagrada. Sin embargo, Jess había ido de mentira en mentira y lo había abandonado cuando más la había necesitado, mientras que Izzie había dejado su reportaje por él. Era fuerte y tenía coraje, aunque a la misma vez fuera algo neurótica e insegura. Pero ¿no lo eran todas las personas? Todo el mundo tenía sus puntos débiles.

El corcho fue a dar en el techo. La pregunta era: ¿podía ofrecer a Izzie algo más que una relación pasajera? ¿Acaso la traición de Jess le impedía volver a confiar en alguien?

Tomó la botella y se sirvió champán. Sabía que lo más sensato sería volver al salón y poner fin a aquello. Pero sabía que, si lo hacía, se pasaría toda la vida arrepintiéndose. ¿Qué podía hacer?

Con la botella y las copas fue a buscarla y la encontró en la terraza, contemplando el paisaje de Central Park.

Se giró.

–Alex, yo…

Él le hizo un gesto con la mano para que se callara.

–Tengo que hablarte de Jess. Aquella noche… –dijo, se acercó a la barandilla y se quedó allí apoyado–. Conocí a Jess en el instituto. Era lista, fuerte y tenía dos empleos para sacar a su familia adelante. Su madre los había abandonado y su padre se había dado a la bebida. Yo provenía de una familia acomodada. Podía ayudarlos y lo hice. Quería que su familia permaneciera unida y que los servicios sociales no los separaran.

–Y estudiando a la vez –comentó Izzie–. Tuvo que ser difícil para ella.

Alex asintió.

–Cuando terminé la universidad y fui a jugar a Nueva York, Jess vino a vivir conmigo y con mis hermanas. Al principio, todo fue bien. Le encantaba Nueva York y ser la novia de un jugador profesional de fútbol americano, y a mí me gustaba darle todos los caprichos. Pero, entonces, me lesioné. Para un *quarterback* nunca es bueno romperse un hombro, pero la rehabilitación iba bien y todo parecía indicar que me recuperaría. Jess no lo llevaba tan bien. No soportaba incertidumbres en su vida y la idea de que dejara mi carrera la inquietaba.

–Por su pasado.

Alex asintió antes de continuar.

–Se enteró de que estaban preocupados por mi brazo. La prensa especuló con que estaban considerando a Gerry Thompson para sustituirme. Tuvimos una fuerte discusión la noche antes de un importante partido. Me acusó de ser un ingenuo, de no estar dándome cuenta de que no contaban conmigo. Así que salí y estuve bebiendo, preguntándome si tendría razón.

–Y decidiste jugar.

–Sí, estaba preocupado por mi brazo y por acelerar mi recuperación, pero aún tenía molestias. Un amigo me habló de un tipo que le había vendido unos analgésicos con los que había superado una lesión. Me fueron bien, demasiado bien, y empecé a tomarlos con regularidad, convencido de que podría dejar de hacerlo cuando me sintiera mejor. Aquella noche, decidido a jugar, tomé una dosis doble. Me sentía estupendo. A mitad del partido me sentía invencible. Entonces, lancé aquel pase.

–He visto la grabación –dijo Izzie–. Fue perfecto.

Había sido un lanzamiento perfecto y también el último. El recuerdo del balón saliendo de su mano, dibujando en el aire un arco perfecto y cayendo en los brazos de Xavier permanecería imborrable en su memoria. Iban ganando y eso era todo lo que importaba.

El choque, después de aquella jugada, había sido inesperado. El defensa había caído al suelo sobre él, provocándole un intenso dolor en el brazo derecho. El silencio de los más de sesenta mil espectadores había sido aterrador.

La humillación de salir del campo de juego en una camilla le había provocado una gran sensación de impotencia. El saber que aquella noche sería la última vez que había jugado con su equipo le había resultado muy doloroso. Porque en aquel instante lo había sabido.

Al sentir la mano de Izzie en el brazo, levantó la mirada.

–¿No pudieron hacer nada los médicos?

Alex sacudió la cabeza. El diagnóstico de todos los cirujanos había sido el mismo: la lesión era grave y su carrera estaba terminada.

Se pasó la mano por el pelo.

–No quería volver junto a mi padre y suplicarle un trabajo. Unos meses más tarde, Jess me dejó y se casó con Gerry.

–No te merecía, Alex –dijo Izzie apretándole el brazo.

Durante los meses que siguieron, se había derrumbado y había necesitado más de un año para recomponerse.

–No te estoy contando esto para que sientas lástima. Lo que

pretendo es que entiendas lo que ocurrió entre Jess y yo. No puedo estar con alguien que tenga esa clase de inseguridades.

–¿Por qué no quieres volver a su lado? –preguntó Izzie sin poder contenerse–. Es muy guapa y habéis compartido mucho.

–Porque te quiero a ti –respondió él tranquilamente–. Y si alguna vez dejaras de compararte con tu madre y tu hermana te darías cuenta de por qué.

–Lo sé –afirmó ella sonrojándose–, es solo que… es difícil romper viejos hábitos.

–Vas a tener que hacerlo o esto no va a funcionar –dijo él acercándose para acariciarle la mejilla–. Algo dentro de mí me dice que no tiene por qué ser igual a lo que había entre mis padres. Ellos tomaron sus decisiones. Nosotros elegimos nuestro destino. Pero soy solo la mitad de la ecuación, Iz. Necesito que estés conmigo.

Su mirada se oscureció.

–Puedo, te prometo que puedo hacerlo, aunque no sé si lo conseguiré siempre. Tienes que ser paciente conmigo.

–Demuéstramelo –dijo él acariciándole el labio inferior.

Izzie abrió los ojos como platos al caer en la cuenta de lo que le estaba pidiendo. Apretó los labios y dio un paso atrás. Alex no supo si iba a quedarse o a salir corriendo. Luego, depositó la copa en la mesa y se llevó las manos a la blusa.

Con dedos temblorosos fue soltando los botones, dejando al descubierto las curvas de sus pechos recogidos bajo aquella seda azul. La blusa cayó al suelo y Alex contuvo la respiración al ver que se adivinaban sus pezones erectos bajo aquella exquisita tela.

Izzie se llevó las manos a la cremallera de la falda, la abrió y la fue bajando por las caderas. Sus curvas eran perfectas y estaba deseando hundirse en ella.

–Dime cuándo quieres que te ponga las manos encima.

–¿Tan pronto? –dijo ella arqueando una ceja y dando un paso atrás–. No sé si he terminado.

Él dio dos pasos al frente, la tomó por la cintura y se la echó al hombro.

–Yo sí.

Su destino era el dormitorio, pero el deseo le impidió llegar más allá de la mesa de la piscina. La dejó al borde, se colocó entre sus piernas y devoró su boca. Necesitaba poseerla cuanto antes.

Izzie se acercó a él y gimió al rodearlo con las piernas. Alex sintió que le hervía la sangre al rozarla con su erección.

–No puedo ir despacio –susurró él hundiendo el rostro en su

cuello.

–No quiero ir despacio.

La besó en el cuello, le separó los muslos con la mano y acarició su ardiente humedad. Cuando se aseguró de que estaba lista, dio un paso atrás y se quitó apresuradamente la ropa. El cinturón, el botón de los pantalones, la cremallera. No paró hasta liberar su imponente miembro. Luego, le quitó las bragas. Al separarle las piernas y ver lo húmeda que estaba, se sintió todavía más excitado.

Se acercó y la acarició con su pene.

–Por favor, necesito…

–Mírame.

Izzie abrió los ojos y clavó su mirada en él. La tomó por las caderas y la penetró con una fuerte arremetida que la hizo cerrar los ojos y contener la respiración. Se quedó quieto unos segundos, mientras su cuerpo se adaptaba al suyo. Cuando se relajó y le suplicó con voz desesperada que siguiera, Alex se olvidó de todo y la embistió con movimientos profundos.

Alex trató de contenerse por miedo a desatar toda su pasión, por temor a perder el control completamente.

–Alex –murmuró Izzie, adivinando sus pensamientos–. Estoy bien… Por favor, te deseo mucho.

Dejó escapar una maldición y la tomó con más fuerza de lo que nunca había tomado a una mujer. Sintió que su cuerpo se aferraba a él y la tomó por las caderas para penetrarla más profundamente, hasta que en algún momento se dejó llevar. Izzie gritó y se convulsionó. Los espasmos de su cuerpo lo llevaron al límite.

El placer que lo invadió al alcanzar el orgasmo, a punto estuvo de hacerle caer de rodillas, pero se abrazó a ella hasta que sus piernas recuperaron la fuerza necesaria para llevarla hasta la cama. Luego, apagó las luces y se durmieron.

Por primera vez en una semana, Alex no tuvo pesadillas sobre la noche en que todo terminó. Izzie era un dulce ángel que había sido enviado para rescatarlo de un lugar al que no quería volver.

Capítulo 12

Podría ser su vida así de perfecta?

Mientras James sermoneaba a uno de los reporteros durante la reunión editorial de cada mañana, Izzie jugueteó con su taza de café y se quedó pensando en aquella pregunta. Era una de las favoritas para el puesto de presentadora, estaba superando sus inseguridades y tenía al hombre de sus sueños a su lado para conseguirlo.

Una sonrisa asomó a sus labios. Quizá fuera posible, tal vez Alex tuviera razón y lo único que necesitaba era convencerse de que era posible.

Tomó un bolígrafo y empezó a garabatear mientras James seguía hablando. Era más fácil conociendo por qué Alex era así y los demonios que lo habían perseguido. Estaba empezando a distinguir cuándo debía ceder y cuándo debía ser fuerte. Nunca sería fácil con Alex, de quien todo el mundo quería algo, pero lo estaba consiguiendo.

James siguió reprendiendo a otro de los reporteros, dando vueltas por la sala. Izzie bajó la cabeza y miró sus dibujos. Incluso la relación con su madre estaba mejorando. Habían quedado a cenar en un par de ocasiones y no habían acabado tirándose de los pelos como de costumbre. De hecho, esa vez parecía que su madre se estaba esforzando de veras por formar parte de su vida.

Dibujó un gran signo de interrogación en su cuaderno. Mostrarse tan abierta era gratificante a la vez que aterrador. Sabía que, en cualquier momento, Alex o su madre podían marcharse y no podría hacer nada, pero era un riesgo que debía correr.

–¿Podría alguien darme noticias más agradables?

La ironía de James la sacó de sus pensamientos.

–Estoy preparando un reportaje sobre la historia de Constantinou –contestó Bart Forsyth.

–Con medio día de retraso –dijo su jefe–. ¿Te queda mucho?

–Está casi listo. Messer se niega a concedernos una entrevista ahora que sabe que hemos descubierto que Isaacs es el tipo que estaba detrás de *Behemoth*. Me falta revisarlo –dijo, y lanzó una mirada a Izzie–. ¿Me has pasado todas tus notas? No encuentro

nada sobre su época en la universidad en Boston. Creí que habías dicho que lo tenías.

Izzie se quedó de piedra.

–Echaré un vistazo. Tal vez se me haya olvidado algo.

James dio por terminada la reunión. Izzie estaba a punto de levantarse cuando James le hizo una seña para que se quedara.

–Necesito que presentes el informativo de esta noche –dijo su jefe una vez todos se hubieron ido–. Gillian está enferma.

Se le encogió el estómago. Presentar el informativo del fin de semana era una cosa, pero presentar el de la noche, con millones de telespectadores, era algo muy diferente.

–Claro –dijo tratando de mostrarse calmada–. Me encantaría.

–El momento no podría ser mejor. Los ejecutivos tomarán una decisión un día de estos. Es una oportunidad más de causar buena impresión –dijo James, y se fue a descargar su furia con el resto del equipo.

Izzie se secó la humedad de las manos en la falda y respiró hondo. Podía hacerlo. El que la audiencia fuera mayor no cambiaba nada. ¿Y qué pasaba con aquella sección sobre política que presentaba Gillian en la noche de los miércoles? Seguramente la haría Chris, el copresentador de Gillian.

Se fue a su mesa, buscó las notas para Bart y le entregó el expediente. Luego, intentó trabajar, pero las palabras se le nublaban en la pantalla del ordenador pensando en el informativo.

Pasaron otros diez minutos y decidió llamar a Alex.

–¿Qué tal? –preguntó él con tono distraído.

–Pareces ocupado.

–Estoy a punto de entrar en una reunión. ¿Estás bien?

–Sí, es solo que… –comenzó, pero se detuvo al oír que lo llamaban–. Bueno, no es nada. Tienes que irte, ya hablaremos más tarde.

–De acuerdo. Escucha, Jess está pasando un mal día y me ha pedido que la aconseje. Voy a tomar algo con ella después del trabajo para asegurarme de que está bien, y luego nos veremos en casa.

Izzie no pudo evitar sentirse celosa.

–Bien –dijo lentamente, tratando de sonar neutral–. De todas formas, voy a llegar tarde.

Después de colgar, Izzie se pasó la mano por el pelo.

«Piensa en las cosas que puedes controlar», se dijo.

Cuando Izzie entró en el estudio aquella noche, no tenía la cabeza en su sitio. Estaba inquieta, nerviosa y no pudo centrarse. Tras presentar la sección de política y dar los datos sobre las elecciones para la alcaldía, se quedó muy disgustada por su rendimiento, al igual que el productor. Empezó a darle instrucciones por el pinganillo y su distracción se hizo todavía más evidente. Hicieron una pausa y el productor trató de calmarla, pero era como si el miedo la tuviera paralizada.

Cuando las cámaras se apagaron, perdió lo que le quedaba de aplomo. Se quitó el micrófono, dio las gracias al otro presentador y salió del estudio.

Fue hasta su mesa, tomó el bolso y se fue corriendo antes de que se le acercara nadie. Al salir al fresco aire de la noche, respiró hondo. Había sido un desastre.

Tomó el metro hasta su apartamento. Al lado del ático de Alex, le pareció claustrofóbico, así que se puso un pantalón de chándal y unas zapatillas deportivas y se fue a correr. El resonar rítmico de sus pisadas sobre el pavimento solía relajarla, pero esa noche no. Corrió por las calles en dirección al parque como si el demonio estuviera pisándole los talones.

Corrió por el parque hasta que las rodillas amenazaron con doblársele. De vuelta, ralentizó sus pasos para ir recuperándose. Al llegar a su calle, vio a un hombre sentado en los escalones de acceso a su edificio. Era Alex.

–Tu jefe está preocupado por ti –le dijo al verla detenerse ante él.

Izzie sacó el teléfono del bolsillo. Tenía tres llamadas perdidas.

–Le mandaré un mensaje de texto. Lo siento, no pretendía asustarte.

–Te estaba esperando en casa.

Las lágrimas que había estado conteniendo, rodaron por sus mejillas.

–Lo siento.

Alex se levantó y la arropó entre sus brazos.

–No pasa nada –dijo acariciándole el pelo–. Un mal día lo tiene cualquiera. Nadie te va a juzgar por un fallo puntual. La próxima vez, los dejarás deslumbrados.

–No soy como tú –gritó, apartándose de sus brazos–. Lo he estropeado todo. Es imposible que me den otra oportunidad.

–Eso no lo sabes.

–Sí, todo se ha acabado –dijo Izzie secándose las lágrimas.

–Ve a por tus cosas. Seguiremos hablando en mi casa.

Se quedó mirándolo, deseando arrojarse en sus brazos para sentirse mejor. Pero temía depender tanto de él.

–Creo que esta noche debería quedarme aquí –replicó alzando la barbilla.

–¿Por qué?

–Creo que es una buena idea teniendo en cuenta lo que ha pasado esta noche.

–¿Piensas que ha pasado algo entre Jess y yo?

–No.

Negó con la cabeza, pero Alex se dio cuenta de su falta de certeza.

–*Christós,* Izzie –estalló–. Estaba en casa preocupado por ti, temiendo que te hubiera sucedido algo, y se me ocurrió que podías estar aquí. He venido conduciendo como un loco, poniendo mi vida y la de otros en peligro, y al comprobar que no estabas aquí, he querido morirme –dijo furioso–. Así que no actúes como si no confiaras en mí cuando es evidente que estoy loco por ti.

–No dudo de ti –murmuró ella, sintiendo el corazón acelerado–. Es solo que… ¿No ves lo que Jess está haciendo? No deja de pedirte ayuda porque quiere volver contigo.

–Tienes que confiar en mí. En eso se basan las relaciones, Iz, en confiar en la persona con la que estás.

–Dime que no quiere volver contigo, Alex.

–Ya te he dicho que no significa nada para mí –dijo él ruborizándose.

–Entonces, dile que se busque otro hombro sobre el que llorar –le retó Izzie.

–¿Porque no puedes soportarlo? Pensé que ya habíamos hablado de esto. Tienes que madurar.

–Quizá tú también, porque esa mujer solo está interesada en una cosa: en ti.

–Estás a punto de conseguirlo, ¿lo sabes, Iz?

–¿De conseguir qué? –preguntó ella enarcando una ceja.

–Apartarme de ti.

Se acercó a ella, la tomó en brazos y se dirigió al coche.

–¿Qué estás haciendo?

–Vigilarte para que no te autodestruyas –contestó dejándola en el coche–. Llama a tu jefe –le ordenó.

Luego tomó las llaves de su apartamento, subió para recoger su bolso y su ordenador, volvió al coche y se fueron a su casa.

Al llegar, Izzie se quedó sentada en el sofá, abstraída, y él le preparó una tortilla que le obligó a comer. Luego, la metió en la

ducha y, cuando estaba empezando a relajarse, le ordenó que saliera y se fuera a la cama. Ella accedió gustosa. Le dolía la cabeza, estaba agotada, y lo único que deseaba era fingir que aquel día nunca había ocurrido.

Alex se llevó el ordenador a la cama y la atrajo a su lado mientras trabajaba. Ella se acurrucó junto a él, buscando su calor, y deslizó la mano por su muslo.

–Necesitas dormir, Iz.

–Te necesito a ti –lo corrigió, rozando su erección.

–Iz…

Metió la mano bajo sus boxers y acarició su miembro. Alex dejó el ordenador y empezó a explorar su piel desnuda de arriba abajo.

–¿Te parece que mi interés está en otra parte que no sea aquí?

–No –contestó Izzie.

Aun así, dejó que se lo demostrara y le entregó la última porción de su corazón. Porque, si la deseaba de aquella manera en sus horas más bajas, para ella aquello ya no tenía marcha atrás. Probablemente, había sido así desde aquella primera noche en Londres.

Capítulo 13

Alex se marchó a las cinco y media para tomar un vuelo a Seattle, no sin antes hacerle prometer que no se precipitaría en nada. Tenía que pensar y hablar con James antes de tomar una decisión. Izzie se lo prometió, se volvió a meter en la cama y se durmió un par de horas más. Luego se metió en la ducha y estuvo pensando en cómo recomponer su vida.

Estaba apretando el dosificador del gel, cuando el bote se le cayó de las manos.

Las notas. Unas escenas de la noche anterior surgieron en su cabeza. Había sacado la transcripción de Taylor Bayne del expediente de Alex antes de dárselo a Bart Forsyth. Se había asegurado de borrar todas las referencias a los analgésicos ilegales. Sintió que le daba un vuelco el corazón. De lo que se había olvidado era de las notas originales de la entrevista con Taylor. Le había dado a Bart la prueba de las drogas.

Salió de la ducha, se puso los pantalones de la noche anterior y una camisa limpia que sacó del armario de Alex, y luego tomó un taxi al canal de televisión. Todo estaba tranquilo a las ocho y media de la mañana, y tan solo había un puñado de reporteros trabajando. Tras una rápida y frenética búsqueda por el escritorio de Bart, no obtuvo ningún resultado. Se fue a su mesa, apoyó la cabeza en las manos y respiró hondo. Bart podía haberse llevado el dossier a su casa, lo cual supondría que lo había leído, o podía haberlo guardado en un cajón.

Fuera como fuese, estaba metida en un lío. Su trabajo, la reputación de Alex. Todo pendía de un hilo si se daba a conocer aquella entrevista. ¿Cómo había sido tan torpe?

Se quedó sentada y fingió estar trabajando hasta que una hora más tarde llegó Bart. Como de costumbre, la saludó con una palmada en el hombro y se fue a la cocina a por un café. Se levantó y se acercó a su mesa. Allí encima estaba la carpeta azul. Con el corazón latiéndole desbocado, la abrió, sacó las notas y cometió la acción más inconfesable de su carrera. Regresó a toda prisa a su mesa y guardó las notas al fondo de su bolso. Luego, rezó por tener la suerte de su lado. Bart no había comentado nada

de las notas y seguramente lo habría hecho de haberlas leído.

Una fina capa de sudor perló su frente. James apareció y tuvo que soportar una reprimenda por su actuación de la noche anterior, lo que le confirmó que la probabilidad de convertirse en presentadora había quedado mermada. De momento, el curso de las cosas tenía que seguir hasta ver lo que pasaba.

Al final del día, tenía los nervios destrozados. Ni Bart ni James le habían dicho nada y no tenía ni idea de si sabían algo de Taylor Bayne. Estaba recogiendo sus cosas cuando su teléfono vibró, recordándole con un mensaje que había quedado a cenar con su madre. La llamó para cancelar el encuentro, pero no contestó y no le quedó más remedio que ir al restaurante.

Su madre la esperaba sentada a la mesa.

–Estoy tomando vino.

–Creo que voy a necesitar más de una botella.

Dayla le hizo una seña al camarero para que sirviera vino.

–¿Qué ha pasado?

–Lo mismo que la vez anterior, solo que esta vez delante de millones de telespectadores.

–Todo el mundo tiene un mal día –dijo su madre, y suspiró.

–Quizá aquella vez en Los Ángeles tenías razón y lo mío no es estar bajo los focos.

–¿Tú qué piensas?

–No lo sé. Me gusta ponerme delante de la cámara cuando cubro una información. Pero presentar es una historia diferente.

Dayla se acomodó en su asiento.

–Siempre has pensado que fui muy cruel por apartarte de la interpretación, pero solo pretendía protegerte, Izzie. La presión de tener que estar siempre preparada, de mostrar un aspecto impecable, de no poder huir del escrutinio público… Puede que haya sido una mala madre, pero no quería que pasaras por eso. Eres muy inteligente y tienes mucho que dar. Fíjate en esas historias tan cercanas que cuentas sobre lo que pasa a diario en la comunidad. Siempre has querido cambiar el mundo –dijo observándola–. Quizá sea eso todo lo que necesitas. Si consigues ese puesto de presentadora, siempre se fijarán en tu aspecto. Por supuesto que lo harás muy bien, tienes el talento necesario para conseguirlo, pero ya solo importará tu imagen y no lo que cuentas.

–Ni siquiera sé si quiero ese puesto –murmuró Izzie, retorciéndose las manos en el regazo.

–Entonces, ¿por qué te esfuerzas en conseguir un trabajo que te estresa tanto?

«Porque nunca he dejado de buscar tu aprobación. Porque, a pesar de que siempre me he repetido que me daba igual lo que pensaras, llevo toda la vida intentando demostrarte que soy lo suficientemente buena para ti».

Parpadeó para contener las lágrimas. Su madre extendió la mano sobre la mesa y tomó la suya.

–Piénsatelo un par de días, Iz –concluyó Dayla–. Tomarás la decisión adecuada.

–No soporto que entres y salgas de mi vida –dijo Izzie, mirando sus manos entrelazadas–. Es muy duro.

–No voy a irme a ninguna parte, te lo prometo, Iz. Aquí me tienes.

El teléfono de Izzie emitió un sonido. Soltó la mano de su madre, lo sacó y vio que era un mensaje de Alex, con otra de sus citas: *El coraje no es ausencia de miedo, sino el triunfo sobre este. Nelson Mandela.* Sonrió.

–¿Alex? –preguntó Dayla.

–Sí.

–Estás loca por él, ¿verdad?

–Sí –respondió Izzie, y su sonrisa desapareció.

–¿Por qué no se te ve feliz?

–Anoche discutimos sobre su exnovia–contestó mientras untaba mantequilla en un trozo de pan–. Es una mujer muy guapa con la que estuvo a punto de casarse y que ahora quiere recuperarlo.

–¿Confías en él?

–Sí.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–No confío en mí.

Lo había demostrado la noche anterior. Sus inseguridades le habían costado el puesto de presentadora.

–Deberías pensar por qué –le aconsejó su madre–. Está claro que estás locamente enamorada de él.

–¿Y si no soy suficiente para él? ¿Y si resulta que sigue enamorado de ella?

–En la vida hay que correr riesgos. No puedes obtener recompensas si no te arriesgas –dijo Dayla, y dio un sorbo de vino–. De pequeña, eras una niña muy atrevida que nunca paraba quieta. Estabas todo el día saltando y subiéndote por todos los sitios, te encantaba la montaña rusa… Nos tenías con el corazón en un puño. Con seis o siete años, te llevé tantas veces a urgencias que empezaron a mirarme mal.

–Todavía me duele el codo derecho cuando llueve –comentó

Izzie sonriendo.

–Pero de repente, todo cambió. Recuerdo que al poco tiempo de separarme de tu padre, hablé con él para ver cómo estabais y me contó que el profesor de natación le había dicho que era una lástima que hubieras dejado de ser tan lanzada porque eras buena, pero que podías ser aún mejor. Lo que pasó entre tu padre y yo fue complicado, Izzie. Sé que piensas que le rompí el corazón, pero no fue así. La vida no es tan sencilla, pero no todo el mundo va a fallarte, te lo aseguro. Dale una oportunidad a Alex. Parece que se lo merece.

Izzie se acordó de la niña atrevida que había sido. Aquella faceta suya había salido a la luz en Londres y se preguntó si podría recuperarla de nuevo. Su madre tenía razón. Alex merecía la pena y estaba locamente enamorada de él.

Alex se apoyó en la pared del ascensor y sonrió. Parecía que habían pasado siglos desde que se quedara allí encerrado con Izzie, pero tan solo habían sido seis semanas.

Había tenido mucho tiempo para pensar durante su viaje de veinticuatro horas a Seattle y se había dado cuenta de que Izzie tenía razón sobre Jess. Había estado tan preocupado en hacer lo correcto que no se había parado a pensar en lo que hubiera sentido él si hubiese sido Iz la que hubiera quedado a cenar con su ex. Nunca le había dado motivos para dudar y tenía que confiar en él. Pero su ex quería volver a su lado y eso era diferente. Tenía que decirle a Jess que se buscara a otra persona que la consolase.

Mientras subía, contempló el perfil de Manhattan a través de la pared de cristal del ascensor. Su necesidad de demostrar su valía a su padre era la causa de sus mayores fracasos. La pregunta era si podía cambiar ese patrón de conducta para el futuro.

Las puertas se abrieron en la planta número cincuenta. Estaba tan absorto en sus pensamientos que tuvo que teclear tres veces el código de seguridad para acceder por la puerta. Desde que conociera a Isabel Peters no había habido un momento en el que no hubiera pensado en lo especial que era. Estaba empezando a pensar que podía ser la mujer de su vida porque se estaba enamorando de ella. Se quedó inmóvil sujetando el tirador de la puerta que llevaba a los despachos. Se había jurado no volver a usar aquellas palabras después de que Jess lo abandonara.

Con aquellos pensamientos dando vueltas en su cabeza, se dirigió a la mesa de Grace para ver si tenía mensajes. Esa noche,

según la información que le había dado James Curry, las acusaciones de Frank Messer caerían ante todo el país y por fin se desharía de él. Cuando todo volviera a la normalidad, se encargaría de Izzie.

Mark estaba sentado en un lado de la mesa de Grace, con una expresión sombría.

–Alex –dijo Grace, y rápidamente se puso de pie–. Has vuelto.

Alex reparó en que su secretaria estaba pálida y su sonrisa desapareció.

–¿Qué ocurre?

Grace miró a Mark, y luego volvió a mirar a su jefe.

–Izzie te ha estado llamando.

Sacó el teléfono del bolsillo y vio que estaba en modo avión. Tenía cinco llamadas perdidas de Izzie.

–¿Está bien?

–Sí, creo que sí –contestó su secretaria, mirando de nuevo a Mark–. Le he dicho que estabas de camino y viene para acá.

–¿Qué os pasa?

–NYC-TV acaba de emitir un adelanto de tu historia –dijo Mark.

Alex sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

–Curry me contó que el reportaje apoyaba la versión de Sophoros…

–Creo que han cambia…

Su nombre apareció en la pantalla de televisión, impreso sobre una imagen suya con el uniforme de los Crusaders de Nueva York, con un titular en la parte inferior:

La adicción a los analgésicos destruyó la carrera de un héroe del fútbol americano.

Sintió que se le doblaban las piernas. Se apoyó en el lateral de la mesa de Grace y miró la pantalla. Aquello no podía estar pasando. Izzie había ocultado aquella parte de la historia.

Unas imágenes de su antiguo compañero Taylor Bayne aparecieron. El presentador anunciaba una entrevista en exclusiva con él para contar cómo las drogas destrozaban el deporte profesional. Se le heló la sangre. ¿Cómo lo sabía Taylor? Aquella noche no estaba en el vestuario. Xavier era el único que había estado con él, diciéndole que no lo hiciera.

El presentador empezó a hablar del tiempo. Alex se quedó mirando la pantalla, con los puños apretados a los lados,

conteniéndose para no arrancar la televisión de la pared. El sonido de unos tacones acercándose le hizo levantar la cabeza. Izzie llegó corriendo por el pasillo. Alex vio su expresión de pánico y le señaló su despacho.

–Ven.

Ella bajó la cabeza y obedeció. Alex tomó aire, entró y cerró la puerta dando un portazo.

–¿Qué demonios ha sido eso? Aquella noche, solo estábamos en el vestuario Xavier y yo.

–Taylor dijo que te vio tomar las drogas. Conocía al camello. Él también tenía problemas.

–¿Quién se lo ha contado a Bart?

–No pretendía hacerlo –respondió Izzie palideciendo–. Le di unas notas y…

–¿Le diste o no le diste a Bart Forsyth la información sobre los analgésicos ilegales?

–Sí, pero no pretendía hacerlo. Yo…

–Déjalo, eso es todo lo que necesito saber. Vete.

–Alex, por favor, tienes que escucharme.

–Ese ha sido mi error todo este tiempo. Escucharte y creerte. Me has tomado por tonto.

–Alex, no, yo…

Le hizo un gesto para que se callara, tomó el pomo de la puerta y la abrió antes de hacer o decir algo de lo que tuviera que arrepentirse.

–Sal de mi vida, Izzie.

–Lo siento mucho. Te prometo que nunca he pretendido hacerte daño.

–Aquí no hay cámaras, Izzie. Deja de llorar.

Grace apareció detrás de ella. Alex esperó a que Izzie se hubiera marchado y luego cerró dando un portazo. Nunca más volvería a ver a Isabel Peters.

Capítulo 14

Los siguientes días Izzie se comportó como un autómata. Se obligaba a salir de la cama, a meterse en la ducha y a tomar el metro para ir al trabajo, pero operaba a media capacidad. Ni siquiera los intentos de sus amigas por llevarla a tomar algo tuvieron éxito. Disfrutaba regodeándose en su desgracia, así que era eso exactamente lo que hacía.

Al día siguiente de que se emitiese la historia de Alex, James la había llamado a su despacho. Al parecer, había estado actuando como si no supiese nada de las drogas, para poder emitir el programa sin que ella avisase a Alex y a sus abogados. Pero eso no significaba que no estuviese furioso. Nunca lo había visto tan enfadado. Apenas había podido hablar con ella. Así que la había mandado a su mesa y le había dicho que se concentrara en el trabajo mientras él pensaba en el castigo, que incluso podía ser el despido. Los ejecutivos todavía no habían tomado una decisión sobre el puesto de presentadora y no estaba seguro de si podría seguir apoyándola para que la eligieran a ella.

Se alegró de poder concentrarse en el trabajo porque eso le impedía pensar en cómo había estropeado la relación con el único hombre al que había amado y con el que había empezado a pensar en el futuro.

Un par de semanas más tarde, James la llamó a su despacho. Era la primera vez que hablaban desde aquella conversación. Entró con las manos sudorosas y el corazón acelerado.

Él levantó la vista y le indicó con una seña que se sentara.

–¿Recuerdas la historia de Bart sobre aquel equipo de fútbol americano, los Warriors de River City, que iba tan bien en el campeonato estatal hasta que su entrenador murió en aquel accidente en la autopista?

Izzie asintió. Era una historia difícil de olvidar.

–Lo tienen complicado –continuó James–, pero todavía tienen una oportunidad de ganar el campeonato estatal. Quiero que vayas y hagas un reportaje sobre cómo les va.

–James…

–Te estoy dando una segunda oportunidad, Iz. Sal ahí fuera y

demuéstrame que eres una profesional.

Izzie se puso de pie. No, no iba a echarla. Tenía la oportunidad de dar un giro a la situación. Tenía que dejar de lado sus sentimientos y comportarse como una profesional. James tenía razón. Aunque no supiera si quería aquel puesto de presentadora, disfrutaba con el que tenía y estaba dispuesta a darlo todo con aquella historia.

Aquella tarde, fue a River City a ver el entrenamiento. Era imposible observar al *quarterback* animando al equipo y no pensar en Alex. Debió de ser terrible para él salir a jugar aquella noche sabiendo que su carrera pendía de un hilo. Ella, que había querido demostrarle que podía volver a confiar en los demás, había sido la que lo había destrozado.

Respiró hondo. Algún día se olvidaría de Alex y podría continuar con su vida. No había vuelto a saber de él desde aquella terrible escena en su despacho cuando la había mirado con tanto odio.

Jim Carter, el ayudante del entrenador a cargo del equipo hasta que volvieran a encontrar a otro, le indicó por señas que bajara al campo. Ella le contestó con una sonrisa y bajó.

–Lo siento, estamos un poco perdidos sin un entrenador.

–He oído que hay varios candidatos.

–Todavía no hemos encontrado a uno que nos encaje. Estamos buscando a alguien con experiencia en el fútbol americano profesional y no es fácil.

Alex tenía experiencia como profesional.

–¿Aceptarían a alguien a tiempo parcial, alguien con mucha experiencia?

–¿En quién está pensando?

Izzie apretó los labios. Aquel equipo necesitaba un héroe y Alex necesitaba volver a sentirse como tal. ¿Estaría al menos dispuesto a considerarlo? Tenía un horario complicado, pero los rumores decían que el caso Messer acabaría en un acuerdo antes de llegar a juicio.

–Llame a Alex Constantinou.

–Según tengo entendido, no quiere saber nada del fútbol americano.

–Llámelo, seguro que cambia de opinión cuando conozca al equipo.

–¿Cómo lo sabe?

–Conozco a Alex. Inténtelo.

Cuando Jim Carter la llamó dos días más tarde para decirle que

Alex había aceptado ir a un entrenamiento, tuvo una sensación agridulce. Quizá algo bueno saliera de todo aquello.

–Jim, no le diga que he tenido algo que ver en esto, ¿de acuerdo?

El hombre sintió curiosidad, pero se mostró de acuerdo. Colgó y se fue al despacho de James para decirle que no quería seguir optando al puesto de presentadora. Sintió como si se quitara un peso de encima.

El olor a hierba recién cortada fue lo primero que llamó la atención de Alex. Lo siguiente, el barro. Aquellos olores le traían recuerdos de las cientos de veces que había saltado a un campo como aquel.

Se metió las manos en los bolsillos y subió las gradas. Se quedaría media hora para contentar a Carter. Luego le diría que no podía hacerlo y se iría. Los jugadores eran tan irregulares como el campo. Habían conocido épocas mejores, aunque tenían mucho talento. El problema era la falta de confianza.

Frunció los labios. Conocía esa sensación. Durante las semanas posteriores al reportaje emitido, su despacho se había visto inundado de llamadas de medios de comunicación, pidiéndole entrevistas. Estaban desesperados por conseguir una historia que impactara. ¿Estaban los deportistas abusando de las drogas? ¿Tenían demasiada presión sobre ellos?

No había querido saber nada de nadie y había estado evitando las llamadas diarias de sus tres hermanas, hasta que se habían presentado en su despacho y lo habían animado para que hablara. Agape le había dicho que una vez que lo sacara todo, podría continuar con su vida.

Y no se había equivocado. Una extraña sensación de libertad se había apoderado de él al no tener nada que ocultar. Había puesto un punto final a una parte de su vida que había concluido. Pero entonces, ¿qué estaba haciendo allí reviviéndolo todo otra vez? Carter le había dicho que fuera a conocer al equipo y que no pasaba nada si no estaba interesado.

Carter gritó unas órdenes a la línea de defensa y se unió a él en las gradas.

–¿Qué le parece?

–Tienen mucho talento.

–Necesitan un líder.

–Ese no seré yo –dijo Alex sin apartar la vista del campo–. Hace

ocho años que no juego.

–Entonces, será un nuevo comienzo para usted también.

Aquel deporte lo había sido todo para él. ¿Por qué no le decía que no a Carter y se iba?

«Porque después de la decepción causada por Frank Messer, venir a este campo de juego es lo mejor que he hecho en mucho tiempo».

Necesitaba volver a creer en algo y aquel equipo tenía una historia increíble. Miró a aquel *quarterback,* tan prometedor como dubitativo, y supo que podría ayudarlo.

–No paro de viajar –dijo mirando a Carter.

–Ya nos arreglaremos –replicó el entrenador sonriendo–. ¿Podemos contar con usted?

–Supongo que sí.

Durante las dos semanas siguientes, Alex pasó cada minuto de su tiempo libre entrenando al equipo de los Warriors. Primero conociendo uno a uno a todos los jugadores y luego estudiando la manera en que funcionaran como una unidad. Finalmente, empezó a ver un poco de cohesión y el viejo espíritu empezó a aflorar. Los llevó a los Crusaders de Nueva York, confiando en que la emoción de ver un partido profesional en un palco privado los animara.

Y en algún momento de aquel proceso, sintió que él mismo también se recuperaba.

Trabajaba hasta caer exhausto y, cuando volvía a casa, se dedicaba a pensar en estrategias de jugadas que anotaba en un cuaderno. Por mucho que se repitiera que lo mejor era que Izzie hubiera salido de su vida después de lo que le había hecho, no podía dejar de pensar en ella.

Unos días antes del partido en el que se decidiría si los Warriors jugarían la final, llegó tarde a casa, se dio una ducha y salió a la terraza con una cerveza en la mano. Abrió su cuaderno de estrategias y empezó a tomar notas del entrenamiento de ese día. De repente se detuvo. Había una cosa que no entendía. Si la intención de Izzie había sido traicionarlo, ¿por qué no había hecho ella el reportaje y se había llevado todo el mérito? Así se habría asegurado de conseguir el puesto de presentadora.

No tenía sentido. Aquel reportaje había conseguido que Bart Forsyth se convirtiera en un nombre conocido. Apoyó la cabeza en las manos. En aquel momento cayó en la cuenta de que había hecho lo mismo que al principio al juzgarla sin dejar que se

explicase. La había condenado en vez de creerla. Temía haber cometido un gran error.

Tomó el teléfono y llamó a James Curry. Después de hablar con él, se sintió muy mal. No había dejado de repetirle a Izzie que tenía que creer en él y eso era precisamente en lo que él había fallado. ¿Podría recuperar a la mujer que le había robado el corazón?

Capítulo 15

La noche en la que los Warriors de River City salieron al campo a jugar su primer partido con el nuevo entrenador, Alexios Constantinou, era una noche clara y despejada de otoño, vibrante de tensión, la ideal para un nuevo comienzo.

Los jugadores lo respetaban y lo consideraban un ídolo. Había trabajado mucho con ellos para que superaran la muerte de su entrenador anterior y, de alguna manera, él también había encontrado la paz. Tras la charla previa al partido, la tensión se empezó a apoderar de su cuerpo. Desde el túnel de vestuarios se oía el rugido del público. Sabía que habían acudido cientos de personas a ver jugar a los Warriors y a presenciar su regreso al fútbol americano.

–¿Preparado? –le preguntó Jim Carter a su lado.

Alex empezó a recorrer el túnel en dirección al campo. Las luces lo cegaron al salir. El sonido era atronador. Parpadeó, y pasado y presente se fundieron. Se quedó paralizado.

Habían pasado ocho años. De repente, el estadio estaba tan silencioso que se podía oír el vuelo de una mosca. Las voces de sus compañeros de equipo resonaron en su cabeza. «Aguanta, Consty, todo va a salir bien». Pero no había sido así.

–Mira los carteles –le dijo Carter.

El toro ha vuelto. Bienvenido. Te queremos, Alexios.

Carter lo miró de reojo y lentamente se pusieron en marcha hacia el banquillo. Fue entonces cuando la vio. Sentada en la zona de prensa de las gradas, Izzie estaba muy guapa con un vestido azul y la melena suelta cayéndole por los hombros. No paraba quieta con el bolso y el cuaderno de notas, mirando a todas partes menos al banquillo de los Warriors. Apretó los puños. El lunes había ido a buscarla a su trabajo, pero le habían dicho que se había ido unos días al Caribe con su hermana.

De repente clavó los ojos en él, como si supiera que la estaba mirando. No tenía buen aspecto. Se la veía pálida y muy delgada.

–Ya están preparados para lanzar la moneda –le dijo Carter.

Alex asintió y apartó la mirada.

–¿Sabes que fue ella la que me dijo que te llamara? –añadió el

ayudante del entrenador.

–¿Quién? ¿Izzie?

–Me pidió que no te dijera nada, pero creo que te gustará saberlo.

Alex sintió que le daba un vuelco el corazón con una emoción que hacía años que no sentía. Izzie se había dado cuenta de que necesitaba que el fútbol americano volviera a su vida. ¿Cómo había dejado marchar a la mujer con más coraje que había conocido en su vida?

–Vamos.

Alex bajó la cabeza y se dirigió al centro del campo.

Izzie había estado muy nerviosa durante todo el partido. En aquel momento, los Warriors perdían por un punto y solo quedaban tres segundos. El pateador se preparó. Si lo conseguía, los Warriors jugarían la final del campeonato estatal. Si perdía, todo se habría acabado.

Después de pasar semanas trabajando en aquel reportaje, había llegado a conocer las historias personales de los jugadores y quería que ganaran.

Miró a Alex, de pie en la banda, muy atento al pateador. Viéndolo en su salsa, con la emoción que reflejaba su cara, sintió que el corazón se le encogía en el pecho.

El pateador dio unos pasos atrás, con la mirada fija en el balón, y luego salió corriendo hacia delante y lo lanzó por los aires.

Izzie contuvo la respiración y estiró el cuello. El balón tenía la fuerza necesaria, pero se estaba yendo a la derecha. Finalmente, entró entre los postes y la multitud irrumpió en gritos. El equipo había conseguido lo imposible.

El banquillo se quedó vacío. Los jugadores corrieron al centro del campo a celebrar su triunfo mientras Alex permanecía donde estaba, con las manos en las caderas. El nudo de la garganta se le hizo más grande. Si no hubiera sido tan estúpida…

Nick, el cámara, se levantó y le señaló la nube de periodistas que se estaba formando alrededor de Alex.

–¿Lista?

«No», pero se obligó a asentir y siguió a Nick al campo.

–¿Empezamos con Alex? –le sugirió.

Ella negó con la cabeza.

–Empecemos por Danny.

Consiguió hacer media docena de preguntas al joven

quarterback. El hecho de que Alex estuviera concediendo una entrevista a unos metros de ella le inquietaba aún más. Dio un paso atrás, se rodeó con los brazos y dio por concluidas las preguntas.

Nick hizo amago de acercarse a Alex.

–No.

–¿Cómo que no? –preguntó Nick, viéndola quitarse el micrófono–. Necesitamos unas palabras del entrenador.

–¿Qué le ha pasado a la mujer con más coraje que conozco? ¿No eres capaz de hacerme unas cuantas preguntas?

Se giró al oír la voz profunda de Alex y se encontró con su intensa mirada azul.

–Estoy lista.

–Estupendo, adelante.

Nick le colocó el micrófono e hizo lo mismo con Alex. Izzie respiró hondo. ¿Qué estaba haciendo Alex?

El resto de los periodistas se quedaron a un lado, esperando su turno. La lengua se le había paralizado y era incapaz de formular una pregunta.

–¿Cómo te has sentido esta noche? –le apuntó Nick por detrás.

Ella repitió la pregunta.

La sonrisa relajada de Alex la hizo estremecerse.

–Estupendamente, se me había olvidado lo mucho que me gusta este deporte.

–¿Qué te ha parecido el equipo? –susurró Nick.

Izzie hizo la pregunta.

–Lo han hecho tan bien como era de esperar. Los jugadores tienen mucho talento y creen en sí mismos.

–Fuiste *quarterback*. ¿Qué tal lo ha hecho Danny?

–Tiene mucha fuerza y ha tirado del equipo como un verdadero líder. Creo que algún día llegará a ser jugador profesional.

–¿Crees que ganaréis la final?

–Cada cosa a su tiempo.

–Enhorabuena y gracias por…

–¿No vas a preguntarme qué he aprendido de todo esto? –la interrumpió, con la mirada fija en ella–. He aprendido de este equipo que el pasado es el pasado y que la confianza es muy importante. Incluso sabiéndolo, a veces cometemos errores.

–Alex…

–No he acabado.

Un par de docenas de periodistas se congregaron a su alrededor, viendo en aquella escena una historia diferente.

–Sé que tu intención no era entregar aquellas notas, Iz –continuó Alex–. James me ha contado lo que pasó. Lo siento mucho. Te estaba dando lecciones sobre la confianza y era yo el que no confiaba en ti.

–Creo que no es el sitio ni el momento para…

–No me importa dónde estamos. Quiero saber lo que pasó.

–La noche que presenté los informativos estaba muy nerviosa. Era algo que había surgido a última hora. Tenía que pasarle unas notas a Bart, así que le entregué el expediente, pero estaba tan distraída que olvidé sacar la entrevista de Taylor –dijo, y tragó saliva–. Cometí un error. Te prometo que mi intención no era causarte ningún perjuicio.

–Lo sé –dijo él, y se quitó el micrófono y se lo dio a Nick–. Estaba tan enfadado que no podía pensar con claridad. ¿Por qué renunciaste a hacer el reportaje si tu intención era traicionarme? Si todo era por ambición…

–He renunciado al puesto –lo interrumpió.

–¿Que has hecho qué?

–Estoy empezando a confiar en mí misma. He pensado mucho en ello y lo único que quiero es hacer mi trabajo. Quiero salir ahí fuera cada día y contar historias cercanas –dijo, y se giró hacia Nick–. ¿Quieres dejar de grabar? –le reprendió y siguió hablando con Alex–. ¿Qué pretendes con esto? Sé que me odias y que siempre me odiarás por hacerte pasar por esto.

Él la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

–Te estoy pidiendo que me perdones. Todo lo que has hecho ha sido por mí. Desde dejar el reportaje a hacer que volviera a un campo de fútbol. Eres el coraje personificado. Pero en vez de verlo así, dejé que mis inseguridades se interpusieran en el camino. Lo siento mucho. Quiero que vuelvas a mi lado y esta vez no dejaré que te vayas.

Izzie sintió que le daba un vuelco el estómago y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

–Alex…

–¿Por qué estás llorando?

–Porque estamos en un campo de fútbol y se te ve muy contento. El equipo ha ganado y todo marcha bien. ¿Cómo iba a sentir otra cosa cuando yo…?

Alex sonrió y tomó su rostro entre las manos.

–Termina la frase, Iz.

–De acuerdo. Iba a decir que te quiero, que yo…

Su beso, apasionado y ardiente, la silenció. Le rodeó el cuello

con los brazos y se olvidó de los periodistas allí presentes, especialmente de Nick, que seguía grabando.

Alex se apartó y puso una rodilla en el suelo.

–No me hagas esto aquí.

El corazón le empezó a latir desbocado al ver que se metía la mano en el bolsillo y sacaba un pequeño estuche.

–¿Tienes un anillo?

–Brillante deducción, una de las cosas que me gustan de ti, además de tus manías, tu gusto por las novelas románticas, tu insaciable necesidad de controlarlo todo, incluso lo que comes. Aunque lo que más me gusta es tu coraje, porque eres la mujer con más coraje que conozco, Isabel Peters.

Las lágrimas empezaron a rodar sin parar por las mejillas de Izzie. Alex abrió el estuche y sacó un impresionante anillo con un diamante rosa.

–Sé que aquella noche en Londres dijiste que lo último que buscabas era un compromiso, pero espero que hagas una excepción conmigo. Cásate conmigo. No quiero sentirme tan mal como en estas últimas semanas.

–Venga, Izzie, di que sí.

Se dio la vuelta y se encontró al equipo completo de los Warriors, casco en mano, junto a los periodistas.

–No sé. Estaba pensando en hacerle sufrir –dijo, y volvió a girarse para mirar a Alex, ridículamente arrodillado a su lado.

Izzie le ofreció la mano y él le puso el anillo, que le quedaba perfecto. El equipo los vitoreó. Alex se puso de pie y la besó, a la vez que Nick apartaba la cámara. Izzie suspiró y le rodeó el cuello con los brazos. Ni en un millón de años habría imaginado que recuperaría a su *quarterback*.

Cuando por fin se apartó, la miró frunciendo el ceño.

–El único problema es que ahora tengo que celebrar la victoria y no puedo darte todos los besos que me gustaría.

–Paciencia –murmuró ella–. ¿Cuántas rondas vais a tomar para celebrarlo?

–Voy a invitarles a un refresco antes de irme.

La estrechó contra él y juntos se dirigieron hacia los jugadores.

–Solo queda una pregunta por contestar.

–¿De qué se tarta?

–De Damion, el protagonista de la novela que estoy leyendo. Me preguntaste si era bueno en la cama.

–¿Vas a contármelo ahora? –preguntó él divertido–. ¿Cuál es el veredicto?

–Tú eres mucho mejor.

Alex rompió en carcajadas, la hizo ponerse de puntillas y tomó su boca con uno de aquellos dulces y largos besos.

–Dame una hora para celebrar el triunfo con el equipo y te lo demostraré.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

